

regreso al paraíso

Pablo Mendoza Casp

regreso al paraíso

Pablo Mendoza Casp

traducción castellana del original valenciano “planetes futurs: una novel·la infantil”, realizada por el propio autor

primera edición

© 2020, del texto: Pablo Mendoza Casp

edita: Pablo Mendoza Casp

ISBN: 978-84-697-8423-5

no importa lo lejos que hayamos llegado por el camino equivocado: hay que volver PROVERBIO TURCO

ÍNDICE

primera parte: un final y tres principios

segunda parte: Vega

tercera parte: Terranova

cuarta y última parte: Diana

primera parte: un final y tres principios

A finales del siglo XXI, el planeta Tierra estaba superpoblado. Vivían en él más personas de las que sería conveniente. El pobre planeta también estaba muy contaminado: el aire, la tierra y el agua estaban tan sucios que resultaban venenosos, de manera que muchísimas personas, miles de millones de personas, vivían enfermas y morían demasiado pronto. El planeta Tierra también estaba agotado: se habían acabado el petróleo, algunos metales y otros recursos naturales. La tecnología había avanzado mucho: los robots y otras máquinas hacían casi todos los trabajos necesarios para la vida, como por ejemplo cultivar los campos para producir comida, fabricar ropa y juguetes, construir edificios, limpiar la casa, cuidar a los enfermos, vender en los supermercados, enseñar en las escuelas, conducir los coches y trenes... Todas las máquinas del planeta estaban conectadas por internet a un ordenador central que lo vigilaba todo, lo sabía todo y lo controlaba todo. La gente lo llamaba “supernet” y hablan de él como si fuera una especie de dios superpoderoso.

La mayoría de las personas se habían quedado sin trabajo y eran tan pobres que ni siquiera tenían bastante para comer. Solo unos pocos miles de personas en todo el mundo eran ricas. Eran especialistas en robótica o en informática y se encargaban de revisar y reparar las máquinas y los robots. La gente pensaba que supernet era quien controlaba el mundo y le tenían mucho miedo porque no tenía compasión ni ningún otro sentimiento. Casi nadie sabía que había un grupo de unas cien personas que controlaban supernet directamente y por tanto eran los auténticos amos del mundo.

Los amos del mundo vivían en un búnker de superlujo a prueba de bombas atómicas que estaba escondido bajo tierra a muchos metros de profundidad, por debajo de la última selva virgen que quedaba en el planeta. Se pasaban el día vigilando a la gente a través de supernet y decidían todo lo que se hacía o no se hacía en cualquier parte del mundo.

Un día pasó una cosa impensable, increíble, espantosa, colosalmente catastrófica: de repente, nadie sabe por qué, sin ningún aviso de avería ni ninguna otra alarma previa, supernet se apagó, después de haber pasado más de cincuenta años funcionando perfectamente. Se sabe que aquellos días una epidemia desconocida había dejado fuera de juego a la mayor parte de los técnicos de mantenimiento del sistema informático, y que al mismo tiempo tres tornados en diferentes partes del mundo habían destruido un gran complejo de centrales atómicas y también dos núcleos de computación de los veinte que formaban la red de supernet. Quizá eso provocó una reacción en cadena que acabó desconectando por completo la red informática que hacía funcionar todo el planeta. En consecuencia, muchas puertas no se abrían; los ascensores no iban; los coches, autobuses, trenes y aviones no se movían; la televisión y los otros medios de comunicación se quedaron mudos; ya no se podía entrar en los edificios públicos, como hospitales, escuelas y supermercados, ni tampoco salir de ellos.

En pocos días, miles de millones de personas murieron de sed y de hambre, encerradas en sus casas, o en el coche, o en algún edificio. Las personas que sobrevivieron, salieron a pie de las ciudades, buscando agua y alimento. En los países donde hacía mucho frío o mucho calor, las personas murieron rápidamente. En otros sitios de clima más benigno, la gente pudo llegar a descampados y ríos. Pero cerca de las ciudades, los ríos estaban muy contaminados y su agua no era potable. Los descampados estaban llenos de basura y allí no crecían ni siquiera las malas hierbas. Ninguno de los habitantes de las grandes ciudades pudo sobrevivir.

Algunas de las personas que vivían en pueblos pequeños sí que pudieron llegar a los campos de cultivo. Allí la maquinaria agrícola automatizada también se había parado. No quedaban

agricultores que supieran cultivar la tierra a mano, ni tampoco herramientas para el uso humano manual, como por ejemplo azadas, martillos o sierras. Una vez consumidos los alimentos que estaban disponibles, nadie sabía cómo obtener más cosas que comer. En pocas semanas murieron todos.

¿Y los amos del mundo? ¿Tú crees que ellos tenían previsto que podría pasar una cosa así?
¡Efectivamente! Poco antes de que supernet se apagara, uno de ellos dijo:

—¡Han explotado las centrales atómicas de Boboshima! La nube radioactiva que han generado matará en pocas semanas toda forma de vida en el planeta. Tenemos que poner en marcha inmediatamente el plan de evacuación.

—Ya he pulsado el botón rojo de emergencia. En veinte horas estará preparado el cohete espacial que nos sacará de este planeta.

—¿Por qué tardará tanto?

—Se tienen que cargar las baterías, el combustible para los motores, los alimentos, la ropa y en general todo el equipo necesario para colonizar otros planetas habitables de la galaxia.

—Vale. Avisad cuando sea hora de embarcar.

Veinte horas después:

—¡Atención! Ha llegado el momento. En la superficie ya se están abriendo las compuertas secretas que dan acceso al cohete espacial. Ahora solo tenemos que coger el ascensor, subir al suelo y embarcar en la nave que nos sacará de aquí.

—¿Ya estamos todos en el ascensor? Muy bien. ¡Aprieta el botón de subida!

—Cien metros para llegar a la superficie... Setenta metros... Cincuenta... Treinta... Un momento...

¿Otra vez treinta? ¿Qué está pasando? ¡El ascensor no sube más! ¡Se ha parado!

—Tiene que ser un problema mecánico. El ascensor se ha atascado.

—Pues abre la puerta manual de evacuación. Hay una escalera para subir a pie.

—No puedo. La puerta no se abre.

—¡No es posible!

—¡Es precisamente la puerta de apertura manual la que se ha atascado con algún elemento del túnel!

—¡No puede estar pasando esto! Las probabilidades de una avería de este tipo son de una entre nueve mil trillones!

—Pues nos ha tocado la lotería.

—¡Moriremos aquí en pocas horas, a treinta metros de la salvación!

—¿De qué nos ha servido ser los amos del mundo? ¡Qué manera tan ridícula de morir!

Unas horas antes de esto, en un pueblecito que había cerca de allí, una especialista informática llamada Lidia recibió la noticia de los destrozos provocados por los tres tornados. Solo la minoría rica dirigente tenía acceso a este tipo de informaciones secretas. En aquel momento Lidia decidió dejarse llevar por un presentimiento y salió a la calle. Unos instantes después, supernet se desconectó y las puertas de su casa se cerraron herméticamente. El miniordenador que llevaba en la muñeca se paró. Al darse cuenta, Lidia se quedó atónita. Le costó un rato entender que eso significaba el fin del mundo. Y al comprenderlo, se desmayó.

Cuando Lidia se despertó, no sabía dónde estaba. Alguien la había traído aquí, a la sombra de un árbol.

—¡Uy! ¡Te has despertado! No sabía si seguirías viva. Hola. ¿Cómo te llamas?

—Lidia. ¿Y tú?

—Marina.

—¿Qué está pasando?

—Los que hemos tenido la suerte de estar en la calle cuando todo se ha paralizado, estamos buscando a otros supervivientes y reuniéndolos aquí.

—No veo a nadie más que a ti y a mí.

—Eres la primera que hemos salvado. Todos los demás niños están por las calles buscando a más supervivientes. Yo soy la más pequeña y me he quedado aquí para cuidarte.

—¿Cómo que «todos los demás niños»?

—De momento eres la única adulta que hemos encontrado.

La operación de búsqueda y salvamento duró hasta el anochecer. Cuando el azul del cielo dio paso a las estrellas, alrededor del árbol se habían reunido unas cien personas. La mayoría eran niños que habían estado jugando en el parque cuando todo dejó de funcionar. Bajo el árbol había solo dos docenas de adultos de diferentes edades, pero todos en estado de shock, tan traumatizados que no podían ni pensar. Lidia era la única persona de la clase dirigente que había sobrevivido. Al día siguiente, todo el grupo se despertó al amanecer. Lidia dijo:

—Muy lejos de aquí ha explotado un conjunto de centrales nucleares. Eso significa que como mucho nos quedan unas pocas semanas de vida antes de que la nube radioactiva llegue hasta aquí y nos mate. También podrían ser días, quizá horas. Depende de las corrientes de aire.

—¿Qué podemos hacer? Tú deberías saberlo.

—He estado toda la noche pensando. No estoy segura, tal vez me equivoque, pero creo que hay una posibilidad de salvación.

—¿Cuál?

—Ahí en la selva prohibida viven unas personas muy poderosas que dirigen supernet.

—¿Qué dices? ¡Eso no puede ser! Supernet es un superordenador que lo controla todo.

—Y además en la selva prohibida no puede vivir nadie. Nunca entra ni sale nadie de allí. Está rodeada por una valla electrificada y además la vigilan robots armados con cañones láser.

—Ya os lo explicaré más adelante. Ahora no tenemos tiempo para discutir. Por favor, escuchadme.

—¡Callaos! ¡Dejad que hable! Ella es la única que nos puede decir cómo salvar nuestras vidas.

—Esa gente vive en un búnker subterráneo de altísima seguridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he visto. Soy una de las pocas personas del mundo que conocen su existencia.

—Y ¿cómo es eso?

—Soy experta en circuitos superconductores y la semana pasada estuve allí dentro haciendo unas reparaciones.

—Y ¿por qué nosotros no sabíamos nada de eso?

—Es un asunto ultrasecreto... era. Antes me habrían matado si hubiese revelado cualquier información sobre esto. Pero ahora las circunstancias han cambiado.

—¿Esa gente nos querrá ayudar?

—Es improbable. Nunca les ha importado el bienestar de la población mundial. Pero en todo caso vale la pena intentarlo, porque la alternativa es una muerte segura e inminente.

—Supongamos que esa gente tan poderosa tuviera compasión de nosotros. ¿Cómo nos podrían ayudar?

—No lo sé. Pero estoy segura de que tienen un plan de emergencia.

—¿Cómo podemos contactar con ellos? Supernet ha dejado de funcionar y todas las vías de comunicación están muertas.

—Tenemos que ir a buscarlos.

—¿A la selva? ¿Estás loca? ¡Los robots vigías nos fulminarán cuando nos acerquemos!

—Es posible. Eso pasará si los robots están conectados a un circuito interno independiente de supernet. Pero también puede ser que dependan de supernet y estén tan muertos como mi ordenador de pulsera.

—Y ¿quién será el valiente que se acerque a la selva y haga la prueba?

—Yo misma.

—¿Por qué tú?

—Porque realmente no me queda nada más que perder. Y podría ganarlo todo.

—Vale. Supongamos que no te disparen. ¿Qué pasa con la valla electrificada? ¿También supones que se habrá desconectado?

—Efectivamente.

—¿Y también serás tú quien se atreva a tocarla?

—Sí.

—Y ¿qué haremos si sobrevivimos a esas dos cosas?

—Escalaremos la valla, entraremos en la selva y buscaremos la entrada al búnker.

—Y ¿después? ¿Crees que habrá un timbre para que les llamemos a la puerta?

—Evidentemente no. Pero es posible que allí sí que esté activo algún sistema de detección y que podamos comunicarnos con ellos.

—También podrían tener activo un robot armado con láseres.

—Sí. Podría ser.

—Y entonces nos masacrarían.

—Sí.

—Bien. Pues vamos allá. No tenemos nada mejor que hacer.

Se pusieron en marcha. Nadie se quedó debajo del árbol. Cuando llegaron cerca de la selva, todo el mundo se paró, pero Lidia continuó andando con pasos decididos mientras el resto la miraba atentamente desde una distancia segura. Lidia fue directamente hacia uno de los robots vigías. El corazón le latía tan fuerte que parecía que estuviera a punto de explotar. Se paró a unos pasos delante del robot, que estaba tan inmóvil como una estatua. Le tiró una pedrada, pero la máquina no reaccionó en absoluto. Entonces oyó cien pares de manos que aplaudían con alegría y esperanza.

El siguiente paso ya no fue tan difícil: Lidia agarró fuertemente la valla con las dos manos y ... y ... y no pasó nada. No había electricidad. Entonces escaló rápidamente la valla y cuando llegó arriba, se volvió hacia los otros supervivientes y levantó el brazo en gesto de victoria. Cien voces lanzaron un grito de euforia y todo el mundo echó a correr para reunirse con Lidia, su heroína. En cuanto pasaron al otro lado de la valla, las personas se abrazaron unas a otras con mucha emoción.

—Ahora tenemos que peinar la selva para encontrar la entrada al búnker. Pongámonos en fila, a cinco metros de separación uno de otro. Andemos despacio, sin perder el contacto visual y con mucha precaución.

Pocas horas después divisaron un peligro mortal que les paró los pies y les congeló la sangre en las venas: en frente, a unos veinte metros, había una pareja de tigres muy grandes que miraban con ojos feroces a aquellos intrusos humanos.

—¡Coged una piedra, o una rama, o cualquier cosa! ¡Rápido!

Los tigres corrían rápidamente hacia los humanos, claramente con la intención de atacarlos. Eran unas fieras temibles y seguras de su superioridad.

—Cuando estén muy cerca, lanzadles todo a los morros.

—¡No será bastante para matarlos!

—¡Hacedlo cuando yo lo diga!

Los tigres dieron un salto, estaban ya por el aire, iban a caer sobre los intrusos indefensos...

—¡Ahora!

Piedras y ramas volaron hacia las fieras, que para esquivar aquel ataque inesperado cambiaron la dirección de su vuelo y ahora calculaban aterrizar a dos palmos delante de los pies de Lidia. En aquel preciso instante se oyeron unas compuertas mecánicas; el suelo que había debajo de los tigres se abrió y se convirtió en un agujero oscuro. Lidia, asustada, se echó hacia atrás y cayó de espaldas; de esa manera evitó precipitarse en aquel agujero enorme en el que los tigres cayeron y desaparecieron sin soltar ni un rugido. La tierra se acababa de tragar las fieras, las piedras y las ramas. ¿Cómo era posible? ¿Qué significaba aquello?

Poco a poco, en un silencio lleno de miedo e incredulidad, todo el mundo se reunió alrededor de aquel misterioso abismo profundísimo que les acababa de salvar la vida.

—Tiene que ser el túnel del ascensor que lleva al búnker.

—¿Cómo es que no lo sabes seguro? ¿No dijiste que ya habías estado aquí?

—Sí, pero me taparon la cabeza con un casco para que no pudiera ver ni oír nada.

—Allí abajo, al fondo, parece que haya una lucecita roja.

—Sí.

—¿Por qué los amos del mundo no terminan de subir?

—No lo sé. Es posible que el ascensor se haya bloqueado con todo esto que les ha caído.

—Y ¿no tendrán otra salida de emergencia?

—Probablemente sí. Pronto lo sabremos.

—Yo estaba en el extremo izquierdo de la fila y he visto que allí también se abría otra compuerta.

—Veamos... ¡Efectivamente!

—¿Qué es esto?

—Es un cohete espacial a punto para despegar. Esta gente pensaba abandonar el planeta.

—Y ahora ¿qué hacemos? ¿Podemos entrar nosotros en el cohete?

—Vamos a intentarlo... Sí. No pide identificación.

—¡Mira! Instrucciones de uso.

—Sí. El cohete no estaba diseñado para astronautas o pilotos profesionales, sino para usuarios sin experiencia.

—Id entrando. Que nadie se quede fuera.

—Propongo que esperemos dentro hasta que se haga de noche. Si dentro de unas horas los amos del mundo todavía no han podido salir del ascensor, es que ya no saldrán. La noche puede ser peligrosa. No sabemos qué otras fieras nos pueden atacar. Creo que al anochecer deberíamos cerrar la puerta y salir volando de aquí. ¿Qué os parece?

—¡Buena idea!

—¡Sí, sí!

Y eso hicieron.

Poco después, antes de irse a dormir, todas las personas, una tras otra, miraron por la ventana y se despidieron para siempre de aquel planeta azul que se hacía cada vez más pequeño ante sus ojos emocionados. Un planeta que desde siempre había sido su casa, pero finalmente se había vuelto inhabitable. ¿Qué pasaría ahora? ¿Qué sería de sus vidas? ¿A dónde iba el cohete?

Al día siguiente, cuando los últimos supervivientes de la humanidad se despertaron, tenían una sensación muy extraña. Dentro de la nave espacial no había diferencia entre el día y la noche.

Tampoco había ruidos de ciudad ni luz del sol. El planeta Tierra estaba tan lejos que ya no se podía ver. Se sentían perdidos en medio del espacio sideral. A su alrededor, miraran en la dirección que miraran, solo había incontables estrellas distantes.

Lidia, que era la única persona del cohete experta en tecnología, leyó una parte del libro de instrucciones. A continuación reunió a toda la gente y dijo:

—Resulta que hacía tiempo que los astrónomos habían descubierto en nuestra galaxia tres planetas habitables prácticamente idénticos a la Tierra. Era un secreto tan bien guardado que ni siquiera yo lo sabía. Esta nave funciona con un piloto automático que nos lleva directamente a uno de ellos. Cuando lleguemos a su órbita, podremos coger una cápsula y bajar al planeta. Después la nave irá a la órbita del segundo planeta y podremos coger la segunda cápsula para bajar allí. A continuación la nave seguirá su camino y aterrizará en el tercer planeta, donde también podremos desembarcar.

—¿Eso significa que podemos decidir si queremos mantenernos todos juntos o si preferimos separarnos en tres grupos? —preguntó alguien.

—Sí.

—Tenemos que pensárnoslo bien. Somos los últimos representantes de la humanidad —comentó otra persona.

—Tenemos que colonizar un planeta entero. ¡O dos! ¡O tres! —dijo alguien más.

—Y tenemos que hacer todo lo posible para garantizar la supervivencia de la especie humana.

—Si nos dividimos en grupos, nos separaremos para siempre y no podremos ayudarnos. Cada grupo será muy pequeño, ¡demasiado!

—Tienes razón. Pero por otro lado también es muy arriesgado que nos lo juguemos todo a una carta cuando tenemos tres. No sabemos exactamente lo que nos espera en cada planeta. Quizá alguno de ellos resulte ser inhabitable porque haya animales o microorganismos que nos maten a todos.

—Eso es cierto. Para más seguridad, deberíamos dividirnos en tres grupos. ¿Está todo el mundo de acuerdo?

—Sí.

—¡Vale!

—¡Sí, sí!

—¡Un momento! —dijo uno de los adultos—. Creo que a la hora de tomar una decisión tan importante como esta, solamente los adultos deberían votar. Los menores son demasiado pequeños y no están capacitados para decidir.

—Yo no estoy tan segura —contestó Lidia—. En el planeta Tierra mandaban los adultos y mirad cómo ha acabado. Si hubiésemos escuchado a las personas más pequeñas, quizá la historia no habría sido la misma. Recordad que fueron precisamente los niños quienes nos rescataron y nos reunieron debajo de aquel árbol cuando supernet se apagó. Una democracia auténtica no debe excluir a nadie. La humanidad se merece una oportunidad nueva. Y las personas más jóvenes, también. Si las tenemos en cuenta, nos aportarán inocencia, frescor, imaginación y sentido común. Quizá su aportación sea decisiva para la supervivencia de toda la humanidad.

Los niños, que eran una gran mayoría, aplaudieron muy fuerte y con mucha alegría. Entonces una mujer llamada Noa, que hasta ahora no había dicho nada, habló:

—Yo soy la más vieja de esta nave. En esta vida he visto muchas cosas malas, hechas siempre por adultos. Nosotros ahora tenemos la gran suerte de habernos encontrado con esta oportunidad de empezar de nuevo. Deberíamos aprovecharla para probar caminos nuevos, diferentes del pasado.

Otra vez los niños volvieron a aplaudir, con más entusiasmo aún. Los demás adultos se callaron porque no se atrevían a llevar la contraria.

—Muy bien. Parece que estamos de acuerdo. Ahora hay que ver cómo nos repartimos.

—Hay que tener en cuenta que quienes vayan a los dos primeros planetas dispondrán solo de una cápsula de aterrizaje y poco equipamiento (solamente un equipo básico de supervivencia), mientras que quien vaya al tercer planeta dispondrá del ordenador central de la nave, de toda la maquinaria que llevamos, y también de una fuente de energía para muchos años.

—Entonces ¿no sería mejor que fuéramos todos al tercer planeta?

—No creo —dijo Lidia—. Los avances tecnológicos no nos han traído más felicidad, sino más problemas. Han desconectado la vida humana de la naturaleza. Sin tecnología no existirían las armas de destrucción masiva ni la contaminación, y nunca habría sido posible que ese grupo tan pequeño de amos del mundo consiguiera el control absoluto sobre toda la humanidad.

—¡Pero yo no sabría vivir sin tecnología!

—Si queremos empezar de nuevo y hacerlo de otra manera, tendremos que volver a aprenderlo. Hasta hace pocos siglos, la humanidad había existido sin tecnología desde siempre.

—¡Sí, pero sin comodidades!

—Sin comodidades innecesarias, pero feliz y libre.

—Yo creo que la tecnología por sí misma no es ni buena ni mala. Depende de cómo se use. Si no la usamos para hacer armas, sino máquinas que nos ayuden a hacer los trabajos más duros, entonces la tecnología es buena.

—¿Sin tecnología no tendríamos televisión, ni tablet, ni internet?

—No.

—Entonces ¿cómo jugaríamos?

—Los juguetes siempre han existido, como por ejemplo los muñecos. Y los juegos no electrónicos también han existido siempre, como por ejemplo la pelota, las cartas, los deportes, escalar árboles, construir castillos de arena y muchos más.

La discusión duró bastante tiempo. Finalmente no fue posible llegar a un acuerdo. La mayoría de los adultos decidió ir al tercer planeta y vivir con tecnología. A su planeta le pusieron el nombre de «Terranova». De los adultos, solamente Lidia y Noa decidieron vivir sin tecnología, cada una en uno de los otros dos planetas. ¿Y los niños? ¿A dónde crees tú que decidieron ir? Has acertado: ninguno quería ir a Terranova. Cuando se acabó el debate sobre este tema, un niño pequeño levantó la mano.

—Yo quiero ir a un planeta donde nunca haga frío. Así no habrá que llevar ropa y estaré más cómodo. Y no se notará tanto la diferencia entre ricos y pobres.

—¡Muy bien, muy bien! —gritaron dos niños pequeños, se desnudaron y lanzaron la ropa al aire.

En pocos momentos, los niños ya se habían quitado todos la ropa. Hicieron una batalla campal lanzándose unos a otros bolas que no eran de nieve, sino de ropa. Después de una buena sesión de juego, se sentaron para descansar un poco y beber agua, pero no volvieron a ponerse la ropa (de hecho, ya nunca más se volvieron a vestir). Entonces Marina levantó la mano para pedir la palabra.

—En el planeta a donde yo vaya, no quiero que haya dinero. El dinero es un invento horrible. Solo sirve para que la mayoría de las familias sean tan pobres que pasen hambre y las niñas no puedan comprarse ni siquiera una muñeca. Si no existiera el dinero, entonces no existirían los ricos ni tampoco los pobres.

Un aplauso general aprobó la propuesta. A continuación, un niño mayor pidió la palabra.

—En el planeta nuevo no quiero que haya amos del mundo. No quiero que unas pocas personas manden y obliguen a la mayoría de las otras personas a hacer cosas que no quieren.

—Y ¿cómo sabremos lo que hay que hacer?

—Nos reuniremos como hoy en asamblea y todos juntos lo decidiremos todo.

—¡Sí, sí! ¡Muy bien!

Un nuevo aplauso general aprobó la propuesta por aclamación. Seguidamente, una niña pequeña levantó la mano.

—Yo quiero que los padres y las madres no trabajen tanto y así tengan más tiempo para jugar con sus hijas.

—¡Pero si no trabajan mucho, no tendrán bastante dinero!

—Es que ya no habrá dinero, ¿no te acuerdas?

—¡Ah, sí! Pero entonces, ¿cómo sabremos cuánto tiempo tiene que trabajar cada uno?

—Trabajaremos todos juntos las horas que haga falta para obtener comida o construir una casa, y luego ya no se trabajará más. Así nos quedará un montón de tiempo para jugar.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Todo el mundo a jugar!

Muchos niños se levantaron del suelo, empezaron a correr y jugaron al pillapilla. Fue muy divertido hasta que les entró hambre. Entonces comieron ... ¿o cenaron? No lo sabían: dentro del cohete no había sol que marcara las partes del día. Con la tripa llena volvieron a sentarse y continuaron parlamentando. Una niña dijo:

—En el planeta nuevo no quiero que haya escuelas.

—Eso no es posible —dijo un adulto—. Sin escuelas, nadie aprendería lo necesario para saber construir casas, cultivar la tierra, fabricar herramientas...

—¡Es verdad! ¡Es preciso que alguien aprenda a fabricar juguetes!

—Sí, y también hay que aprender las reglas de los juegos, como por ejemplo el voleibol.

—¡Pero a mí no me gusta estudiar!

—¡Y a mí las notas y los exámenes me ponen muy nerviosa!

Entonces Noa levantó la mano y dijo:

—A ver si os gusta mi propuesta: no habrá escuelas. La mayoría de las cosas que necesitamos, las podremos aprender con la práctica diaria. Y las otras, os las contaré en forma de cuentos. Sobre todo os enseñaré historia, porque si olvidamos los errores que cometimos en el planeta Tierra, podríamos volver a cometerlos.

Esta vez casi nadie aplaudió, pero tampoco hubo nadie en contra. Se hizo un silencio. Entonces una niña pidió la palabra.

—Yo quiero que se prohíban las armas y los soldados y los robots policía, para que nadie pueda matar a otras personas. Así nadie morirá si no es por enfermedad.

Esta vez el aplauso fue general, pero no alegre. Todo el mundo tenía en su familia a alguien que había muerto en la guerra o asesinado por los robots que obligaban a la gente a hacer cualquier cosa que los amos del mundo quisieran. De repente, un niño, sin pedir el turno de palabra, dijo con rabia:

—¡En el planeta a donde yo vaya, nadie nos obligará a comer judías verdes!

—De eso nada —contestó Noa con voz tranquila pero firme—. La verdura es necesaria para tener una dieta sana.

No se oyeron aplausos. Pero tampoco protestó nadie. La mayoría miraba al suelo con caras serias. Entonces una niña pidió la palabra.

—Yo quiero un planeta sin contaminación. La vida en la ciudad era triste y desagradable, mientras que las horas que hemos pasado en la selva prohibida han sido maravillosas. Yo creo que la naturaleza es un paraíso y que no deberíamos destruirla, sino protegerla y vivir en armonía con ella.

Todo el mundo aplaudió con gritos de alegría. Entonces Lidia levantó la mano.

—En el planeta a donde yo vaya, mandarán las mujeres, porque son casi siempre hombres los que hacen las guerras, los que violan y torturan, los que quieren tener poder.

—Yo soy hombre, pero a mí no me gusta pegar. A mí solo me gusta jugar a la pelota y coleccionar piedras bonitas —comentó un niño pequeño llamado Manuel.

—No quiero decir que todos los hombres seáis malos, pero es cierto que los malos son casi siempre hombres.

En este asunto no hubo acuerdo. Lidia, muchas niñas y algunos niños decidieron ir al segundo planeta, que llamaron «Diana» en honor a una antigua diosa de la caza y protectora de la naturaleza. El resto decidieron ir con Noa al primer planeta y le pusieron el nombre de «Vega», que significa «gusto del campo».

segunda parte: Vega

Por fin el cohete llegó a la órbita del primer planeta. Como el grupo que iba a colonizarlo había decidido vivir sin ropa, escogieron una zona del planeta donde hiciera siempre calor, pero no demasiado: por ejemplo, un desierto no les servía, porque se asarían al sol, y se quemarían el culo si se sentaran en una piedra. Era necesario que además de calor hubiese mucha agua para beber y lavarse. También hacía falta vegetación abundante que les proporcionara comida y mucha sombra. En la zona ecuatorial del planeta encontraron una selva que parecía el sitio ideal.

Dieron al ordenador las coordenadas de aterrizaje, se despidieron para siempre de sus compañeros de vuelo, entraron en la cápsula y las compuertas se cerraron. Cuando todo el mundo se había puesto los cinturones de seguridad, la cápsula se separó del cohete y empezó a descender hacia la superficie. Ahora ya no había marcha atrás. Al principio parecía que flotaban en el vacío y no se notaba el movimiento. Poco a poco fueron cogiendo velocidad. Cuando entraron en la atmósfera, la cápsula empezó primero a vibrar, y luego a dar bandazos bastante fuertes. Marina tenía miedo y se puso a llorar. Una sacudida aún más fuerte les indicó que se habían puesto en marcha los reactores de freno. Aterrizaron con una suavidad sorprendente.

Se hizo un silencio total. Todos los corazones latían con fuerza. De repente se oyó salir a presión el aire de las válvulas y la compuerta se abrió. La luz del sol entró como una inundación que hizo parpadear a todo el mundo. ¡Ya habían olvidado lo maravillosa que es la luz natural!

—Y ahora, ¿qué?

—Desabrochaos los cinturones.

Todos estaban a la puerta, pero nadie se atrevía a dar el primer paso. ¿Cómo sería el mundo que los esperaba allí fuera? ¿El aire sería respirable? ¿Habría animales peligrosos que los atacarían? ¿El suelo estaría cubierto de piedras puntiagudas?

De repente entró un soplo de viento. ¡Qué aire tan puro! ¡Qué olor a flores tan delicioso! Un niño mayor y valiente llamado Salva ya no se lo pensó más y dio un paso histórico para la humanidad: su pie fue el primero que sin traje espacial pisó la superficie de otro planeta. La hierba jugosa y tierna acarició la planta de su pie desnudo.

—¡Uau! —exclamó maravillado—. ¡Qué gusto! ¡El suelo es suave y blando!

—¿Sí? ¡A ver! —dijeron muchas voces detrás de él.

En un momento ya estaba todo el mundo en el exterior. Llenarse los pulmones de aquel aire natural y no contaminado era un placer fabuloso que nadie había imaginado nunca antes. Se oía el vuelo de los insectos y el canto de los pájaros. La brisa era tan tenue que las hojas de los árboles no llegaban a hacer ruido cuando se movían y las ramas largas se bamboleaban ligeramente. Una sensación de felicidad desconocida e insospechada llenaba el pecho de cada persona.

—¡Esto es tan bonito como la selva prohibida!

—Sí. Pero es todo un planeta así. Y no está prohibido. ¡Y tampoco está rodeado de robots asesinos!

—Dicen que el planeta Tierra era también exactamente así antes de que los terrícolas lo destruyeran —comentó Noa, profundamente impresionada.

—¿Qué es un terrícola? ¿Una bebida de cola hecha con tierra?

—No: un habitante del planeta Tierra. Eso que fuimos y ya no somos —contestó Noa.

—¡Vaya! Toda la vida he sido un terrícola sin saberlo, ¡pero ahora que lo sé, ya no lo soy!

—Y si no somos terrícolas, ¿qué somos ahora? ¿Extraterrestres?

—Pues sí —dijo Noa, sorprendida.

—Yo pensaba que los extraterrestres serían una especie de monstruos verdes con antenas.

—Si a este planeta le hemos puesto el nombre de Vega, entonces nosotros somos veganos, ¿no?

—Pues sí —contestó Noa, muy divertida con la conversación—. Pero una persona vegana es también quien no come productos de origen animal, como por ejemplo la carne, la leche, el pescado y los huevos.

—Entonces, como aquí no hay animales de granja, no tendremos más remedio que ser veganos también en ese sentido.

—Podríamos cazar y pescar.

—Sí, pero... ¿tú sabes?

—No.

—¿Alguien sabe cazar o pescar?

—No.

—No es necesario —dijo Noa—. Mi hermana era vegana y sé muy bien qué cosas hay que comer para llevar una dieta sana y equilibrada sin ingredientes animales.

—Esos ingredientes vegetales ¿los encontraremos también en este planeta?

—Según me explicó Lidia durante el viaje, tanto Vega como Terranova y Diana son planetas prácticamente idénticos a la Tierra, así que supongo que si no encontramos exactamente las mismas plantas que conozco, habrá otras parecidas.

—¿También habrá fieras como aquellos tigres?

—Probablemente.

—¡Qué miedo! ¿Cómo nos defenderemos de ellas?

—Buena pregunta. ¿Alguna idea?

—Cogeremos palos largos y les cortaremos una punta para que esté afilada como una lanza —dijo Salva—. Eso nos servirá de defensa. Dormiremos en la cápsula y solo será necesario que dos o tres personas hagan guardia para proteger la entrada.

—Muy bien. Eso nos protegerá de noche. Pero, ¿y de día?

—De día cada uno de nosotros llevará una lanza en la mano. Iremos todos juntos en formación con las lanzas hacia fuera, como si fuéramos un erizo. De esa manera las fieras no se podrán acercar a nosotros.

—¡Una idea genial! ¡La unión hace la fuerza!

Todo el mundo aplaudió y a continuación se pusieron a saltar y bailar de alegría. Sin haberlo planeado, se pusieron en círculo, se cogieron de las manos y empezaron a cantar las canciones más alegres que conocían.

Después buscaron ramas adecuadas y las cortaron con las herramientas que había en la cápsula. Ese mismo día al anochecer ya cada uno tenía su lanza: algunas más largas, otras más cortas, según la estatura de cada persona.

Al día siguiente, cuando se despertaron, Noa preguntó a Marina, que había dormido apoyada en ella:

—¿Cómo has dormido esta noche?

—¡Mejor que nunca! Como si... como si estuviera en otro mundo.

—Es que estamos en otro mundo.

Era la primera mañana que se despertaban en su nuevo planeta.

—Ahora tenemos que buscar agua. Necesitamos lavarnos hoy sin falta. Las raciones de agua que nos quedan son exclusivamente para beber, pero aún así no durarán más de dos días.

Se pusieron en formación de erizo y empezaron a andar lentamente, con precaución y con atención, explorando el terreno alrededor de la cápsula espacial. A mediodía por fin encontraron un riachuelo que llevaba poca agua y por tanto no era peligroso porque ni su corriente era fuerte ni

podían esconderse cocodrilos en sus aguas poco profundas. Dejaron en el suelo los palos y entraron en el agua, que les llegaba por los tobillos. Empezaron a dar gritos y salpicarse unos a otros. Se rieron a carcajadas y se lo pasaron muy bien. Tenían bastante agua para beber y lavarse, pero no para tomar el baño. Buscaron río abajo y pronto encontraron un lugar donde el agua se embalsaba y formaba una piscina natural de agua transparente y limpiísima. ¡Qué diversión! Las horas les pasaron volando. De repente notaron que se estaba acabando la tarde y era necesario llegar a la cápsula antes de que la oscuridad de la noche los sorprendiera en medio del bosque. Al anochecer llegaron a la cápsula. Estaban todos tan cansados que se durmieron en pocos minutos.

El día siguiente era ya su tercer día en Vega y todos los humanos veganos estaban de muy buen humor. Sentían que el bosque en estado completamente natural les daba una energía y una vitalidad inmensas.

Marina, que era la más pequeña, había vuelto a dormir con la cabeza apoyada en el muslo de Noa. Sin dejar de abrazarle el muslo y sin apartar la mejilla infantil de la pierna adulta, la miró a los ojos y le dijo:

—¿Sabes qué, Noa? En este bosque me siento tan bien como cuando estaba en la tripa de mi madre.

—¿Recuerdas aquel tiempo antes de nacer?

—No pero sí. Es solo una sensación como si esto yo ya lo conociese, como si esto fuera mi casa de verdad, como cuando mi madre me cogía al brazo y me cantaba canciones de cuna.

—Te entiendo —dijo Noa tiernamente—. Yo siento una cosa parecida.

—¿Esto es la felicidad?

—Sí, hija —dijo Noa acariciando los cabellos de la niña.

Cuando ya todo el mundo estaba en pie, Noa dijo:

—Hoy tenemos que buscar plantas comestibles. Las reservas de alimentos de la cápsula están a punto de acabarse.

En aquella selva había una gran variedad de plantas. Muchas de ellas tenían frutos comestibles. Algunas de ellas eran bayas pequeñas; otros frutos eran más grandes, como una manzana o incluso como un melón. Algunos eran muy jugosos, como la naranja y la sandía, mientras que otros eran más secos, como el plátano. Los había de todos los colores, formas y sabores. ¡Muchas variedades eran sencillamente deliciosas! Y había tanta cantidad que estaba claro que no se acabarían. En esta selva nunca iban a pasar hambre. Se pasaron todo el día comiendo, probando diversas frutas hasta que sus tripas estaban tan llenas que ya no les cabía nada más. También dieron saltos de alegría, corrieron, cantaron y jugaron.

—¡Esto son las vacaciones más divertidas del mundo! —exclamó Marina—. Pero ¿qué pasará cuando se acaben, Noa? ¿A dónde iremos luego? ¿Volveremos a casa?

—No, cariño. Allí ya no podemos volver. Estamos en casa. Y nos quedaremos aquí para siempre.

—Entonces, ¿estas vacaciones no se acabarán nunca?

—Exactamente.

—¡Yuhuuu! ¡Yupiiii! —exclamó la niña y de la emoción se puso a dar vueltas y volteretas.

—Nunca en mi larga vida he visto unos niños tan felices —pensó Noa—. Yo misma me encuentro llena de vitalidad y me siento quince años más joven. Esto es tan maravilloso que parece increíble.

Comer aquellos frutos tan naturales y nutritivos hizo que los veganos pasaran todo el día con mucha energía, actividad y diversión. Cuando cayó la noche y se acostaron, Noa observó con satisfacción que todo el mundo se había dormido inmediatamente con un cansancio dulce, una sonrisa en los labios y unas caras contentas que expresaban la ilusión con la que esperaban el nuevo día.

- - -

Al salir el sol se despertaron con entusiasmo, hambre, ganas de descubrir cosas nuevas y de pasarlo muy bien. Ya nadie quiso tocar la comida en conserva que les quedaba en la cápsula: ¡aquellas succulentas frutas veganas estaban incomparablemente más ricas!

En la asamblea, Salva propuso:

—Podríamos buscar un lugar natural y agradable donde dormir, en vez de esa cápsula de metal y plástico.

—¡Sí, sí!

—Cuando encontremos el sitio ideal, construiremos casas y será nuestro pueblo.

Un aplauso general dio la propuesta por aprobada.

- - -

Los días siguientes fueron especialmente intensos e interesantes porque los dedicaron a explorar los alrededores hasta que finalmente encontraron la ubicación perfecta para construir su aldea: era una pequeña montaña que se alzaba en medio del río formando una isla. Se reunieron en asamblea para debatir los pros y contras de aquel lugar.

—El agua será una defensa natural que mantendrá apartadas a la mayoría de las fieras. Y las paredes de roca vertical impedirán el paso a cualquier otra fiera que sea capaz de nadar.

—La pega es que incluso para nosotros el acceso es muy difícil. Muchos somos pequeños y no sabemos nadar.

—E incluso para los que no sabemos nadar, la corriente es demasiado fuerte.

—¡Tengo la solución! —dijo Salva con una amplia sonrisa—. Con lianas haremos una cuerda bien fuerte. La fijaremos a este árbol alto que hay a la orilla del río. Yo me la ataré a la cintura y de esa manera cruzaré el río nadando sin peligro. Después escalaré la pared y ataré mi extremo a ese árbol que hay encima de la isla. Después construiremos una tirolina para pasar de un lado al otro y una escalera para subir cómodamente al árbol.

—No, mejor dos: una inclinada hacia allá para ir a la isla y otra inclinada hacia aquí para venir a la orilla del río.

Un aplauso general aprobó la propuesta por unanimidad. Les costó unos cuantos días de hacer, pero tenían todo el tiempo del mundo.

Cuando por fin la gran obra de ingeniería estaba acabada, todos estaban muy excitados y no paraban de dar saltitos de emoción. Cada uno quería ser el primero en cruzar usando la tirolina. En asamblea dijo Salva:

—Como no sabemos si será peligroso hasta que se haya probado la primera vez, iré yo primero, que soy el más fuerte. El orden de los demás se echará a suertes.

—¡Pero yo no quiero ser la última, que tengo miedo! —dijo Marina.

—Tranquila: si te toca ser la última, yo te cambiaré el turno por el mío —dijo alguien.

—Vale. ¡Muchas gracias!

Cuando Salva subió a la tirolina, todos lo observaban en silencio sin mover ni un dedo. Estaba un poco nervioso y miró a Noa para que le diera fuerzas. Ella le sonrió y le dio ánimos con la mirada. Salva le devolvió una mirada de agradecimiento. Ya más confiado, miró con decisión hacia la isla y se dio impulso. Él y la tirolina cruzaron rápidamente el aire a muchos metros de altura por encima del agua. Cuando llegó sin problemas al otro lado, bajó de la tirolina, se puso en pie mirando a su tribu y levantó los brazos en señal de victoria. Un aplauso bien fuerte y bien largo fue su recompensa.

Pocos minutos después, todo el mundo había cruzado ya el río. Lo celebraron con saltos y gritos de alegría. A continuación se dedicaron todo el día a explorar la isla bien a fondo. La cima no

era más grande que un campo de fútbol, pero era bastante llana, así que verdaderamente era el lugar ideal para construir la residencia definitiva de la población humana de Vega.

Para pasar las primeras noches construyeron una cabaña provisional con troncos, ramas y hojas. A continuación, sin prisa construyeron una casa de piedra que solo tenía una habitación grande donde dormían todos apoyados unos sobre otros, como hacen las crías de la mayoría de los mamíferos. Esta casa les servía de madriguera para dormir sin que los mojara la lluvia ni los sorprendiera ningún animal, pero el resto del tiempo no lo pasaban allí dentro, sino al aire libre, porque en aquellas latitudes de Vega siempre era verano. Durante el día, ni siquiera la lluvia los molestaba, porque la temperatura no dejaba de ser cálida y la ducha caída del cielo les resultaba agradable. Llovía a menudo, pero eso no afectaba en absoluto sus actividades cotidianas. En la casa se refugiaban también cuando había alguna tempestad.

En una ocasión hubo un viento muy fuerte que incluso arrancó algunos árboles. Durante el vendaval, las paredes de piedra temblaban y las personas se asustaron mucho porque tenían que les cayeran encima. Por ese motivo decidieron reforzarlas, haciéndolas bien gordas y sólidas, y dar al conjunto de la casa una forma parecida a un iglú. Así ya ni siquiera un huracán podría derrumbar la construcción, que más bien parecía una cueva.

- - -

Noa era la única persona del planeta que llevaba ropa. Cada día lavaba su vestido en el río, hasta que un día estaba ya tan desgastado que se le rompió.

—¡Vaya! Y ahora ¿qué? Podría hacer hilos vegetales y tejerme un vestido, pero me supondría mucho trabajo y la verdad es que no me hace ninguna falta. Si no tengo ropa, me ahorraré el trabajo diario de lavarla. Creo que aprovecharé la ocasión para imitar la sabiduría de los niños, que ni siquiera se preocuparon de coger su ropa cuando subieron a la cápsula para venir al planeta.

Noa se sorprendió de que nadie le hiciera ningún comentario al verla desnuda. Solamente Marina, cuando se apoyó aquella noche en su muslo desnudo, le dijo:

—¡Mm! ¡Qué gusto! Tu piel es mucho más agradable que la tela.

Cuando Noa vio su carita de placer tierna, afectuosa y adormilada, sonrió dulcemente. Cuando le puso la mano en la cabeza para acariciarla, la niña ya se había dormido.

- - -

Todas las mañanas salían de la isla para recolectar alimentos. Iban siempre todos juntos y se comían la cosecha en el mismo lugar donde la encontraban. Cada día iban en una dirección diferente para no agotar la vegetación, sino permitir que se reprodujera sin dificultad. Además de frutas de toda clase, comían también unas hojas parecidas a la lechuga; grano como por ejemplo el de una planta parecida al maíz; setas, como una rosada que recordaba al nízcalo; y a veces también las raíces de las plantas, como por ejemplo las de una similar a la zanahoria; o los brotes tiernos de algunas hierbas, como el espárrago.

No tardaron en descubrir que aquella selva estaba llena de animales. Si tenían paciencia, se quedaban quietos y no hacían ruido, podían divisar diferentes animales herbívoros grandes y pequeños. También descubrieron que había animales carnívoros: unos tigres verdes, unos animales similares a las panteras y otros parecidos a las hienas, que no cazaban, sino que solo comían animales muertos.

- - -

Un día Marina se separó del grupo porque se quedó atrás, absorta observando una flor preciosa y oliendo su perfume delicioso. De repente, Noa se dio cuenta de que Marina faltaba y preguntó alarmada:

—¿Alguien sabe dónde está Marina?

—¡No! ¿No estaba contigo?

—¡Busquemosla, rápido!

Poco después, cuando Salva la encontró, ella estaba tan tranquila admirando la flor, pero una pantera que también la había encontrado no le quitaba ojo de encima y estaba a punto de abalanzarse sobre ella para cazar su desayuno. Por suerte, Salva reaccionó con valentía: agarró bien fuerte su lanza y, dando gritos como un guerrero vikingo, se echó a correr directamente hacia la pantera, que estaba ya mucho más cerca de la niña que él. Los gritos de Salva hicieron que la fiera se parara un instante a mirarlo. Pero como él estaba todavía a bastante distancia, la fiera tenía tiempo de coger su desayuno y marcharse antes de que Salva llegara. Afortunadamente, el resto de humanos también supo reaccionar adecuadamente: empezaron a dar alaridos fortísimos y se lanzaron a toda velocidad hacia Marina. La pantera se asustó un poco y decidió que era más prudente huir.

En pocos instantes, toda la tribu llegó a donde estaba la niña, la rodearon y la miraron con ojos de espanto mientras los pechos subían y bajaban agitadamente, casi sin respiración. Marina, que todavía no era consciente del terrible peligro que acababa de correr, apartó finalmente la mirada de la flor, miró a todos con sorpresa y les preguntó:

—¿Qué os pasa? ¿Por qué gritabais como si estuvieseis locos? Y ¿por qué me miráis con esos ojos tan grandes y esas caras de terror? ¿Habéis visto un fantasma?

Entonces todo el mundo empezó a reír a carcajadas nerviosas.

—No entiendo nada. ¿Ahora qué es lo que os parece tan gracioso? —preguntó Marina.

La respuesta fueron aún más carcajadas, esta vez un poco más relajadas. Cuando por fin acabaron de reír, alguien se lo explicó, y entonces fue Marina quien abrió los ojos como platos y se puso a temblar de miedo, lo cual provocó más risas, al mismo tiempo que todo el mundo la abrazaba o acariciaba.

—¡Uf! ¡Por poco me meo encima de la impresión! —comentó finalmente Marina.

Y de nuevo estallaron las risas. A pesar de los peligros, los humanos de Vega eran intensamente felices.

En una ocasión, la tribu se fue de excursión especialmente lejos para explorar porque les gustaba muchísimo conocer cosas nuevas. En una zona que nunca antes habían pisado porque la vegetación era muy densa, oyeron unos aullidos lastimeros.

—¡Escuchad! ¿Quién hace esos ruidos?

—Parece como si alguien gritara o llorara.

—¡Mirad! Ahí está la cría.

—Es una hiena pequeña.

—Y ¿ahora qué hacemos?

—Seguro que está buscando a su madre.

—Sí, pero con el escándalo tan grande que está armando, si su madre no la ha encontrado aún, es que algo le ha pasado y ya no vendrá más.

—Parece perdida, la pobrecita.

—Sí, me da pena.

—Si dejamos la cría aquí, ¿qué le pasará?

—Seguramente se morirá de hambre.

—Sí. O quizá alguna fiera se la coma antes.

—Pues nos la tenemos que llevar con nosotros. ¡Será nuestra mascota!

—¡Es una fiera! Si vive con nosotros, ¡cuando sea mayor nos devorará!

—¡No! Si crece con nosotros, seremos su familia y no nos atacará.

—Pero si nos la llevamos, ¿qué le daremos de comer? No tenemos leche para amamantarla.
—No es tan pequeña. Mírala, tiene dientes. Seguramente ya está destetada y puede comer sólidos.
—Pero comerá carne. ¿Qué carne le daremos? No sabemos cazar. ¿Quieres cortarte tú algún dedo para dárselo?
—¡Ja, ja! No hará falta. Buscaremos animales muertos, que es lo que las hienas comen, y se los daremos. Cuando sea mayor, ya sabrá buscárselos ella misma.
—¡Sí, sí!
—¡Vale!
—¡Quedémonosla!
—Vale. Nos la quedamos. ¿Qué nombre le pondremos?
—¿Es chica o chico?
—Miradle la entrepierna.
—Es hembra.

Entonces Marina cogió la cría al brazo y dijo muy contenta e ilusionada:

—Pues le pondremos Pilar, como mi madre. Igual que esta cría, yo tampoco volveré a ver a mi madre nunca más. ¡Y la echo tanto de menos!

De repente se puso a llorar a corazón partido y añadió, hecha un mar de lágrimas:

—Pilar dormiré conmigo y yo la abrazaré para que no se sienta sola.

Toda la tribu besó y acarició a Marina para consolarla hasta que dejó de llorar.

Pilar crecía muy deprisa y pronto se convirtió en una amiga fiel de los humanos como en el planeta Tierra habían sido los perros. Todavía era un animal joven, juguetón y encantador cuando, un día en que estaban todos de exploración, encontraron un claro en la selva. Había mucha más luz que de normal porque no había árboles que taparan el sol. El suelo estaba cubierto de hierba tierna de un palmo de altura y también había muchas flores de colores diferentes.

—¡Qué bonito! —dijeron algunas voces.

—¡Es precioso! —dijeron otras, y enseguida toda la tribu se echó a correr en dirección al prado.

Con excepción de Noa, quien los siguió, pero andando con tranquilidad. Desde una cierta distancia, Noa vio que la luz del sol iluminaba la hierba y las flores con tanta intensidad que parecían encendidas de color. También la piel y la cabellera de los niños y las niñas relucían con colores vivos y reflejos dorados. Con alegría infantil saltaban, bailaban y daban volteretas. Pilar compartía la alegría de los humanos saltando con esa gracia especial que tienen los movimientos aún inexpertos de las criaturas jóvenes. Observando esta escena idílica, Noa sintió una profunda emoción de gratitud y belleza que le oprimía la garganta y le hinchaba el pecho.

—¡Ven, Noa! ¿Verdad que esto es el paraíso? —exclamaron algunas voces entusiasmadas.

—¡Sí, ya lo creo! —contestó Noa con los ojos llenos de lágrimas de felicidad y en voz muy bajita porque de la emoción la voz casi no le salía. En vez de dar saltos como la gente joven, ella se tumbó boca arriba en la hierba blanda, cerró los ojos, extendió los brazos y las piernas para abrir su cuerpo a los rayos del sol y se quedó allí quieta un rato, sintiéndose en la gloria, como si flotara por el azul del cielo entre las nubes y los pajaritos.

Pilar entró a formar parte de la familia humana. Los acompañaba a donde fueran y les resultaba muy útil, porque su olfato y su oído eran superiores a los humanos y podía notar la presencia de fieras antes que las personas. Cuando detectaba un tigre o una pantera, se ponía a gruñir para avisar del peligro. Los humanos estaban muy contentos porque gracias a ella iban más seguros por el mundo.

Una vez, cuando Pilar ya era adulta, se fue sola por ahí y se pasó todo el día perdida. Los humanos estaban tristes porque pensaban que había decidido abandonarlos y volver con sus congéneres. Pero al día siguiente, Pilar volvió como si nada. Pocos días después Marina notó que su tripa estaba cada día más gorda.

—¡Está preñada! —exclamó.

Y así era. Pocas semanas después, Pilar parió una camada de cuatro crías pequeñas que parecían ratones sin cola y con los ojos cerrados, pobrecillos, tan débiles y vulnerables. Pero pronto abrieron los ojos, crecieron rápido y en pocos días estaban a todas horas corriendo de aquí para allá. Todo lo olisqueaban, tocaban y mordían. Eran bonitos y adorables como peluches, pero mucho más divertidos, porque estaban vivos. Se convirtieron en los juguetes favoritos de la familia. La tribu había crecido y ahora ya era evidente que no constaba solamente de humanos. La convivencia de las dos especies, la humana y la de las hienas, resultaba provechosa para todos.

- - -

Por algún motivo, hubo un año que fue muy bueno para las panteras. Tuvieron muchas crías y pocas murieron. En poco tiempo, la selva estaba infestada de panteras. Todas querían comer, como es natural, y en pocos meses acabaron con todos los animales de la selva. Normalmente no se metían con los humanos porque eran demasiado inteligentes y peligrosos para ellas, pero ahora tenían hambre y no les quedaba nada más que comer, así que un día, cuando la tribu estaba recolectando alimento, fue atacada por tres panteras al mismo tiempo. Las hienas ya las habían oído y la tribu las estaba esperando con las lanzas en guardia.

Aquello no fue una cacería, sino una auténtica batalla. Cada pantera tenía tanta fuerza como dos humanos y dos hienas juntos: con un solo zarpazo podían arrancarte la lanza de las manos y con otro golpe de garra podían matarte. Pero por suerte eran solo unas pocas y la superioridad numérica de la tribu fue decisiva: en pocos minutos las tres panteras estaban muertas. No obstante, el precio de la victoria fue altísimo: una persona y Pilar estaban también heridas de muerte. A la hiena le habían arrancado una pata delantera; a Manuel le habían hecho una herida profunda en un hombro. Ambos sangraban mucho.

—¿Manuel y Pilar morirán?

—Sí. Ya no podemos hacer nada por salvarlos.

Se hizo un silencio horrible. Todo el mundo miraba aquellas heridas abiertas con ojos espantados. Noa se sentó en el suelo al lado de Manuel, lo cogió al brazo y lo acunaba ligeramente para aliviarlo en estos momentos tan difíciles. Las hienas lamían las heridas de Pilar y también su morro, para demostrarle amor. En unos minutos, el pobre niño y la pobre hiena se desangraron y dejaron de respirar. Cada persona de la tribu sentía que el corazón se le desgarraba de dolor; las lágrimas les manaban a chorros. También las hienas aullaban por su madre muerta. El sufrimiento parecía insoportable, pero finalmente a alguien se le acabaron las lágrimas y empezó a pensar.

—No podemos quedarnos aquí. ¡Otras panteras podrían venir y atacarnos!

—Y ¿qué haremos con los cadáveres?

—No podemos dejarlos aquí. ¡Las panteras vendrían y los devorarían!

—Por supuesto que no los abandonaremos. Nos los llevaremos con nosotros. Volvamos a la isla. Aquí corremos peligro.

Cuando por fin llegaron a la isla, alguien preguntó:

—Y ahora ¿qué hacemos? ¿Encerrarnos y no salir? Aquí en la isla no hay nada comestible.

—O sea, que podemos elegir entre morir de hambre en la isla o morir devorados por panteras hambrientas.

—Hay una tercera posibilidad. Las panteras están a este lado del río. Podemos ir al otro lado del río a buscar alimento. El río es muy ancho y seguramente no lo podrán cruzar.

—Sí, podemos intentarlo.

—Pero hay un problema: ¿cómo pasamos al otro lado del río? No tenemos una tirolina que nos lleve allí.

—La construiremos.

—Eso costará días. Y mientras tanto, ¿qué comeremos?

—En un día podemos acabar de hacer una cuerda sencilla y cruzar por ella cogidos de manos y pies. Después, poco a poco reforzaremos la cuerda y construiremos dos tirolinas cómodas como las que hay en este lado.

—¡Pero cruzar de esa manera es peligroso! ¿Y si alguien se cae al agua?

—Aún más peligroso es ir por una selva infestada de panteras.

—Vale. Eso haremos.

—Ahora de camino a casa recogeremos todos los materiales que necesitemos para hacer la primera cuerda.

Durante todo el día siguiente, nadie comió nada. La verdad es que estaban tan tristes que tampoco tenían apetito. Aprovecharon para hacer una cuerda larga y lo suficientemente fuerte como para aguantar el peso de una persona.

Al cabo de un día más ya sí que tenían hambre y cruzaron de uno en uno. Muchos tenían miedo, pero no tenían más remedio, si querían comer. Una vez satisfecha el hambre, dedicaron el resto del tiempo a construir las tirolinas lo más rápido posible. ¡Y en pocos días lo consiguieron!

Tuvieron suerte porque las panteras efectivamente no habían cruzado el río y en este otro lado la población de fieras y otros animales era la habitual; por tanto, el peligro para los humanos era el normal: escaso, si iban en grupo.

En poco tiempo, las panteras murieron de hambre porque habían arrasado aquella parte de la selva y ya no les quedaba nada que comer. Si alguna sobrevivió, será porque se marchó a otro sitio. La tribu volvió a hacer su vida habitual, con la diferencia de que ahora su territorio se había duplicado, porque salían alternativamente a uno y otro lado del río.

Marina continuaba durmiendo, como siempre, apoyada en Noa. Una de aquellas noches, cuando ya era tarde y todo el mundo dormía, Noa notó que Marina aún estaba despierta y no dejaba de dar vueltas.

—Marina, ¿qué te pasa? ¿No puedes dormir?

—Tengo pesadillas cada día. En sueños veo una y otra vez que Manuel y Pilar mueren. Pilar siempre dormía en mis brazos y ahora la echo mucho de menos. Noa: ¿los animales tienen alma?

—¿Lo dudas? A menudo has visto que las crías de Pilar se alegraban de ver a su madre y que disfrutaban de sus caricias; viste el inmenso dolor que la muerte de su madre les causó; también has visto muchas veces que cuando sueñan, se enfadan o tienen miedo o experimentan muchas otras vivencias. Si sienten como nosotros y sueñan como nosotros, ¿por qué no habrían de tener alma como nosotros?

—Pero es que no hablan.

—No tienen el mismo lenguaje que los humanos, pero saben perfectamente comunicarse entre ellas también saben hacerte entender lo que quieren decirte. ¿Qué más quieres? ¿Que hablen nuestro idioma? ¡Entonces no serían hienas, sino personas!

—Y ¿las plantas tienen alma?

—¿Tú qué crees?

—Si un árbol está enfermo, lo veo triste y sin energía. Si hace demasiado tiempo que no llueve, veo que la selva está sufriendo, y cuando por fin vuelve a llover, los árboles y las plantas reviven con alegría.

—Tú lo has dicho.

—¡Pero no hablan, ni aúllan, ni se mueven!

—Desde luego. Pero nacen, crecen, se reproducen y mueren. Quieren estar bien y sufren cuando están mal. A menudo tú y yo hemos abrazado algún árbol y hemos podido sentir su paz y su sabiduría. Su alma es de un estilo diferente al de la nuestra, es más tranquila y lenta. Los árboles viven muchos más años que nosotros. Funcionan a otro ritmo y por eso nos resulta más difícil comunicarnos con ellos.

—Y ¿las piedras tienen alma?

—Es otra vez un cambio de estilo, pero claro que sí. ¿Recuerdas la montaña que tanto nos gusta visitar?

—Sí.

—¿Qué nombre le pusisteis?

—La Montaña Sagrada.

—Y ¿por qué?

—Porque cuando estamos al pie de aquella montaña enorme de paredes de roca vertical altísimas, que hacen eco cuando hablamos, yo me siento pequeñita; siento una presencia inmensa y llena de amor, como si la Gran Madre Tierra me estuviera mirando. A veces tengo la sensación de que su voz suena en mi interior. Es tan maravillosa que me hace llorar de felicidad. Y sé que no soy la única de la tribu que siente estas cosas.

—Pues, ¿qué más quieres ya que te diga yo?

—Es que en la mayoría de las ocasiones no puedo traducir a palabras lo que esa voz de la montaña me dice, y entonces no sé exactamente qué me está diciendo.

—Porque es un espíritu tan grande y tan diferente que nuestras palabras humanas no son compatibles con su forma de ser. Lo que tienes que hacer es escuchar su mensaje con el corazón, no con las orejas ni con la cabeza.

Marina se quedó un rato callada y pensativa. Luego preguntó:

—¿A dónde va el alma cuando morimos?

—Nosotros no morimos. Solo muere el cuerpo. Nuestra alma está aquí, en el cuerpo, y también en todas partes. Cuando el alma ya no tiene un cuerpo, sigue estando aquí en todas partes.

—No lo entiendo.

—Es falso que cada persona tenga su alma personal, propia e individual. La verdad es que el alma de cada persona es como cada uno de los pelos de tu brazo, o como cada una de las hojas de esa rama: parecen cosas individuales, pero en realidad no están separadas del resto del cuerpo humano, o del resto del árbol del que forman parte.

—Sigo sin entender.

—Tú tienes muchos pelos; todos son parecidos, pero no hay dos iguales. No obstante, tú eres una sola persona. ¿O sois muchas Marinas, una por cada pelo?

—¡Noooo! ¡Ja, ja, ja!

—Y cada uno de esos pelos forma parte de ti, igual que tus uñas, tu piel y el resto de las partes de tu cuerpo, ¿verdad?

—Sí.

—Y si yo ahora te arranco un pelo, tú continúas siendo la misma, aunque ya no tengas ese pelo que hasta ahora formaba parte de ti. ¿O has perdido una parte de tu alma que se ha ido con ese pelo?

—Yo sigo siendo la misma.

—Tu esencia, lo que tú eres en realidad: ¿se reduce por la pérdida de ese pelo?

—No.

—Pues eso es lo que pasa con el alma.

—Pero entonces, ¿cuántas almas hay? ¿Una de humanos, otra de hienas, otra de árboles, otra de la montaña, etcétera?

—No, claro que no. Solo hay una única alma.

—¿Solo una?

—Sí. Solo una. El alma del universo, que es un ser vivo único. Todo lo que existe forma parte de él.

—Y ¿por qué esa alma universal es tan difícil de comprender?

—El cerebro de los humanos es demasiado pequeño para comprender una cosa tan grande. Pero como formamos parte del alma universal, estamos dentro de ella, y ella está dentro de nosotros: somos ella. No la podemos ver con los ojos, ni describirla con palabras, ni entenderla con la mente, pero podemos sentirla con el corazón, que es el lugar por donde nos conectamos con el alma. Tanto si miras a tu alrededor como si miras adentro de ti misma, puedes percibir siempre la sintonía con la armonía del universo, que es un espíritu infinito de amor sin límite.

Marina se quedó callada y pensativa. Luego bostezó y dijo dulcemente:

—Noa, te quiero mucho.

—Yo a ti también, cariño mío. Que duermas bien.

En la selva siempre había mosquitos, que a veces picaban a los humanos, pero eran pocos y se podían superar. De vez en cuando venía algún murciélago que revoloteaba cazando mosquitos.

Un día apareció una plaga de mosquitos. Llegaban en nubes de centenares o miles de bichos y se lanzaban sobre las pobres personas. Una o dos picaduras al día se podían tolerar, pero cincuenta o cien por minuto ya eran demasiado. Cuando venían los mosquitos, los humanos cogían hojas grandes y las usaban como matamoscas para espantarlos. Cada vez que agitaban el matamoscas, mataban una docena o dos, pero los mosquitos no se acababan nunca. Noa elaboró una loción antimosquitos que había que untar por todo el cuerpo mezclada con barro. Repelía a la mayoría de los bichos, pero no era suficiente.

Los murciélagos no venían mucho por la isla porque la cueva donde vivían estaba muy lejos. Entonces los humanos decidieron irse a vivir provisionalmente al lado de la cueva de los murciélagos. Allí sí que no acudían los enjambres de mosquitos porque los murciélagos salían también en bandada a cazarlos, se los comían en grandes cantidades y finalmente los espantaban. Los humanos se reunieron en asamblea.

—¡Por fin hemos encontrado una solución satisfactoria!

—Satisfactoria contra los mosquitos, pero no podemos vivir aquí definitivamente. La cueva de los murciélagos es tan baja y estrecha que no podemos habitarla. Vivir en cabañas improvisadas a la puerta de la cueva no es tan seguro ni tan cómodo como la casa de piedra en nuestra isla.

—Sería ideal que los murciélagos vivieran al lado de nuestra casa.

—Podemos construirles una cueva de piedra.

—Y ¿cómo les decimos que se vengán a vivir a nuestro lado?

—Mientras los mosquitos aún estén por aquí, podemos ir construyendo una red para ponerla a la puerta de la cueva de los murciélagos. Una vez que los mosquitos se hayan ido, cuando sea de día pondremos la red a la puerta de la cueva. De esa manera retendremos dentro todos los murciélagos, que cazan de noche y duermen de día. Mientras duermen, los cogemos en sacos y los

transportaremos a la cueva nueva. Dejaremos taponada la cueva actual para que no puedan volver a ella y no tengan más remedio que acostumbrarse a la nueva.

Eso hicieron. Algunos murciélagos se escaparon, pero en general la cosa funcionó. Muchos murciélagos no quisieron quedarse a vivir en la cueva nueva, huyeron la primera noche y ya no volvieron, pero algunos sí que se instalaron allí definitivamente, y eso fue suficiente para proteger a la tribu de futuras invasiones de mosquitos.

- - -

Pararon los años. Todos los niños y niñas eran ya hombres y mujeres. Algunos ya tenían hijos. Noa era muy viejecita, pero se mantenía en forma y con buena salud, hasta que un día por la mañana dijo que no se encontraba bien y no se levantó, sino que se quedó acostada en la casa todo el día. Marina pasó el día con ella, atendiéndola, pero Noa no quiso comer ni beber nada. Al anochecer, el resto de la tribu volvió a la casa y se quedaron muy impresionados al ver el mal aspecto que Noa tenía de repente. Ella dijo con una voz muy débil:

—Ya veis que me estoy muriendo. No sé si mañana veré salir el sol.

Todo el mundo se puso a llorar. Noa guardó silencio un rato y después continuó hablando:

—Es natural que pensar en la separación os ponga tristes. Pero recordad lo que ya os he dicho en muchas ocasiones: tanto la muerte como el nacimiento forman parte del ciclo de la vida; los cuerpos viejos tienen que morir para hacer sitio a los nuevos. En todo caso, yo no moriré, sino solo mi cuerpo, que se convertirá en tierra y así continuará formando parte de la naturaleza, de la misma manera que mi alma continuará formando parte del espíritu que todos somos y que lo es todo.

—¡Pero ya nunca más podremos abrazarte!

—¡Ya no nos podrás contar más cuentos!

—¡Ya no estarás a nuestro lado apoyándonos y explicándonos tantas y tantas cosas!

—Así es la vida. Tenéis que haceros mayores y completamente independientes.

—Pareces muy cansada, pero ¿podrías hacernos un resumen rápido de las cosas más importantes para que no las olvidemos nunca?

—Claro que sí. Recordad siempre que con la muerte, la única cosa que se acaba es la aparente separación entre el alma de la persona y el alma de la Madre Naturaleza. El ser humano forma parte de la naturaleza y debe amarla y respetarla como a sí mismo. Los terrícolas olvidaron esto y, al destruir la naturaleza, se destruyeron a sí mismos.

—¡Lógicamente!

—También tenéis que recordar que la realidad verdadera no es la materia, sino el espíritu.

—¿Qué es la materia?

—La materia es todo lo que se puede ver con los ojos, tocar con los dedos u oír con los oídos.

—Y ¿qué es el espíritu?

—El espíritu es la parte invisible e inaudible de la persona, como por ejemplo los pensamientos y sentimientos. El espíritu es lo que somos realmente. Las cosas que pasan en el nivel de la materia son simplemente un reflejo de lo que está pasando en el nivel del espíritu.

—¿Qué quieres decir?

—Que es el espíritu el que crea la materia, no al revés, como pensaban los terrícolas. Al creer que solo existe la materia, los terrícolas perdieron el alma, la felicidad y el rumbo de la vida. Por eso acabaron autodestruyéndose.

—¡Claro!

—Cada uno de vosotros debe recordar siempre que las demás personas son mucho más que hermanas: son otra célula de vuestro cuerpo, que es solo uno.

—¿Qué es una célula?

—El cuerpo humano está formado por millones y millones de animalitos individuales tan pequeños que no se pueden ver a simple vista. Cada una de estas criaturas es una célula.

—¿Quieres decir que mi cuerpo está hecho de animalitos pequeñísimos igual que la casa está hecha de piedras?

—Sí, es comparable.

—Pero si no los podemos ver, ¿cómo sabemos que existen?

—Los terrícolas tenían unos aparatos con los que podían ver cosas increíblemente pequeñas. Gracias a ellos lo sabemos los veganos.

—¡Ah!

—Os estaba diciendo que no sois individuos aislados, sino partes de un único ser. Por eso debéis quereros y ayudaros unos a otros. Los terrícolas, al olvidar esto, se hicieron egoístas, inhumanos y enemigos entre ellos.

—Ya.

—También debéis vivir en armonía con la naturaleza.

—¿Eso qué quiere decir en la práctica?

—Debéis habitar solamente las zonas del planeta donde se pueda estar bien sin ropa, sin fuego, sin agricultura ni ganadería, sin tecnología que manipule la naturaleza de ninguna manera. Cuando recolectéis los alimentos de la selva, no lo arraséis todo: dejad a las plantas algunos frutos y la mayoría de las hojas, para que nuestros hermanos vegetales puedan vivir y reproducirse con normalidad. No cojáis más de lo que la naturaleza os pueda dar sin perjuicio. Consumid raíces solo en casos excepcionales, porque para coger la raíz hay que matar toda la planta. Recolectad cada día en un sitio diferente para que la naturaleza tenga tiempo de regenerarse. Los terrícolas agotaron los recursos naturales y, al alterar el equilibrio ecológico, se exterminaron a sí mismos.

—¿Qué son los recursos naturales?

—Todo lo que la Madre Naturaleza pone a nuestra disposición para que nos lo comamos o para que lo utilicemos.

—Y ¿qué significa «equilibrio ecológico»?

—Significa que hay que limitarse y no crecer por encima de las posibilidades que la naturaleza nos da. ¿Recordáis el caso de la plaga de panteras?

—Sí. ¿Ellas también alteraron el equilibrio ecológico?

—Efectivamente. También os recomiendo que viváis siempre en tribu.

—¿Qué es una tribu?

—Es un grupo de pocos cientos de personas, como máximo.

—¿Cómo sabremos cuál es la cantidad máxima de personas en una tribu?

—El límite está en la cantidad de personas que pueden participar en una asamblea y oírse unas a otras. El límite lo marcará también la naturaleza que os rodea: si los recursos naturales no son suficientes para alimentaros a todos, tenéis que dividirlos en dos grupos y uno de ellos se tiene que ir a otra zona.

—¿Cuánto tienen que alejarse unas tribus de otras?

—La distancia tiene que ser suficiente para que no coincidan los territorios de recolección. Los terrícolas estaban divididos en grupos diferentes que luchaban por un mismo territorio y se mataban en guerras interminables.

—Ya.

—No tengáis más hijos de los que podáis alimentar de manera sostenible. Los terrícolas superpoblaron su planeta y agotaron los recursos naturales.

—Vale.

—No permitáis nunca que alguien os gobierne. Tomad siempre cualquier decisión en asamblea plenaria. Los terrícolas dejaron el control en manos de unos pocos y acabaron todos muertos.

—Vale.

—Creo que eso es todo. Ahora estoy cansada y voy a dormir. Para despedirme quiero daros las gracias por estos años tan maravillosos que he pasado con vosotros. Sois el mejor regalo que la vida me podría haber hecho.

—¡Buenas noches, Noa! —contestó todo el mundo, con lágrimas en los ojos.

Esa noche todos soñaron con Noa. Eran sueños en los cuales ella moría y todo el mundo lloraba muchísimo: tanto, que las lágrimas amenazaban con inundar la selva y ahogar todas las plantas y animales. A continuación venía Noa transformada en un ángel de luz y les decía:

—No lloréis más por mí. Miradme: estoy muy bien ahora. He dejado mi cuerpo como la serpiente deja su piel antigua porque necesita crecer. Mi espíritu estará siempre con vosotros. Pero ahora tenéis que cuidar la selva y no inundarla con vuestra tristeza. Os quiero infinitamente. Un beso.

Al día siguiente cuando se despertaron, nadie se extrañó de ver que el cuerpo de Noa estaba rígido y frío como una piedra. Era evidente que Noa ya no estaba allí. Nadie lloró por ella porque sabían que Noa estaba bien. Se reunieron en asamblea:

—Ahora tenemos que pensar qué hacemos con sus restos mortales.

—Los enterraremos aquí en la isla. Y por encima de ese mismo sitio, plantaremos un árbol frutal. Así, su cuerpo servirá para alimentar un árbol que nos alimentará a nosotros, y de alguna manera continuaremos en contacto, también físicamente.

—¡Sí, sí!

—Yo propongo que a la primera niña que nazca le pongamos el nombre de Noa. De esa manera, también su nombre seguirá con nosotros.

—Sí, y cuando esa segunda Noa muera, volveremos a poner su nombre a la primera niña que nazca a continuación. Y así continuaremos para siempre, una generación tras otra, para no olvidar nunca el nombre de quien ha sido la madre de todos los veganos.

—Sí, y cada vez que nazca una nueva Noa, nos reuniremos en asamblea y nos recordaremos unos a otros todas las cosas que nos ha enseñado, especialmente estos últimos consejos, para no olvidarlos nunca.

Eso hicieron. Durante miles y miles y miles de años, los veganos recordaron siempre su historia, siguieron los consejos de Noa y fueron completamente felices, porque vivían en el paraíso y sabían conservarlo.

tercera parte: Terranova

Como los adultos de este grupo querían vivir con ropa, eligieron una zona del planeta donde no hacía ni calor ni mucho frío y allí hicieron aterrizar la nave. Todos los humanos habitantes de Terranova trabajaron muy duramente durante muchos años porque querían construir muchas cosas: casas, fábricas, robots...

En pocos siglos construyeron toda una ciudad y la cubrieron con una cúpula para aislarla de los insectos, de las fieras salvajes, de la lluvia, de la nieve, etcétera. Las personas normalmente no salían nunca de la cúpula. Eso lo hacían los robots, que cultivaban los campos y extraían las materias primas de la tierra.

Durante todo este tiempo, Terranova funcionó democráticamente. Pero un día, un hombre llamado Teofrasto habló en la asamblea:

—Mirad: ahora que ya hemos acabado de construir todos los edificios que queríamos, no hace falta que trabajemos tanto. Tendremos más tiempo libre y podremos pasarlo bien mirando la televisión holográfica, jugando a los juegos tridimensionales de realidad virtual o haciendo cualquier otra cosa que nos apetezca. Mientras tanto, solo hace falta que alguien se dedique a hacer revisiones rutinarias para comprobar que todas las máquinas funcionen bien. Ya no hará falta que nos reunamos en asamblea porque no habrá que tomar ninguna decisión más. Si queréis, puedo encargarme yo de ese mantenimiento, porque es un tema que me gusta y porque me apetece servir a la comunidad.

Toda la gente estuvo de acuerdo. Dejaron de hacerse asambleas. Nadie vigilaba ya nada, confiaban en Teofrasto y cada uno hacía su vida. Pero lo que no sabían es que Teofrasto era un hombre malo que tenía un plan. Hacía lo que prometió, pero también dedicaba una parte de su tiempo y de los recursos de la ciudad a una investigación secreta. En vez de ser feliz y disfrutar del tiempo libre, quería conseguir el control absoluto sobre el planeta y que todas las personas fueran sus esclavas. Para estar seguro de su poder quería crear unos robots-policía que estuvieran dispuestos a matar a cualquier persona que quisiera desobedecerle. Un día preguntó a uno de los técnicos que trabajaban en su laboratorio secreto:

—Ya sé que en general no se puede programar un robot para que mate a un ser humano, pero quizá habría que hacer alguna excepción: ¿Y si por ejemplo es un tipo que se ha vuelto loco y quiere asesinarlos a todos?

—No es posible, Teofrasto. Mira: hace unos cuantos siglos, en el año 157 a.T. (= antes de la colonización de Terranova), un sabio terrícola llamado Isaac Asimov ideó las tres leyes de la robótica, que dicen: «1- un robot no hará daño a un humano ni permitirá con su inacción que un humano sufra daño. 2- un robot tiene que obedecer las órdenes de los humanos siempre que no contradigan la primera ley. 3- un robot tiene que proteger su existencia siempre que eso no contradiga la primera ni la segunda ley.» Si pusiéramos una excepción a estas leyes, los robots se volverían inestables y fácilmente podrían llegar a ser muy peligrosos.

—Vale, está claro. Era solo una pregunta por curiosidad.

Teofrasto comprendió que no podía obligar a ningún ingeniero a hacerle caso, porque si lo intentara, el ingeniero enseguida convocaría una asamblea, lo denunciaría ante toda la gente y seguro que le quitarían el cargo y, por tanto, su poder. Así que decidió dedicar su vida a estudiar por su cuenta ingeniería robótica para modificar esas tres leyes él mismo. Murió de viejo antes de haber aprendido bastante para ser capaz de hacerlo, pero su hijo Teobaldo continuó con las investigaciones de su padre y finalmente descubrió cómo quitar de las tres leyes las expresiones «un humano» y «los

humanos» y poner en su lugar «Teobaldo». Con ese cambio, los robots ya solo respetarían la vida de Teobaldo.

Teobaldo no podía crear robots-soldado él solo, porque es un trabajo demasiado complicado que hay que hacer en equipo. Terranova era un planeta pacífico, sin enemigos exteriores ni guerras internas, así que a nadie le habría parecido bien que se construyeran robots armados. Pero sí que había robots leñadores, y Teobaldo pensaba que con ellos tendría bastante para dominar el planeta, ya que las armas no existían y nadie podría defenderse contra sierras mecánicas usadas como espadas.

Una noche, mientras la gente dormía, Teobaldo hizo un experimento: cambió la programación de un robot leñador y le ordenó matar a un ingeniero de su equipo que últimamente sospechaba algo y hacía demasiadas preguntas. El robot fue inmediatamente al dormitorio del ingeniero y le cortó el cuello en un instante.

Cuando al día siguiente por la mañana los vecinos descubrieron su cadáver, era demasiado tarde: Teobaldo ya había reprogramado todos los robots leñadores y disponía de un ejército pequeño pero invencible. A partir de aquel momento, la vida se convirtió en una pesadilla para los habitantes de Terranova. Las personas que al principio se resistieron a aceptar la dictadura de Teobaldo fueron masacradas rápidamente. Todo el mundo tenía que cumplir estrictamente las órdenes de Teobaldo si quería sobrevivir.

Con el paso del tiempo, el poder se le subió a la cabeza. Ahora ya no solo mataba a las personas que le desobedecían, sino también a las que le desagradaban por cualquier motivo. Un día, una camarera que traía un plato de sopa a Teobaldo, tropezó y le tiró la sopa encima. Él se enfadó y ordenó que le cortaran el cuello.

Todo el mundo miraba con miedo a Teobaldo. Él ya no se podía fiar de nadie. Solo le quedaba una persona de confianza: Alberto, que había sido su amigo cuando eran niños. Un día, a la hora de comer, Alberto llevó un plato de sopa a Teobaldo y le dijo:

—Toma. Esta sopa la he hecho yo mismo, especialmente para ti.

—Gracias. Mm, tiene un sabor extraño. ¿Qué le has puesto?

—Come un poco más, a ver si lo adivinas.

—Vale... mm... pues no: continuó sin reconocer este sabor.

—Ahora que ya has comido bastante, te lo puedo decir. Es veneno.

—Esa broma no tiene gracia, Alberto.

—No es una broma. ¿Recuerdas aquella camarera que hiciste matar porque te tiró encima el plato de sopa? Era mi novia.

Entonces Teobaldo sintió un dolor fortísimo en la tripa y comprendió que estaba a punto de morir. Antes de perder la consciencia, ordenó a los robots:

—¡Cortad el cuello a Alberto! ¡Matad a todo el mundo!

Pocas horas después no quedaba ni una sola persona viva en Terranova. Pero las máquinas seguían funcionando. El ordenador central, que era parecido a supernet y también había sido reprogramado por Teobaldo, envió robots por todo el planeta para que lo exploraran por si encontraban a alguna persona que se hubiera podido escapar. Cuando los exploradores volvieron, el ordenador supo que la especie humana había desaparecido de Terranova por completo.

Pasaron años y siglos y milenios y más milenios.

Un día, el ordenador central, cuando estaba reorganizando sus archivos de memoria viejos, descubrió por casualidad que había otros dos planetas también colonizados por humanos. Entonces

ordenó que los robots albañiles construyeran una fábrica nueva diferente de todas las anteriores: esta vez tenían que fabricar una nave espacial.

Pocos meses después despegó de Terranova una nave automatizada que tenía la misión de exterminar a todos los humanos que encontrara. Se dirigía rápidamente hacia el planeta más próximo: Diana.

cuarta y última parte: Diana

Como el grupo que iba a colonizar este planeta había decidido vivir sin ropa, escogieron una zona donde hiciera siempre calor, pero no demasiado. Las selvas de la franja ecuatorial eran el sitio ideal. Allí aterrizó su cápsula. Habían decidido no comer carne, sino solo vegetales. Por tanto, no les hacía falta cazar. Pero como había fieras peligrosas, era necesario hacer armas para defenderse de ellas. Lidia propuso en asamblea:

—Tenemos que dividirnos el trabajo. Los chicos, que sois más fuertes, construiréis casas y recolectaréis alimento. Las chicas practicaremos artes marciales y también puntería con las flechas. Mientras vosotros trabajáis, nosotras vigilaremos para proteger a todas las personas del grupo.

—¡Pero hay más chicas que chicos!

—Si os hace falta personal, las chicas organizaremos turnos para ayudaros.

Eso hicieron. Primero construyeron una cabaña provisional con troncos, ramas y hojas. Luego, con más calma, hicieron una casa de piedra.

En la cápsula había un ordenador portátil que tenía una enciclopedia donde estaban explicados todos los conocimientos que la humanidad había ido recogiendo desde el principio de la historia. Este ordenador funcionaba con energía solar y por eso la batería duraba indefinidamente. Cada día los humanos lo pasaban en la selva buscando alimento o jugando. Cuando se hacía de noche, se reunían en la casa. Allí Lidia les leía y comentaba algunas de las cosas que encontraba en la enciclopedia. Las cuestiones relacionadas con la tecnología terrícola, aquí en Diana ya no servían para nada. Pero sí que había otras cosas que valía la pena conocer. Lidia comentó:

—En esta enciclopedia hay mucha información muy valiosa. Sería una lástima que se perdiera. Si cuidamos bien el ordenador, quizá nos dure cien o doscientos años. Pero algún día dejará de funcionar y perderemos para siempre este tesoro de conocimientos.

—¡Con la mejor madera haremos un cofre para el ordenador!

—Muy bien, sí. Es una idea fantástica. Pero eso no alargará infinitamente la vida de la máquina.

—Podríamos escribir un libro donde conservemos las informaciones que hagan falta.

—La humedad y los bichos desharían el libro muy deprisa.

—Pues las escribiremos en piedra.

—¡Uf! ¡Eso es muy costoso!

—Sí, pero tenemos muchos años por delante.

—¡Pero hay muchísima información!

—Podríamos construir una pared alta como una persona y muy larga, y llenarla de letras de arriba abajo.

—El problema es que las inscripciones en piedra tampoco durarán para siempre, porque la lluvia que les caiga encima y las plantas que les crezcan encima las desgastarán.

—Entonces construiremos una cueva artificial. Las paredes exteriores no tendrán letras, pero las interiores sí.

—Y ¿cómo leeremos lo que esté escrito dentro? No tenemos fuego ni queremos tenerlo.

—Haremos ventanas en la cueva.

—Entonces la luz y también las plantas entrarán por las ventanas. La lluvia no desgastará nuestras inscripciones, pero las plantas a la larga sí que lo harán.

—Las ventanas estarán siempre bien cerradas con una piedra. Solo las abriremos cuando entremos a leer.

—¡Muy buena idea!

—Pero ¿y si el ordenador se estropea antes de que nos dé tiempo a escribirlo todo en piedra? ¡Es un trabajo muy lento!

—Resumiremos las cosas más importantes y las repasaremos a menudo para mantenerlas en la memoria hasta que las podamos pasar a piedra.

—Este sistema me parece el mejor posible, pero no es perfecto. Un terremoto podría destruir nuestra cueva.

—Cuando toda la información esté ya escrita en piedra, construiremos más cuevas y la volveremos a copiar. Además, no dejaremos de repasarla para tenerla también en la cabeza.

—¡Muy bien!

Lidia no se cansaba de repetir su frase preferida: «mens sana in corpore sano». ¿Sabes en qué idioma está esa frase? En latín. Y ¿sabes lo que quiere decir? Que hay que tener una mente sana en un cuerpo sano. Por eso, además de las ciencias naturales, los temas que más interesaban a los nuevos habitantes de Diana eran la espiritualidad, la telepatía y la telequinesia.

¿Sabes qué es la espiritualidad? Las cuestiones que tienen que ver con la mente y el alma. Hay mucho que investigar en este tema, pero los terrícolas no habían profundizado mucho en él. Los dianícolas dedicaban cada día un rato a la meditación. ¿Sabes qué es la telepatía? Es la transmisión directa de pensamientos a distancia, sin teléfono ni palabras. Y ¿sabes qué es la telequinesia? Es la capacidad de mover objetos con la fuerza del pensamiento, sin tocarlos.

Los dianícolas recogieron con mucho interés toda la información que encontraron en la enciclopedia sobre esto, que no era mucha, y cada practicaban, pero de momento no podían transmitir pensamientos ni mover objetos con la mente.

Pasaron cien años. Lidia y las demás personas que habían llegado a Diana en la cápsula ya habían muerto de viejas. El ordenador seguía funcionando.

Pasaron cien años más. El ordenador dejó de funcionar y nadie sabía repararlo. Lo pusieron en el cofre de madera. Construyeron un cofre de piedra para guardar en él el cofre de madera con el ordenador. Lo cerraron bien y lo colocaron al fondo de la cueva. Todo el mundo tenía prohibido tocarlo. Este sitio se consideró sagrado desde aquel día y para siempre.

Pasaron otros cien años. Ya había aproximadamente tantos chicos como chicas. La mayor parte del tiempo, los hombres iban por un lado y las mujeres por otro. Ellos se dedicaban a recolectar alimento y a construir casas o cuevas. En el tiempo libre jugaban a algún deporte, contaban historias, bailaban o cantaban. Ellas practicaban artes marciales, patrullaban para proteger a la tribu de las fieras, meditaban, investigaban la telequinesia y la telepatía. También repasaban las lecciones que los antecesores les habían enseñado y las iban escribiendo en piedra. No les quedaba tiempo libre para jugar.

Un día, un bebé murió de alguna enfermedad poco después de nacer. Eso era una cosa que pasaba de vez en cuando en Diana. La madre estaba muy triste por la pérdida de su bebé. Entonces pasó una cosa que nunca antes había pasado: las mujeres patrulleras vieron que una mona se cayó de un árbol y se quedó inmóvil en el suelo. Como los humanos estaban por allí, los otros monos del grupo se fueron. Las mujeres se acercaron a ver qué le había pasado. Estaba muerta. Tenía cogida del pecho a una cría muy pequeña que sí estaba viva, pero tenía tanto miedo que no se movía ni gritaba.

—Y ¿ahora qué hacemos? Si dejamos la cría de mono aquí sola, muy pronto vendrá algún depredador y la devorará.

—Quizá vuelvan los monos a recogerla.

—No creo. Los hemos espantado. Y no saben que la pequeña está viva.

—Dádmela. Yo la amamantaré. Mi bebé murió ayer. Todavía tengo los pechos llenos de leche y me duelen. Me vendrá bien que esta cría me los vacíe. Si la leche humana le sirve, vivirá. No perdemos nada por intentarlo.

La leche humana sí que le sirvió. Aquella mona, que era hembra, creció con los humanos y se convirtió en la mascota de la tribu. Cuando se hizo mayor, tuvo crías, y su descendencia también se quedó en compañía de los humanos y convivió con ellos. Como las mujeres ya amamantaban a los bebés humanos, se decidió que fueran los hombres los que se encargaran de cuidar a los simios y de mantener el contacto con ellos para que siguieran siendo mansos. Los monos resultaron ser muy útiles para las personas porque tenían mejor olfato y mejor oído, de manera que notaban la presencia de las fieras antes que las personas y las advertían del peligro a tiempo. Para los animales también era útil ser amigos de los humanos porque les curaban las heridas, los protegían de las fieras y los dejaban dormir en casas de piedra, que eran más seguras que las ramas de los árboles.

- - -

En aquel tiempo la población humana había crecido mucho. Ahora ya eran mil personas y algunas docenas de monos. Se reunieron en asamblea:

—La situación es grave. Somos tanta gente que la selva que tenemos alrededor no da abasto para alimentarnos a todos.

—Podríamos dividirnos en dos tribus y que cada una tenga su territorio.

—A mí me parece que eso sería un peligro. Esas dos tribus harían vidas separadas, evolucionarían cada una a su manera y algún día podrían llegar a enfrentarse. ¿Recordáis que nuestros antecesores nos insistían mucho en que hay que evitar a toda costa las guerras? En Diana nunca ha habido una sola guerra, y así tiene que seguir.

—Entonces tenemos que cambiar de territorio. A nuestro alrededor ya no queda nada que podamos comer.

—¿Y abandonar las casas de piedra que tanto trabajo nos han costado de hacer?

—¡Tampoco podemos abandonar las escrituras sagradas!

—¡Tengo una idea! Hoy mismo nos mudaremos al territorio de al lado, justo donde empieza la zona a donde no llegan nuestros recolectores en sus salidas diarias en busca de alimento. Allí volveremos a construir casas y nos quedaremos mientras haya cosas para comer. Cuando se acaben, nos mudaremos al siguiente territorio que hay un poquito más allá, y así continuaremos muchos años, pero no en línea recta, sino en un círculo muy grande que dé tiempo a la naturaleza a recuperarse del desgaste que nosotros hemos hecho.

—¿Por qué en círculo?

—Porque así, al cabo del tiempo, volveremos a nuestras casas de piedra. Si con los años alguna casa se ha derruido, la repararemos. Y de esa manera no perderemos para siempre las cuevas, sino que también las mantendremos en pie y limpias de vegetación que pudiera acabar poniendo sus raíces en nuestras escrituras.

—¡Buena idea! Así lo haremos.

—Esperad un momento. Todavía tenemos otro problema. ¡En asamblea es muy difícil entendernos las mil personas juntas! Somos demasiadas.

—Que cada hombre elija a una mujer de su confianza y delegue el voto en ella. De esta manera, en asamblea seremos la mitad porque solo participarán las mujeres.

- - -

Eso hicieron. Pasaron cien años y los hombres dejaron de preocuparse por las asambleas, que eran cosa de mujeres. Ellos preferían jugar y aceptar las decisiones de las mujeres, que siempre les parecían bien.

Doscientos años después ya nadie podía ni siquiera imaginar que los hombres hubieran participado alguna vez en las asambleas.

- - -

Pasaron más años todavía. La población humana continuaba creciendo, y las mujeres sabían que eso no era bueno.

—Ya somos seiscientas mujeres, casi tantos hombres y un centenar de monos. ¿Cómo vamos a solucionar este problema?

—A partir de ahora, las mujeres viviremos todo el día separadas de los hombres y también dormiremos separadas de ellos. Solo nos juntaremos con ellos para tener hijos, y eso solo lo haremos por orden de la asamblea.

—¡Vale!

—Calcularemos cuántos hijos hay que tener cada año para mantener estable la población y esos son los que tendremos.

—¡De acuerdo!

—También tendríamos que tener en cuenta que hay personas muy débiles que a menudo están enfermas y no ayudan mucho a la tribu, sino que suponen una carga para todas las demás personas. Creo que sería conveniente que a estas personas nunca se les encargue que tengan descendencia.

—Vale. ¿Qué criterios usaremos para decidir quién no debe reproducirse?

—Las mujeres que peor salud tengan.

—También las mujeres que tengan poca memoria. Necesitamos recordar las enseñanzas de nuestras antecesoras para continuar escribiendo en piedra lo que aún no esté escrito en cuevas anteriores.

—Las mujeres que tengan mucha dificultad con las artes marciales o con las artes mentales (como la meditación, la telepatía o la telequinesia) también deberían quedar excluidas de la reproducción.

—Y también las mujeres que tengan mucho pecho. Yo tengo las mamas bastante grandes y me resultan muy molestas para saltar, correr, disparar con el arco y para moverme en general. Creo que es una mala herencia para las generaciones futuras.

—¿Qué criterios de selección usaremos para los hombres?

—Que tengan buena salud, que sean obedientes con las mujeres y que tengan habilidad para hacer sus trabajos.

—Vale. Y ¿qué hacemos con los monos?

—Cuando haya más de cincuenta, enviaremos el resto a la selva.

—¡Buena idea!

- - -

Diez mil años después, este método de selección artificial había dado sus frutos. Las mujeres tenían el pecho tan plano como los hombres; las mamas solo se les hinchaban un poco cuando estaban amamantando. La inmensa mayoría del tiempo, todo el mundo estaba sano. Las enfermedades prácticamente no existían.

Cada quinientos años, los dianícolos cerraban el círculo y volvían a empezar por el principio del circuito de aldeas. Las poblaban una temporada y las volvían a abandonar. Ya habían acabado de construir todas las casas de piedra que hacían falta.

También habían terminado de construir las cuevas necesarias para tener una copia escrita de todos los conocimientos que recordaban. Terremotos no había nunca, y por tanto se decidió que no

hacía falta hacer una segunda copia de las escrituras sagradas. Pero sí que había que estudiarlas para recordarlas completas, ya que una persona a lo largo de su vida no podría ver más que una parte de todo lo que estaba escrito, dado que en la cueva de cada aldea estaba escrito un capítulo diferente de las escrituras sagradas.

Por tanto, las mujeres iban toda la vida a la escuela. Las que llegaban a viejas con buena memoria eran muy respetadas porque conocían de primera mano una buena parte de las escrituras.

Se habían hecho avances importantes en las artes marciales. Cualquier mujer joven era una luchadora perfecta, ágil como una pantera, rápida como el viento y con puntería infalible: no fallaban el tiro prácticamente nunca. Sus cuerpos estaban en plena forma y tenían bastante más fuerza de la que te imaginarías.

También se habían hecho avances impresionantes en las artes mentales. Cualquier mujer adulta, cuando meditaba, era capaz de levitar a unos pocos centímetros por encima del suelo. Pero eso requería mucha concentración y la mayoría necesitaba mantener los ojos cerrados.

Con la fuerza del pensamiento una mujer normal podía levantar una piedra de pocos kilos u otro objeto pequeño. El pasatiempo preferido de las mujeres eran competiciones de puntería con piedras movidas mentalmente. En esto no tenían mucha puntería, ni mucha fuerza, ni podían llegar lejos.

Los progresos en telepatía permitían a las mujeres comunicarse a gran distancia sin hablar: más o menos como los terrícolas habían hecho con los teléfonos móviles.

Los hombres no participaban en la asamblea ni aprendían nada de todo esto porque estaban considerados como animales iguales que los monos. Cuando una mujer tenía un hijo macho, lo conservaba a su lado mientras le estaba dando de mamar. Una vez que el niño era destetado, pasaba a estar con el resto de hombres y monos. Las mujeres vivían en casas de piedra individuales. Las niñas dormían con sus madres hasta que se hacían mayores. Los hombres y los monos dormían todos juntos en una casa grande que tenía una sola habitación, abrazados los unos a los otros.

Los hombres sabían hablar, pero no leer, ni meditar, ni historia, ni nada de lo que las mujeres aprendían y practicaban en la escuela. A cambio tenían tiempo para jugar, cantar y bailar. Los hombres pasaban buena parte del día canturreando cada uno por su cuenta, pero cuando acababan el trabajo, les gustaba mucho reunirse, cantar en coro y bailar en grupo. Tenían una tradición musical y coreográfica muy antigua, pero también había quien componía melodías nuevas o inventaba bailes nuevos.

Las mujeres consideraban que jugar, cantar y bailar eran pasatiempos animales indignos de los seres humanos y no prestaban atención a la música que los hombres hacían tan a menudo, a pesar de que muchas de aquellas melodías eran verdaderamente preciosas. Los movimientos de los bailes masculinos les parecían ridículos.

Un buen día, una mujer llamada Ana tuvo una hija y le puso el nombre de Shira. Cuando Shira era bebé, solía levitar por la casa mientras dormía, a veces a pocos centímetros del suelo, otras veces a más de un palmo. Cuando era todavía muy pequeña, le gustaba jugar a mover dos piedrecitas con la mente y hacerlas chocar en el aire. En la escuela aprendió a leer en pocos meses, o sea, rapidísimo, porque a la gente le solía costar dos o tres años.

Un día en la escuela, la maestra le dijo:

—¡Shira! ¿Por qué estás dando volteretas en el aire?

—Es que meditar como hacéis vosotras, quieta a unos deditos del suelo, es muy aburrido...

—Yo... yo... no sé qué pensar. Nunca nadie había sido capaz de hacer eso. ¿Cómo lo haces?

—No lo sé.
—¿Quién te lo ha enseñado?
—Nadie. No necesito que me lo enseñen. Para mí es tan fácil como respirar.
—¡Ay, Shira! ¿Qué vamos a hacer contigo?

En un solo año, Shira se aprendió de memoria todas las escrituras. Eso solo lo conseguían algunas mujeres después de toda una vida de estudio. De bien jovencita, ya era la mejor en todas las artes marciales. Podía disparar flechas a más distancia que nadie y no fallaba nunca.

Un día, Ana la llamó:

—¡Shira! ¡Ven!
—Ahora no tengo ganas de ir a practicar la puntería telequinésica, mamá.
—¿Cómo has sabido que iba a decirte precisamente eso?
—Será casualidad...
Ana se quedó boquiabierta. Estaba acostumbrada a que su hija fuera especial, pero esto ya era demasiado.
—¡Me has leído el pensamiento!
—Simplemente lo he adivinado.
—A mí no me engañas. No tengo tus habilidades, pero no soy tonta. ¿Desde cuándo sabes hacer eso?
—¿El qué?
—¡No juegues conmigo, Shira!
—¿No te atreverás a romper mi muñeca nueva? ¡Me costó mucho de hacer!
—Pues eso es lo que estaba pensando hacer si no me dices la verdad. ¿Desde cuándo sabes leer la mente?
—Siempre he sabido, que yo recuerde.
—¿Por qué no me lo habías dicho nunca?
—Porque sé que no os gusta que yo sea tan rara. Os da miedo que yo tenga poderes que vosotras no tenéis.
—¡Y que nadie podría haber imaginado siquiera que existen! ¿Mi mente es la única que puedes leer?
—La tuya la que mejor.
—O sea, ¿que también puedes leer la mente de otras personas?
—Solo si me interesa saber lo que están pensando.
—¿Hay alguna mente que no puedas leer?
—No sé, mamá.
—Sé que eres muy curiosa. Seguro que has hecho la prueba. Dímelo.
—Creo que puedo leer cualquier mente, pero no he probado con todas. ¡Ya no me hagas más preguntas!
—Yo soy tu madre y tú una niña. ¡Tú no me tienes que decir lo que debo hacer para educarte!
—Es que te estás poniendo muy nerviosa y ya te duele bastante la tripa. Tengo miedo de que te pongas enferma si continúas preguntándome.
—¿Cómo puedes saberlo? Pero no me lo digas. Efectivamente, me está doliendo mucho la tripa y necesito descansar. Luego hablamos, ¿vale?
—Sí, mamá.

Al día siguiente, Ana se puso a hablar con su hija por la noche, cuando se acostaron para dormir.

—He estado todo el día pensando en ti, Shira.

—Lo sé. Lamento que estés tan preocupada. Pero realmente creo que no hay motivo para que sufras. Todos mis poderes son buenos.

—Pero eres muy joven y quizá no seas consciente del peligro que esos poderes podrían suponer para ti. Como son tan extraordinarios, las mujeres de la tribu no tenemos experiencia en ello con la que poder orientarte y darte consejo.

—Ya. Pero no tengas miedo por mí, mamá. Tendré todo el cuidado posible.

—Ahora comprendo por qué te gusta tanto ir tú sola por la selva y no te relacionas mucho con las amigas. Es para ejercitar tus poderes sin que nadie te vea, ¿verdad?

—Sí. ¿Tú ves cómo soy discreta?

—Creo que este tema hay que llevarlo a la asamblea. Las mujeres tienen que saberlo.

—Me he esforzado mucho todos estos años en mantener mis poderes en secreto. ¿Y ahora quieres que todo el mundo se entere? Ya muchas mujeres me consideran rara y me tienen miedo o envidia o las dos cosas a la vez. Si descubren que mis habilidades son aún más potentes de lo que pensaban, seguramente me cogerán manía. ¡No quiero que me expulsen de la tribu, mamá! —dijo Shira llorando—. ¡Yo sola en la selva me moriría!

—Tranquila, amor mío. No creo que eso pase. Pero no podemos mantener esto en secreto. Si la Gran Madre te ha concedido estos dones tan impresionantes, por algún motivo será.

— — —

Esa misma tarde se reunió la asamblea, moderada por Xanta, que era la mujer más vieja.

—Shira, tu madre nos ha comentado que tus capacidades van mucho más allá de lo que nos habías dado a conocer hasta ahora. ¿Es cierto?

—Sí.

—¡Nos has mentido y engañado!

—¡No! ¡Nunca! Simplemente no os he dicho toda la verdad. Como nadie me ha preguntado, yo no lo he contado.

—Pero ¿cómo íbamos a preguntarte si tienes unas capacidades que nadie ha tenido nunca?

—¡Je, je! Ya...

—¡No te rías, niña! ¡Esto es muy serio! ¡Nos estás faltando al respeto!

—Perdonad. No era mi intención. Es que tenía miedo de que no me quisierais si os dabais cuenta de que soy tan diferente.

—No eres diferente. Eres una niña normal con alguna capacidad más desarrollada que la mayoría.

—Pues venga, dinos cuáles son esas habilidades que nos habías escondido. Al fin y al cabo, para eso estamos aquí reunidas.

—No me atrevo. Tengo miedo.

—¡Es una orden! ¡No seas desobediente!

—Tengo mucha fuerza telequinésica.

—¿Cuánta?

Shira levantó las manos. Instantáneamente, centenares de piedras que había por todas partes se elevaron y se quedaron flotando en el aire a unos dos metros de altura. Todas las mujeres se quedaron boquiabiertas y se asustaron mucho. Xanta fue la primera que se recuperó de la impresión y dijo:

—No te burles de nosotras. Estás haciendo teatro. No necesitas levantar los brazos para elevar las piedras, ¿verdad que no?

—No —contestó Shira, bajando los brazos y agachando la cabeza. Las piedras continuaban en el aire.

—¿Cuántas piedras puedes levantar?

—Son tantas que nunca las he contado.

—Eres una niña muy insolente.

—Perdonadme —dijo Shira, temblando—. No es mi intención. Solamente quería deciros la verdad de forma simple y directa.

—¡No haces más que tomarnos el pelo! Si quisieras contestarnos de forma simple y directa, nos habrías dicho cuántas piedras eres capaz de levantar, en vez de fanfarronear de esta manera tan descarada!

—Es verdad que no lo sé porque nunca las he contado. Pero os haré una demostración. Estas son todas las que puedo levantar.

Cientos y cientos de piedras de tamaños diversos se elevaron inmediatamente y taparon completamente el cielo por encima de la asamblea. Shira no dijo que habría sido capaz de levantar aún más piedras, si hubiera sabido dónde estaban. En realidad, no es que fueran todas las que podía levantar, sino que eran todas las que podía encontrar para levantarlas. No obstante, fue más que suficiente para asustar a toda la asamblea. Durante un rato largo, las mujeres miraron con terror el cielo cubierto de piedras. Los hombres y los monos aullaban de miedo.

—¡Ya hay bastante espectáculo por hoy! Shira, vete a casa. Mañana por la mañana a primera hora continuaremos con la demostración de tus admirables capacidades.

Esa noche Shira lloró mucho. Sabía que había sido una mala idea hacer aquella demostración de poder. Su madre también lo había comprendido perfectamente. Ana, con lágrimas en los ojos, acarició la cabeza de su hija y le dijo:

—Perdona, Shira, amor mío. No me imaginaba...

—Lo sé, madre. No te reprocho nada. Tú has hecho lo que creías que tenías que hacer.

—Tengo miedo por ti. No sé lo que pasará mañana.

—Yo también tengo miedo.

—Me gustaría poder ayudarte, hija.

—Me gustaría que pudieras, mamá. Me gustaría que alguien pudiera ayudarme.

—La Gran Madre te ha dado estas capacidades extraordinarias. Ella sabrá por qué lo ha hecho y también sabrá cómo ayudarte. La Gran Madre nunca nos deja solas.

—Tienes razón, mamá. Buenas noches.

—Buenas noches, hija.

Cuando al día siguiente Shira llegó a la asamblea, las mujeres ya estaban allí. No hacía falta tener poderes especiales para darse cuenta de que Shira y su madre no eran las únicas que habían pasado una mala noche, sino también todas las demás mujeres: tenían cara de cansancio. Xanta empezó enseguida:

—Dinos, Shira: ¿qué otras capacidades tuyas nos has estado ocultando?

—¿Veis aquel coco en aquella palmera?

Estaba tan alto y tan lejos que a penas se podía ver, pero todo el mundo dijo que sí. Entonces Shira cogió del suelo con la mano una piedra que era más grande que su puño. Con la fuerza de la mente la levantó un palmo por encima de su cabeza y a continuación la lanzó a toda velocidad contra el coco. La piedra volaba tan rápido que prácticamente era imposible seguirla con la mirada. Dio de lleno en el blanco y el impacto hizo caer el coco. Cuando la piedra y el coco estaban cayendo por el aire hacia el suelo, Shira los hizo venir volando hacia ella y posarse suavemente sobre las palmas de sus manos, que tenía abiertas hacia el cielo. Fue espectacular. Xanta comentó:

—Veo que no puedes resistir la tentación de presumir. Pero no me impresionas: esta capacidad que nos acabas de enseñar la tenemos todas, aunque es cierto que no disparamos tan rápido, ni tan lejos, ni con tanta puntería. Por cierto: también nos has demostrado que hasta ahora te habías estado haciendo la tonta cuando en las competiciones de tiro telequinésico movías las piedras con tan poca habilidad. ¡Eso es engañar, Shira! ¿Qué más habilidades tienes?

—Ninguna más —contestó Shira llorando.

—¡Mentira! —gritó Xanta—. Tu madre me dijo que también puedes leer la mente. ¿Es verdad o no?

—Sí.

—Pues haznos una demostración.

—No sé cómo.

—Dime por ejemplo qué estoy pensando.

—No te gustará que lo diga en público.

—¡No me vengas con excusas!

—Estás pensando que si pudieras, te gustaría estrangularme.

Xanta se puso muy roja y por unos momentos se quedó sin palabras. Por fin se recuperó y dijo: —¡Eso no es necesariamente una prueba! Podrías haberlo deducido de mi tono de voz o de la expresión de mi cara. ¡Haznos una demostración convincente y no nos tomes más el pelo, niña!

Shira recorrió con mirada atenta las caras que tenía a su alrededor. De repente levantó el brazo, señaló en dirección a Jeilyn y dijo:

—Ella conoce una profecía antigua que predice que una niña como yo nacerá y salvará la tribu de una muerte segura.

Todas las mujeres se quedaron atónitas. La más impresionada era la propia Jeilyn, quien, después de unos instantes de turbación, se puso de pie y dijo en voz alta y clara:

—Es cierto. Posiblemente algunas de vosotras aún sabéis que Larisa, la bisabuela de mi bisabuela, fue una mujer con una sensibilidad muy especial. Tanto es así que la asamblea decidió enviarla a la Montaña del Más Allá para que pasara allí sola un tiempo hasta que recibiera algún mensaje de la Gran Madre. Después de tres lunas, el corazón de Larisa finalmente se abrió y la Gran Madre depositó en él las siguientes palabras: «Dentro de algunas generaciones nacerá una niña con poderes extraordinarios. Ella salvará a la tribu de la aniquilación total.» Cuando Larisa volvió a la tribu, transmitió a la asamblea el mensaje de la Gran Madre. Se decidió no escribir aquella profecía, sino mantenerla en secreto para evitar que cada niña jovencita se creyera la heroína enviada por la Gran Madre. La asamblea ordenó que el secreto pasara de madre a hija y no se revelara hasta que llegara el momento. Cuando hace veintitrés años esta asamblea decidió que precisamente yo fuera una de las pocas mujeres que no iban a tener descendencia, al principio me preocupé, porque eso significaba que la cadena de transmisión de la profecía secreta se acabaría conmigo. Pero finalmente comprendí que si no hacía falta que yo tuviera una hija, entonces necesariamente el tiempo anunciado tenía que estar próximo. Y efectivamente, pocos años después nació Shira. A mí me resultó evidente que ella era la enviada de la Gran Madre, la salvadora de la profecía. Por cierto: yo opino que Shira nunca ha presumido de sus dotes extraordinarias, sino que, al contrario, nos ha estado ocultando una buena parte de ellas. Yo siempre la he observado, pero desde la distancia, porque quería evitar influir en la niña y que se convirtiera en una engreída.

—Shira, ¿desde cuándo conoces la profecía?

—Desde hace unos minutos.

—¿Por qué no habías leído antes la mente de Jeilyn?

—Porque ella siempre ha mantenido las distancias. Yo no comprendía por qué; me imaginé que yo le resultaba antipática y por eso nunca he tenido interés en conocer a Jeilyn más a fondo.

—¿Cómo funciona exactamente tu capacidad de leer la mente?

—No lo sé muy bien. Todo influye: las palabras, el tono de voz, la expresión de la cara, los gestos, las cosas que cada persona hace o no hace... Y también puedo percibir intuitivamente los pensamientos y sentimientos de una persona, si me concentro en ella.

—¿Puedes leer la mente de alguien en contra de su voluntad?

—No lo sé. Probablemente no. Para poderlo hacer, tendría que forzar su mente, y eso seguro que le haría daño, le rompería alguna cosa por dentro. Por eso nunca lo he intentado. También podría ser que fuera mi mente la que se rompiera si intentara hacer esa violencia a alguien. En todo caso, sencillamente es una salvajada tan grande que yo nunca lo haría.

—Me entran escalofríos, Shira: ¡eres una criatura terriblemente peligrosa!

—¡No! Nunca he hecho daño a nadie. Y nunca lo haré.

—¡Pero podrías! Podrías matarnos a todas, si quisieras.

—¿Por qué iba yo a querer hacer eso? ¡En este momento, mi mayor miedo es que me expulséis de la tribu!

De repente, Shira se quedó callada, se puso blanca y pensó: «¡Ay! Se me ha escapado. No tendría que haberlo dicho. Ahora les he dado la idea, si es que no la tenían ya.» Pero se recuperó y dijo en voz alta:

—No tendría sentido. Una persona no puede vivir sola mucho tiempo. Cada una de nosotras necesita a la comunidad.

—Pero podrías amenazarnos con hacerlo y obligarnos a hacer lo que tú quisieras. Podrías fácilmente convertirte en una tirana.

—¡Yo no soy así!

—No lo sabemos. Acabamos de descubrir que no te conocemos. ¿Qué otras habilidades tienes?

—Puedo hacer puntería incluso con los ojos cerrados. ¿Veis aquel ramo de plátanos?

Entonces Shira se tapó los ojos con una corona de hojas, cogió su arco y disparó sin dudar. La flecha cortó la rama por su parte más estrecha y el ramo de plátanos cayó al suelo. Las mujeres se quedaron boquiabiertas. Shira se destapó los ojos. No miró para comprobar si había acertado, porque lo sabía perfectamente. Su cara no era de alegría o de orgullo, sino de tristeza, porque comprendía que estaba cavando su propia tumba, pero no sabía cómo evitarlo.

—¿Cómo lo haces, Shira? ¿También ves con los ojos cerrados?

—No. Simplemente calculo primero y luego ya no necesito mirar. Igual que cuando vosotras andáis: primero echáis una ojeada al suelo y luego ya podéis poner el pie exactamente donde queráis sin volver a mirar.

—¿Qué aires de suficiencia, Shira! ¿Es que no te das cuenta?

—¡Perdón! —dijo Shira, y se puso a llorar de desesperación.

—No se trata de perdonarte o no, Shira. La cuestión es que podrías resultar peligrosa para la tribu y no podemos correr el riesgo de comprobar tu buena voluntad. Tienes que aprender humildad. Tienes que quitarte esos humos de superioridad. Tus habilidades extraordinarias son un hecho, pero no te hacen mejor persona que cualquiera de nosotras.

—Sí, lo sé.

—¡Silencio! Tienes que aprender a respetar a las demás personas y a no interrumpir cuando una habla. Tienes que madurar, Shira. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—La Gran Madre te ha dado unos poderes excepcionales. No dudamos de que la profecía es cierta y de que tú eres la elegida, Shira. Pero tienes que comprender que un gran poder conlleva una gran responsabilidad. Tu actitud tiene que estar a la altura de tus poderes para que no seas un peligro, sino

una ayuda para la tribu. Te necesitaremos pronto para que nos salves, pero antes de eso tienes que adquirir madurez y sabiduría. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Larisa fue la última mujer que la tribu envió a la Montaña del Más Allá. Desde aquella época no hemos vuelto a enviar a nadie a esa misión tan dura y peligrosa. Sin duda, ahora ha llegado el momento de que vayas a consultar a la Gran Madre para que te ilumine y te guíe en estos tiempos tan difíciles que nos ha tocado vivir.

Ana se desmayó. Shira cayó de rodillas al suelo, hecha un mar de lágrimas, sin decir ni una palabra. Se hizo un silencio profundo, largo y terrible. Las mujeres estaban sin aliento. Desde la distancia, los monos y los hombres aullaban, aunque no sabían exactamente lo que pasaba. Después de rato que pareció una eternidad, Shira levantó la cabeza y, sin dejar de llorar, preguntó con una vocecita tan rota que daba lástima:

—Y ¿cuándo podré volver?

—Cuando hayas cumplido tu misión.

—¿Cómo sabré cuándo la he cumplido?

—Lo sabrás. En eso consiste precisamente tu misión: en que aprendas a ser juiciosa y hacerte cargo de las situaciones.

—¡Dame alguna pista, Xanta, te lo suplico!

—Notarás que has madurado, que has aprendido humildad, sabiduría y respeto. La Shira que se va es una niña rebelde y rabiosa. La Shira que vuelva será una mujer responsable y sensata. La Shira que se va está llena de exigencias. La Shira que vuelva vendrá dispuesta a ponerse al servicio de la comunidad.

—¡Ay, ay, ay! ¿Cómo voy a aprender yo sola todo eso? ¿Cuánto tiempo necesitaré? ¡Moriré completamente sola en aquella región inhóspita! —gimió Shira entre sollozos.

—Querida Shira, eres la elegida de la Gran Madre. Ella te guiará y te protegerá, puedes estar segura. Con nosotras has aprendido a una velocidad absolutamente increíble. Si no me equivoco, tu misión no durará años, como tú crees, sino meses nada más. Cuando vuelvas, estarás orgullosa de ti misma. Y nosotras de ti.

Shira estaba en el suelo, sentada encima de sus pies, abrazándose a sí misma, con la cabeza agachada, llorando desconsoladamente. Al verla tan abatida y destrozada, la voz de Xanta había ido haciéndose cada vez más suave e incluso dulce, pero sin perder nunca un punto de cruel, ni siquiera al final.

—Una última cosa, Shira. Mientras estés fuera, está prohibida cualquier conexión telepática con la tribu. El sentido de tu misión es que estés sola y aislada del contacto con otras personas para que tu corazón se abra a la voz de la Gran Madre.

Las mujeres se levantaron y se fueron. Ana, que ya había vuelto en sí, se dirigió a Shira y le puso la mano en el hombro tiernamente. Shira se levantó y volvió a casa abrazada a su madre.

Al día siguiente Shira desayunó bien fuerte. Llenó una mochila de herramientas, frutos secos y una calabaza seca llena de agua. Cogió el arco y las flechas. Se arrodilló delante de cada una de las mujeres y les pidió su bendición. En último lugar se despidió de Ana, quien le dijo:

—Hija, no tengas miedo. Yo estoy tranquila. Sé que la Gran Madre te acompañará en cada paso que des, ya que ella te ha destinado que cumplas una misión, así que estoy segura de que volverás para cumplirla. Que la paz y el espíritu universal estén siempre contigo.

—Gracias, madre. Siempre te llevaré dentro de mi corazón. Adiós.

Shira abrazó a su madre, después levantó la mano para despedirse de las mujeres que aún la miraban, luego se dio la vuelta y empezó su camino con pasos serenos y decididos.

Los monos y los hombres observaban la escena desde la distancia, disimulando y haciendo como que no se enteraban de nada. Pero se daban cuenta perfectamente de que aquel no era en absoluto un día cualquiera y siguieron a Shira con la mirada hasta que desapareció entre el verdor de la selva.

Cuando Shira se adentró en la selva y dejó de oír las voces y ruidos de su tribu, la primera cosa en la que pensó fue:

—Ahora ya no tengo a toda la tribu cerca de mí y vigilando por si viene una fiera. Será mejor que lleve el arco en la mano y una flecha preparada para disparar. Y que esté bien atenta.

Desde aquel mismo momento y durante el resto de su viaje, Shira siempre andaba lo más sigilosamente posible y estaba muy alerta a los movimientos, ruidos y olores que percibía a su alrededor.

La segunda cosa que pensó fue:

—¿Cómo pasaré la noche? Nunca he dormido fuera de una casa. Y nunca he dormido sola... ¡Ay, ay! Pero no quiero desesperarme. Quiero encontrar soluciones. Vamos a ver. En el suelo no puedo dormir porque cualquier fiera podría encontrarme fácilmente. En un árbol tampoco porque las panteras saben subir a los árboles. De hecho, suelen dormir en la rama de un árbol. Mm... ¡Ya lo sé! Buscaré una rama flexible que aguante mi peso y poco más. De esa manera, si se acerca una fiera, la rama se romperá o al menos se doblará y así me avisará del peligro. Además, puedo poner ramas de plantas pinchadas al principio de la rama donde yo duerma para que sirvan de barrera que no deje pasar a las fieras.

Dormir en una rama fina en vez de una cama resultó mucho más incómodo de lo que Shira había supuesto. Tenía miedo de caerse y también de los peligros de la selva, así que durmió con un ojo abierto y otro cerrado. O sea, que no descansó muy bien. Después de pasar de esta manera algunas noches difíciles, finalmente Shira aprendió a dormir sin dejar de estar atenta al peligro de caerse o de ser atacada. Descubrió que podía dormir con estabilidad si se tumbaba boca abajo encima de la rama, de forma que el brazo y la pierna derechos colgaran por un lado de la rama y los izquierdos por el otro.

Shira tenía muchas ganas de acabar su misión lo más rápido posible, pero sabía que la Montaña del Más Allá estaba muy lejos, y por tanto correr o darse demasiada prisa eran malas ideas. Era mejor dosificar las fuerzas para poder andar muchos días seguidos sin cansarse. Andaba durante todo el día a pasos tranquilos y relajados, sin prisa pero sin pausa. Solo paraba para comer y para dormir.

Cuando se encontraba con una fiera, la mataba inmediatamente porque eso es lo que la tribu siempre había hecho. No se planteaba si podría haber otra alternativa mejor.

Pronto descubrió que se le cansaban los brazos de llevar el arco y la flecha en las manos durante todo el día. Pensó:

—Mejor llevaré siempre una piedra grande por los aires a mi lado. Así practicaré la telequinesia y tendré libres los brazos.

Los primeros días se cansaba mucho de mantener a todas horas una piedra flotando en el aire con la fuerza de la mente. Pero finalmente se acostumbró y se sintió orgullosa de sí misma porque había hecho un progreso importante. Después decidió que dos mejor que una, por si la atacaban dos fieras a la vez. Los primeros días le costó un esfuerzo, pero también se habituó al peso mental de dos piedras. Entonces pensó:

—No creo que necesite ya más piedras para defenderme. Pero añadiré una tercera piedra para entrenarme y tener cada vez más fuerza.

Cada día añadía una piedra más y su poder aumentaba. Shira aún no sospechaba que muy pronto este poder nuevo le haría mucha falta para poder enfrentarse a un peligro terrible.

Después de dos meses de viaje a través de la selva, siempre en dirección hacia el sur, Shira llegó por fin a una sierra. A lo lejos, la montaña más alta de todas era la Montaña del Más Allá. Era tan alta que en ella no crecían los árboles. Shira miró hacia arriba y pensó:

—Es la primera vez en mi vida que miro hacia arriba y veo una cosa que no sea el cielo. Ahora me doy cuenta de que la selva es toda llana. Calculo que aún me quedan unos tres días de subir por la sierra hasta que llegue al pie de la Montaña del Más Allá.

Con la altura creciente, la vegetación iba cambiando y cada vez era más difícil encontrar alimento.

Por fin había llegado el momento de la verdad: Shira estaba al pie de la Montaña del Más Allá. Allí se acababa el bosque. Calculó que hacía falta un día para ir desde donde estaba hasta la cima. Como allí arriba no había agua ni alimento, los humanos no podían pasar más de una noche allí. Al día siguiente había que volver abajo.

Se preguntó:

—¿Qué pasará si con una noche allí arriba no tengo bastante para cumplir mi misión? En ese caso, tendré que bajar, recuperar fuerzas y volver a subir otro día.

Normalmente, Shira siempre se levantaba cuando el día empezaba a clarear, pero en aquella ocasión estaba tan nerviosa que no podía dormir más, así que se puso en camino antes del alba. Como ya no quedaban árboles que le taparan el cielo, la luz de las estrellas le resultaba suficiente para ver por dónde pisaba.

A media mañana el sol ya estaba alto y caía sin compasión sobre la piel de Shira, acostumbrada a vivir siempre a la sombra. La montaña estaba tan empinada que muchas veces no se podía andar, sino que había que escalar. A mediodía Shira ya no podía más. Era muy ágil escalando árboles, pero no estaba acostumbrada a escalar paredes de piedra durante horas. Las palmas de las manos y las plantas de los pies le escocían porque las tenía llenas de rasguños de aquellas piedras afiladas. Por efecto de los rayos del sol, la piel de todo el cuerpo la tenía roja y le ardía. Sentía un dolor de cabeza como si tuviese fiebre. Todos los músculos del cuerpo le dolían. Estaba agotada. Se sentía derrotada, pero no le quedaban fuerzas ni para llorar. No tenía más remedio que bajar. Los brazos y las piernas le temblaban de puro cansancio. Si los músculos le fallasen, se caería por la pendiente y se mataría. Sabía perfectamente que su vida estaba en juego y que era imprescindible llegar al bosque aquel mismo día, antes de que se hiciera de noche. Con un esfuerzo sobrehumano se pasó toda la tarde bajando piedra a piedra y paso a paso. Cuando cayó la noche, Shira todavía no había llegado al bosque. Estaba desesperada. Temblaba de miedo, agotamiento y frío. Pero por suerte, la luna le iluminaba el camino y consiguió llegar bajo los árboles a medianoche. Allí se dejó caer encima de la hojarasca y pensó:

—No me quedan fuerzas para subir a la rama de un árbol. Si esta noche viene una fiera por aquí, me encontrará indefensa y me devorará, pero ¿qué le vamos a hacer? ¡Ya no puedo más!

Y se durmió. Por suerte, ninguna fiera pasó por allí aquella noche.

Al día siguiente Shira se despertó cuando el sol ya estaba bien alto en el cielo. Se sentía destrozada. Tenía fiebre. Todo el cuerpo le dolía. Decidió bajar de la sierra y volver a la selva para recuperarse. Como estaba tan débil, le costó una semana deshacer el camino que al subir le había costado solo tres días. Pero finalmente lo consiguió. Allí le costó una semana más recuperarse. Cuando por fin volvió a encontrarse con fuerzas, subió de nuevo a la sierra. Al llegar a la zona donde los árboles se acababan, pensó:

—Está claro que no estoy preparada para escalar la Montaña del Más Allá. ¡Esa montaña es un matapersonas! Pero no puedo volver a casa sin cumplir mi misión. Así que no tengo más remedio que quedarme aquí hasta que sea capaz de subir. Ahora sé que el primer día no debo intentar llegar hasta la cima. Necesitaré un mes o dos de entrenamiento para conseguirlo. De momento me cubriré todo el cuerpo con barro para proteger mi piel del sol. Haré solo un par de horitas de subida por las rocas y volveré.

Eso hizo. Con el paso de las semanas, su piel se puso morena poco a poco, sus músculos se habituaron al nuevo tipo de ejercicio, las palmas de las manos y las plantas de los pies se le hicieron duras. En su tribu, tanto las mujeres como los hombres llevaban la cabeza siempre rapada para evitar parásitos. Pero Shira decidió dejarse crecer el pelo para tener la cabeza protegida del sol. Se construyó una cabaña encima de un árbol al pie de la Montaña del Más Allá. Aprendió a conocer bien las plantas comestibles de aquel bosque tan diferente de la selva que ella conocía.

Por fin, después de dos meses de entrenamiento duro, llegó el día en que Shira se sintió capaz de emprender la subida hasta la cima. Cuando ya le quedaba poco para llegar a su meta, descubrió en el cielo un pájaro muy extraño que venía hacia ella. Cuando ya estaba más cerca, Shira comprobó con terror que no era un pájaro, sino un monstruo espantoso. Era una especie de lagartija enorme con alas. Pero no, su piel no era verde, lisa y brillante como la de las lagartijas, sino marrón, seca y rugosa como una piedra. Así que era más bien una especie de salamanquesa inmensa y alada. El monstruo, que llevaba un cerdo en las garras, entró en su madriguera sin notar la presencia de la niña. Shira, que estaba a pocos metros de la entrada de la madriguera, decidió quedarse allí bien escondida detrás de unas rocas y observar un poco más. Pronto llegó otro monstruo que llevaba un mono en las garras. Shira pensó:

—Nunca he oído hablar de esta clase de monstruos. Me recuerdan a los dragones de la mitología terrícola.

Ocho dragones más llegaron a la madriguera, cada uno con un mono entre sus garras. Shira pensó:

—¡Caramba! Está claro que vienen de cazar. Y que los monos son su alimento preferido. Su territorio de caza es la selva que está al sur de la selva, por eso yo no los había visto nunca hasta ahora. Pero ¡un momento! Si cambiasen de territorio de caza y fueran a la selva que está al norte de la sierra, ¡podrían llegar hasta los territorios de mi tribu! ¡Y seguro que les gustaría devorar a los humanos! ¡Estos dragones son el peligro del que hablaba la profecía! Los tengo que matar para proteger a mi tribu de un peligro mortal. Pero ¿cómo? ¡Ya sé! Esperaré hasta que se haga de noche. A esa hora ya estarán todos los dragones en la madriguera. Entonces con la mente moveré todas las piedras que pueda y las llevaré a la entrada de la madriguera hasta que quede taponada. Me quedaré toda la noche por aquí para ver si tienen otra salida. Eso quiere decir que hoy tampoco podré llegar a la cima, pero no pasa nada, ya volveré a intentarlo dentro de unos días. Ahora es prioritario exterminar estos dragones porque, si no lo hago, me matarán ellos a mí. Si mañana se hace de día y veo que no pueden salir, sabré que he acabado con ellos.

Como los dragones eran tan grandes, la entrada de su madriguera era también enorme, y Shira tuvo que mover muchas piedras grandes para taponarla. Lo hizo lo más rápidamente posible, no fuera que los monstruos se despertasen y huyeran antes de que la entrada estuviera cerrada del todo. Pero hubo suerte. Los dragones seguramente estaban durmiendo y no se enteraron de nada.

Cuando el sol se escondió, la temperatura bajó mucho. Shira no se lo esperaba. Tenía tanto frío que no lo podía soportar. Buscó en la roca un entrante que le sirviese de cueva. Allí al menos no corría el aire, pero con eso no era suficiente. La pobre no paraba de temblar. Entonces movió piedras para que tapasen completamente su escondrijo. Así consiguió aislarse de la temperatura exterior y pudo pasar la noche.

Al día siguiente, los dragones descubrieron que la salida de su madriguera estaba bloqueada y se pusieron terriblemente furiosos. Con sus picos golpeaban las piedras que les impedían el paso, y con las garras las apartaban. Toda la montaña temblaba de forma espantosa. Shira estaba aterrorizada, porque vio que las piedras que taponaban la entrada empezaban a moverse. Finalmente un pico consiguió atravesar la pared de piedra. Pronto toda la cabeza estaba fuera. Sacar el resto del cuerpo le costó más, pero después de unos cuantos esfuerzos y terremotos, el dragón sacó todo el cuerpo de aquella madriguera que había estado a punto de convertirse en una trampa mortal. El monstruo estaba muy rabioso. Sus ojos rojos buscaban el culpable de aquel bloqueo. Y lo encontraron. Cuando Shira vio aquellos ojos llenos de odio que la miraban fijamente, sintió el miedo más horrible de su vida.

El dragón se lanzó directamente hacia la niña, dispuesto a destrozarla en un segundo con sus garras enormes. Shira estaba paralizada de terror. El cuerpo no le respondía. Pero por suerte, la mente sí. Dos piedras grandísimas, una a cada lado del dragón, se elevaron a toda velocidad y aplastaron la cabeza del monstruo, que murió inmediatamente. Su cráneo hizo un ruido muy feo cuando explotó. A su alrededor, todo quedó salpicado de sangre y trozos de cerebro. También Shira estaba toda salpicada de aquella sustancia viscosa y asquerosa. Pero no tuvo tiempo de limpiarse. Otro dragón acababa de salir y volaba directo hacia ella. Shira le aplastó la cabeza de la misma manera. Uno tras otro, todos los dragones salieron de la madriguera, atacaron a la niña y murieron con la cabeza reventada.

Diez cerebros, cada uno grande como una casa, había explotado a pocos metros de Shira, que estaba cubierta de arriba abajo de aquella masa sanguinolenta y repugnante. La pobre niña temblaba de pies a cabeza. Como pudo, se limpió los ojos, la nariz y la boca. Pensó:
—He matado diez dragones adultos. Tengo que entrar en la madriguera para comprobar si hay crías que no hayan salido.

Con su capacidad telequinésica apartó algunas piedras hasta que dejó libre la entrada de la madriguera. Entró con mucha precaución. Y efectivamente, como había supuesto, se encontró con dos crías que acababan de salir del huevo y aún estaban en el nido. Eran unos bebés tiernos que daban penita, pero su cuerpo ya era más grande que el de un oso y sus garras ya podían resultar mortales para Shira, si se acercara. Con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta, la niña los mató de la misma manera que a sus padres.

—¿Quedarán huevos en los nidos? Para verlo, primero tendré que apartar los cadáveres de las crías. Pero son demasiado grandes para mí. Y tampoco quiero arriesgarme a acercarme y que me destroce alguna cría que pudiera quedar viva. ¿Cómo los apartaré? ¡Pues con telequinesia, igual que he hecho con las piedras! Mm... no sé... Que yo sepa, la telequinesia siempre se ha usado con objetos como piedras u otras cosas inanimadas. No sé qué pasará, pero no me queda otra alternativa.

Aquellas crías ya estaban muertas, pero sus cuerpos aún estaban calientes y palpitantes. La sensación de tacto mental que Shira experimentó fue completamente diferente de la que sentía cuando movía piedras. Pero el caso es que los sacó de los nidos. Con precaución miró dentro de los nidos y descubrió dos huevos que no estaban terminados de incubar.

—Puedo percibir vida en ellos. No sé si necesitan a sus padres para continuar creciendo y salir del huevo. Para más seguridad, también los debo matar.

Con gran dolor de su corazón, llevó los huevos por los aires, los hizo salir de la madriguera y los dejó caer por el precipicio. No quería ver ya más muertes a su lado.

Ahora que ya había terminado todo, se puso a temblar incontrolablemente y a llorar amargamente.

—Acabo de exterminar una especie. Lo he hecho con la mejor intención, porque considero que era necesario para salvar mi propia especie de una muerte segura, pero no me siento orgullosa ni satisfecha. Me siento más bien como una asesina sanguinaria.

- - -

Al cabo de un rato, el aluvión de sentimientos pasó y Shira volvió en sí.

—El sol está ya bien alto. Es mediodía. Tengo que darme prisa en bajar. No pasa nada, ya tengo claro desde ayer que hoy tampoco será el día en que llegue a la cima. Pero... ¡oh, no! ¡El camino por donde subí ayer ha desaparecido! Seguramente algunas de las piedras que he movido en la lucha han caído encima de aquella especie de puente de roca que conducía hasta aquí y lo han arrancado. O quizá los temblores de tierra lo han derrumbado.

Shira exploró los alrededores y comprobó que estaba rodeada de paredes verticales imposibles de escalar. Los dragones habían buscado una madriguera casi inaccesible por tierra. El único acceso que había existido estaba ahora destruido. No había ninguna salida. La situación era desesperada.

—Vamos a ver. Me enviaron aquí entre otros motivos para que contactara con la Gran Madre. Así que, como no puedo hacer otra cosa, lo intentaré ahora.

Buscó un sitio donde la energía espiritual de la tierra se sintiera mejor. Se sentó allí y se concentró para sintonizar con aquella energía sutil.

—¡Oh, Gran Madre! Aquí me tienes. He venido a encontrarte. Me diste poderes extraordinarios para que salvara a mi tribu. Lo acabo de hacer: he exterminado esta raza de monstruos. Te pido perdón, porque ahora comprendo que también son hijos tuyos. Si tú los creaste, por algún motivo sería. He cumplido mi misión, ya no hago falta a la tribu. Ahora quieres que yo pague por este crimen con mi muerte, ¿verdad?

Entonces Shira sintió en su interior una voz suave, amorosa y potente que claramente no era la suya propia porque tenía una personalidad inmensa. Era la Madre Naturaleza, que le decía:

—No, hija mía. Puse los dragones aquí para que tú te enfrentaras a ellos. Ellos ya han cumplido su misión. Pero la tuya no ha terminado aún. Quiero que continúes viviendo. Busca dentro de ti y encontrarás la solución.

Entonces Shira volvió a examinar con más atención el lugar donde estaba atrapada. Comprobó de nuevo que por las paredes verticales era imposible bajar. Buscó en la madriguera por si encontraba algún pasadizo que la pudiera conducir fuera de aquella cárcel. Pero no: no había ninguna salida. Empezó a sentir pánico. Entonces pensó:

—¡Un momento! La Gran Madre no me ha dicho que busque la solución por aquí fuera. Me ha dicho que la busque dentro de mí. Esa sugerencia no parece que tenga sentido porque el problema está fuera de mí. Si quiero sobrevivir, tengo que bajar de esta montaña antes de que se haga de noche porque ya no me queda nada que beber ni que comer. Pero ahora la única manera de salir de aquí es volando, como hacían los monstruos alados que acabo de matar. Vamos a ver... Cerraré los ojos y

meditaré... ¡Espera! ¡Estoy levitando! Toda la vida he sabido levitar. Lo hago cada vez que medito. ¿Levitar es una manera de volar? Mm... Necesito pensar. La tribu siempre ha dicho que la telequinesia consiste en levantar piedras u otros objetos inanimados. Pero hoy he comprobado que también puedo levantar cuerpos de animales muertos. ¡Y los huevos estaban totalmente vivos! Lo he notado claramente. Mm... Levitar es levantarme a mí misma. Nunca lo había visto de esta manera: ¡la levitación y la telequinesia son la misma cosa! Si con la fuerza de la mente puedo mover piedras que pesan muchísimo, teóricamente también debería poder levantar mi cuerpo y llevarlo a donde yo quiera. ¡Voy a probarlo ahora!

Aplicar la fuerza telequinésica a su propio cuerpo le resultaba extrañísimo. Al principio no sabía cómo hacerlo. Pero estaba tan desesperada que no tenía más remedio que intentarlo y volverlo a intentar. Finalmente consiguió levantarse del suelo un palmo sin meditar, sino con los ojos bien abiertos y la atención dirigida no hacia adentro, sino hacia el mundo exterior. Sintió vértigo, se asustó, perdió el control y se cayó al suelo. Por suerte, caer desde veinte centímetros de altura no fue ningún problema. Después de temblar un rato, reunió valor y lo intentó de nuevo. Volvió a elevarse un palmo, pero esta vez no se cayó, sino que bajó voluntariamente porque estaba agotada.

—¿Cómo es posible que esto me canse tanto, si soy capaz de mantener en el aire toneladas de piedras durante todo el día? Pero la realidad es que no puedo más. Me tumbaré un momento, a ver si me recupero... Estoy muy nerviosa, ese es el problema. Ya sé qué hacer. Voy a consultar a la Gran Madre otra vez. Aquí es donde me he sentado antes. ¡Oh, Madre Tierra! ¿Estás ahí?

—Claro que sí, hija. Estoy siempre a tu lado, dentro de ti y fuera de ti.

—¿Voy por buen camino?

—Sí, hija. Continúa practicando sin miedo.

Shira dio un salto de alegría. De repente se sentía confiada y llena de energía. Con relativa facilidad consiguió levantarse un palmo, dos, tres, cuatro... y bajó. Dio algunos saltitos de alegría y pensó:

—Volar es más que simplemente levitar. No basta con levantarme un metro: me tengo que separar del suelo a cualquier altura. Y me tengo que desplazar también adelante y atrás, a la izquierda y a la derecha.

Dicho y hecho: se elevó de nuevo, subió un metro, dos, tres, avanzó, retrocedió, fue a un lado y al otro. Bajó nuevamente y saltó de emoción.

—¡Sí, sí, sí! ¡Estoy consiguiéndolo!

Ahora con más confianza se elevó una vez más y se desplazó cien metros, hasta la madriguera. Sin bajar al suelo volvió a desplazarse un tramo más largo aún. Y otro. Y otro. Luego probó a hacerlo más deprisa. Cada vez le resultaba más fácil y se sentía más segura. Desde bien pequeña, siempre había deseado volar, y ahora su sueño se había convertido en realidad.

Continuó bastante rato probando y probando vuelos cada vez más difíciles y atrevidos. De repente se dio cuenta de que el sol estaba muy cerca del horizonte. Había llegado el momento de la verdad. Era ahora o nunca. Cogió la mochila, anduvo hasta el borde del abismo y se paró un momento para calmar su corazón, que latía fortísimo. Las puntas de los dedos gordos de sus pies no tocaban la roca, sino el aire que soplaba por encima de una pared vertical de muchos cientos de metros de altura. El sol se iba, el tiempo se acababa, no le quedaba más remedio que bajar volando. Apretó los dientes, inspiró todo el aire que le cabía en los pulmones, dio un paso adelante y se quedó flotando en el aire. Al principio no se atrevía a mirar hacia abajo porque el precipicio que tenía bajo sus pies era altísimo. Empezó a descender, al principio muy despacio, luego poco a poco más rápido, pero siempre con la máxima precaución. Ahora ya se atrevía a mirar en todas direcciones porque no quería chocar con nada. Iba siempre a pocos metros de la pared, como si la proximidad de la tierra firme le diera

apoyo y seguridad. La verdad es que al menos le daba un punto de referencia para no perderse en la inmensidad del espacio abierto del aire.

Cuando por fin llegó al bosque, no se lo podía creer. El sol ya se había escondido, pero el cielo aún estaba azul, así que decidió ir al río a quitarse de la piel aquella costra seca de sangre y cerebro de dragón. Se lavó muy bien para que no le quedara encima ni una pizca de aquella sustancia repugnante. Bebió con ansia el agua cristalina del río. Desde el mediodía no había bebido y tenía muchísima sed. Comió unas pocas frutas y se acostó a dormir en su cabaña, que aquella noche le pareció la casa más lujosa del mundo.

Cuando al día siguiente se despertó, pensó:

—Esta noche he tenido un sueño increíble. Luchaba contra unos monstruos horribles. ¡Y volaba!

Pero enseguida vio su mochila, que aún estaba sucia de sangre y cerebro de los dragones, y comprendió que no había sido un sueño.

Desayunó un montón de frutas y hojas porque tenía mucha hambre. Bebió mucha agua porque tenía la garganta seca. Lavó a fondo la mochila, las herramientas, el arco y las flechas. No estaba segura de si volvería a ser capaz de volar, ahora que su vida ya no estaba en peligro. Tímidamente intentó elevarse solo un poquito. Funcionó perfectamente. Una sonrisa de satisfacción se le dibujó de oreja a oreja en la cara. Entonces probó una cosa nueva: dio una voltereta en el aire. Le salió perfectamente y se echó a reír a carcajadas. No recordaba haber sido nunca tan feliz.

Hasta ahora había volado siempre manteniendo el cuerpo recto en posición vertical y con los brazos abiertos hacia los lados, en forma de T, porque sentía que eso le daba más estabilidad. Ahora probó a volar inclinada, tumbada, cabeza abajo, haciendo tirabuzones, con los brazos estirados por delante de la cabeza, con las piernas abiertas, con las piernas dobladas delante del pecho. Probó también a volar con el arco en las manos y hacer puntería desde el aire. Probó a volar junto con las piedras que solía levantar e hizo toda clase de bailes y piruetas con ellas. Cuando por fin paró porque tenía mucha hambre, pensó:

—¡Uau! Esto es tan divertido que podría pasarme el resto de la vida sin hacer otra cosa más que volar y jugar en el aire. Pero debo recordar que tengo una misión que cumplir. Ya es mediodía, pero si subo volando, me sobra tiempo para llegar arriba y bajar hoy mismo antes de la puesta de sol. De hecho, ni siquiera me hará falta la mochila. La dejaré en la cabaña para que no me moleste a la hora de volar.

No escaló por el árbol, sino que desde el aire guardó la mochila en la cabaña. Inmediatamente empezó a volar montaña arriba. ¡Qué diferencia con el día anterior! Ahora subía rapidísima y sin esfuerzo. En vez de estar pendiente de dónde ponía cada pie y cada mano, miraba a su alrededor y disfrutaba del paisaje. Pronto llegó a la cima de la Montaña del Más Allá. El día anterior había estado muy cerca de allí, pero no había conseguido llegar hasta arriba del todo. Ahora sí. Se posó suavemente encima de la piedra más alta de todas. Se quedó boquiabierto. Estaba en el punto más alto. Desde aquella posición podía verlo todo a su alrededor. La sierra iba más o menos recta de este a oeste. Al sur, la selva se extendía por una superficie plana que parecía infinita porque se perdía en el horizonte. Al norte, la selva también se veía desde arriba bastante llana e igualmente se perdía en el horizonte. Algunas nubes blancas y unos pocos pájaros cruzaban el cielo azul. De repente, unas nubes grises llegaron cerca del sol y entonces Shira pudo ver un arco iris completo y perfecto que salía de la selva, cruzaba el cielo y volvía a la selva. La niña se quedó extasiada ante tanta belleza. Abrió los brazos y exclamó:

—¡Oh, Gran Madre, qué bonito es el mundo! ¡Gracias, gracias, mil gracias! ¡Esto es el paraíso! ¡Cómo es que no lo había entendido antes?

Dio un salto y se dejó caer por los aires durante un rato. Cuando ya caía demasiado rápida, tomó el control de su vuelo y recorrió la Montaña del Más Allá, que en aquella zona era la única montaña sin vegetación. Luego recorrió parte de la sierra, que sí estaba cubierta de bosque. Encontró una cascada y voló hacia ella con la intención de ducharse allí. Afortunadamente, antes de hacerlo pensó que el agua podría tener mucha fuerza y arrastrarla hacia abajo. Así que en vez de hacer eso, subió al principio de la cascada, se metió dentro del río y dejó que la corriente la llevara hasta la cascada. Se dejó caer juntamente con el agua durante un rato, pero antes de tocar el suelo levantó el vuelo de nuevo. Finalmente el sol se puso y Shira volvió volando rápidamente a su cabaña. Cenó y se acostó.

Supuestamente ya había acabado su misión allí, pero Shira aún no tenía intención de volver a la tribu. Dedicó unas semanas a seguir experimentando y aprendiendo técnicas de vuelo. Comprobó que era capaz de volar a grandes velocidades, pero no le valía la pena, porque a partir de cierta velocidad, el aire la molestaba demasiado y no podía mantener los ojos abiertos. Además, el viento aparente creado por la velocidad propia le daba mucho frío. Descubrió cuál era la postura ideal para ir a la máxima velocidad: con el cuerpo recto volando en posición horizontal, las piernas estiradas y juntas, los brazos pegados a los costados, la cabeza recta mirando hacia abajo y la coronilla mirando en la dirección del vuelo. Al principio no le gustaba nada la idea de no poder mirar en la dirección hacia donde volaba, ya que tenía miedo de tropezar con algún obstáculo, pero pronto comprendió que el vuelo a gran velocidad lo tenía que hacer a bastante distancia de montañas y árboles. Los pájaros no volaban a esta altitud, y por tanto era imposible chocar con nada. Mirando hacia abajo vería una montaña acercarse con antelación suficiente antes de tropezar con ella. El pelo, que ya le llegaba hasta el cuello, le protegía bien la cabeza de la sensación de frío provocada por la velocidad, pero los hombros se le enfriaban demasiado. Inventó una especie de armadura de corteza de árbol para que le cubriese los hombros durante el vuelo a gran velocidad. Se la ataba al tórax por debajo de las axilas.

Volar tan deprisa no era agradable ni divertido, pero era la mejor manera de recorrer grandes distancias en poco tiempo. Tenía mucha curiosidad y se dedicó a explorar los alrededores a fondo. En sus excursiones llegaba lo más lejos posible, pero siempre volvía a su cabaña en el mismo día para dormir en ella.

Cuando ya había recorrido todos los alrededores, empezó a hacer viajes de más de un día porque quería conocer mundo y saber qué hay más allá del horizonte. Para no perderse, cuando hacía un viaje se desplazaba siempre en una dirección única, por ejemplo siempre hacia el sur, y después volvía a su cabaña que le servía de base y de punto de partida. Después hacía otro viaje hacia el sureste, luego al suroeste, y así en cada dirección.

Descubrió bosques bonitos y agradables. El problema era que de noche hacía demasiado frío y no se podía dormir allí.

Descubrió montañas aún más altas que la Montaña del Más Allá. Eran blancas y estaban tan frías que estar allí resultaba insoportable.

Descubrió un lago inmenso que era tan grande que se perdía en el horizonte sin que se viera el final. Al verlo, exclamó:

—¡Maravilloso! ¡Qué grande! ¿Qué nombre pondré a esta clase de lago gigante? Ya sé: «maravillolago». No; es demasiado largo. Le pondré simplemente «mar».

Descubrió una especie de mar de arena seca donde de día hacía muchísimo calor y de noche muchísimo frío. Aquel lugar no estaba habitado por ninguna planta ni animal; había sido abandonado

por toda forma de vida. Por tanto, Shira lo llamó «desierto», que significa «abandonado, deshabitado».

Descubrió una superficie llana, inmensa como el mar o como la selva, donde no había casi árboles, sino básicamente solo hierba. Pocos animales vivían allí, porque era muy difícil encontrar alimento.

Finalmente sacó la conclusión de que la selva ecuatorial era el único lugar adecuado para la vida humana. Repentinamente se sintió cansada de tanto correr mundo. Ya había visto bastante. Ahora inesperadamente echaba mucho de menos a su madre y a la tribu.

Volvió a su base al pie de la Montaña del Más Allá. Subió a la cima y consultó a la Gran Madre. Le preguntó si ya podía volver a casa. La Madre Tierra le contestó que sí.

Bajó a la cabaña decidida a dormir en ella por última vez. Sentía una molestia extraña en la tripa, pero pensó que serían los nervios y se acostó.

Al día siguiente cuando se despertó, gritó asustada:

—¡Ay! ¿Qué es esto? ¡Tengo sangre en las piernas! ¿Dónde estoy herida? ¿Quién me ha atacado?

No encontró ninguna herida en su cuerpo. La cabaña estaba bien cerrada. Nadie había entrado. Comprobó que la sangre le salía de la entrepierna.

—¡Ah! Ahora lo entiendo. Acabo de tener mi primera regla. Debería de haberlo supuesto. Ya hace tiempo que había notado que me crecían cada vez más pelos en la entrepierna, pero no le había dado importancia, no había comprendido lo que eso significa, porque estaba demasiado ocupada, primero escalando la Montaña del Más Allá, y luego volando de aquí para allá. ¡Uf! A partir de ahora ya puedo tener hijos. He dejado de ser una niña. Ahora soy una mujer. Seguramente es una señal más de la Gran Madre que me quiere confirmar que ha llegado la hora de volver a mi tribu.

Se lavó la sangre en el río, desayunó mucho, se rapó la cabeza y emprendió el camino de regreso. A pie.

Su viaje de regreso duró dos meses, igual que el de ida. Andaba todo el día sin prisa, pero sin pausa. Llevaba por los aires a su lado un montón de piedras grandes, para entrenarse. Cada día añadía una piedra más. Caminaba siempre sigilosamente y alerta a todo lo que la rodeaba. Cuando se hacía de noche, se acostaba en la rama de un árbol, boca abajo, con los brazos y las piernas colgados a uno y otro lado de la rama.

La única cosa que había cambiado en su rutina de viaje en comparación con la ida era que cada día dedicaba un rato a jugar. Jugaba a volar a ras del suelo, o entre las ramas de los árboles, o por encima de los árboles alrededor de los pájaros. Le hacía mucha gracia observar el susto que se llevaban los pájaros al ver que no podían escapar de ella porque era más rápida que ellos. Cuando los pájaros por fin comprendían que la humana no tenía intención de comérselos, la ignoraban y continuaban su vida con normalidad; pero algunos le seguían el juego y revoloteaban un poco con ella.

A veces le gustaba salir volando disparada en vertical hacia arriba hasta que llegar tan alto que el frío le resultaba insoportable. Entonces se dejaba caer en caída libre hasta poco antes de llegar al suelo. Allí retomaba el vuelo, frenaba y aterrizaba suavemente tumbándose en alguna rama, con una sonrisa de satisfacción en sus labios. La vida era sencillamente maravillosa.

Un día se encontró con una pantera. Se sorprendió al comprobar que no le tenía miedo. Después de haberse enfrentado ella sola contra diez dragones enormes, una simple pantera no le parecía nada del otro mundo. También se sorprendió al sentir que no deseaba matar a la fiera, sino que le daba pena. La fiera no notaba nada de todo esto; seguramente pensaba que aquella humana

joven sería una buena cena para para ella y sus crías; el caso es que el animal dio un salto y se lanzó directamente hacia el cuello de su presa. Shira cogió la pantera tranquilamente con el poder de su mente y la lanzó contra un árbol con la fuerza necesaria para escarmentarla bien, pero sin romperle ningún hueso. El truco funcionó perfectamente. La pantera huyó de allí a la máxima velocidad que le permitía su cuerpo dolorido.

Cuando Shira por fin llegó a su aldea, la encontró desierta.

—¿Cómo es posible? ¿Será que han muerto todas? ¿Será que había otro peligro del que yo las debería haber salvado? ¡Claro! ¡Eso es lo que la Gran Madre quería decir! Pero ahora resulta que he llegado tarde porque me he entretenido demasiado viajando y jugando. ¡Ay, ay, ay! Pero no, un momento... ¡Claro, ya lo entiendo! ¡Lo que pasa es que se han mudado! La tribu es nómada. ¿Cómo puede haberseme olvidado? Cambian de territorio de vez en cuando. Solo tengo que seguir el camino que lleva a la siguiente aldea y las encontraré. ¡Uf, qué alivio y qué alegría!

Efectivamente, la tribu se había trasladado al territorio de al lado. Tres días después, Shira la encontró por fin.

Pero entonces comprendió de repente que no podía presentarse en la aldea así, sin más ni más. Pensó

—Ha pasado mucho tiempo. Yo he cambiado un montón. Ellas quizá también. O puede que no. En todo caso, no es prudente entrar simplemente como si no hubiera pasado nada y decir: «¡Hola, ya estoy aquí!» En parte me enviaron a cumplir una misión. Pero también en parte me castigaron a una especie de destierro. Me acusaban de ser insolente, rebelde, engreída, peligrosa. No sé cómo me recibirán. Y lo que es peor, no sé cómo comportarme. Hace tanto tiempo que vivo sola que ya no sé si recuerdo las normas de la vida en sociedad. Será mejor que las observe desde fuera y me piense bien mi estrategia de aproximación.

Durante los siguientes días que Shira se pasó escondida vigilando la tribu, cada vez que veía a su madre, notaba un pinchazo en el corazón porque la echaba muchísimo de menos, pero no podía ir a abrazarla y decirle que ya había llegado. Era una extraña desgracia ver a Ana tan cerca y, no obstante, fuera de su alcance.

En cuanto al resto de la tribu, Shira se sentía como una fiera que acecha a su presa esperando el momento adecuado para sorprenderla. Estaba siempre atenta para que el viento soplara de allá hacia aquí, y nunca al revés, para que nadie, especialmente los monos domésticos, la pudiera oler. Estaba siempre atenta para ser sigilosa y que no la descubrieran. Se sentía una especie de traidora y no estaba orgullosa de sí misma. ¿Qué pensarían si la descubriesen? ¡Uf!

Lo primero que le llamó la atención fue que nada parecía haber cambiado en la vida de la tribu aunque vivían en una aldea nueva. Lo segundo que atrajo su interés fueron los hombres. Nunca se había fijado en ellos. Ahora los observaba con los ojos de una exploradora, de una persona que viene de fuera y ve la situación desde fuera. Y estaba maravillada. ¡Cantaban! La música que hacían con sus voces era deliciosa, celestial. No había nada en el mundo que fuera tan bueno como escuchar aquellas melodías encantadoras. Shira se pasaba horas y horas escuchándolos embobada y pensaba:

—Daría cualquier cosa a cambio de poder cantar como ellos! Incluso volar me parece que no vale nada en comparación con esta música fascinante.

Los hombres también bailaban, pero Shira no entendía sus movimientos, no comprendía qué atractivo le veían ellos a moverse así.

Había un joven en particular, Landon, que cantaba como los ángeles. Era muy apreciado por los otros hombres porque, además de tener una voz preciosa y cantar con tanto sentimiento,

componía melodías nuevas que entusiasmaban a todo el mundo. Sus composiciones emocionaban a Shira profundamente, la hacían vibrar en cuerpo y alma con una intensidad que ella nunca había experimentado antes.

Shira se dio cuenta de que Landon tenía una cosa en común con ella: era sociable y cariñoso, pero también le gustaba mucho estar solo. A menudo se adentraba en la selva buscando la soledad. Después de una semana de observarlo sin ser vista, decidió aproximarse a él en una de sus excursiones en solitario. No quería asustarlo, así que se puso cerca de él, delante de él, pero fuera de su campo de visión. Dijo «¡Hola, Landon!» con un tono amistoso y de normalidad, y enseguida dejó que él la descubriera.

—¡Ama Shira! —exclamó él con los ojos abiertos como platos—. ¡Has vuelto! ¡Cuánto has crecido! ¡Estás muy cambiada! ¿Cuándo has venido?

—¡Caramba, cuántas frases seguidas! ¿No dicen que los hombres no hablan?

—Eso dicen las mujeres. Pero no es que no hablemos. Es que ellas no se dignan a prestarnos atención.

—Pero tú a mí sí que me has prestado atención. Me conoces desde antes de marcharme.

—Claro. Todos los hombres conocemos a nuestras amas.

—O sea, que sí que habláis como un ser humano.

—Claro.

—Tú lo ves todo claro.

—No todo. Por ejemplo, no sé qué haces aquí hablando conmigo. Me das miedo.

—No tengas miedo de mí. No voy a hacerte daño.

—Las mujeres nunca hablan con los hombres si no es para darnos órdenes. Y nunca nos escuchan si no es para oír nuestra respuesta a su pregunta. No les gusta que hablemos mucho. Prefieren que les contestemos con monosílabos, si es posible. Pero tú estás aquí, interesándote por mí. No lo entiendo.

—Tengo curiosidad.

—¿Curiosidad por un hombre? ¡Si somos más viles que las bestias!

—Cantas muy bien...

—Creo que eres la única mujer que escucha nuestras canciones.

—Quizá. Tengo que confesar que antes yo tampoco os escuchaba. Percibía que hacíais ruidos, pero no prestaba atención.

—¿Y ahora sí?

—Sí.

—¿Por qué ese cambio?

—Porque he estado mucho tiempo fuera. He cambiado.

—¿Y te gusta nuestra música?

—Muchísimo. Y la tuya especialmente.

—Es la primera vez que una mujer me dice algo bonito.

—Lo lamento mucho.

—¿Qué lamentas?

—Que siempre os hayamos considerado inferiores y os hayamos ignorado de manera tan completa.

—Sí. Como si no existiéramos.

—Sí.

Se hizo un silencio.

—Disculpa, ama. Es que no sé conversar con mujeres.

—¿Los hombres conversáis entre vosotros?

—¡Claro!

—¿Mucho?

—Supongo que más o menos tanto como las mujeres entre vosotras.
—¡No me lo puedo creer!
—¿No te lo estoy demostrando?
—La verdad es que sí...
—Me das miedo, ama.
—¿Por qué?
—Una mujer nunca conversa con un hombre. ¿Qué significa esto? ¿Por qué lo haces? ¿Y si alguien nos descubre? ¡Quizá esté prohibido y me castiguen!
—Landon: nadie sabe que estoy aquí. Y no quiero que se lo digas a nadie.
—Cada vez me das más miedo.

Parecía como si Landon estuviera a punto de echar a correr. Shira estiró lentamente la mano y lo agarró de la muñeca. Firmemente, pero con dulzura. Él se puso a temblar.

—¡Landon, tranquilo!
—Me das cada vez más miedo.
—Eso ya lo has dicho. Te estás repitiendo.
—Me da igual repetirme. Lo digo porque es verdad.
—Ya.
—¿Por qué me has cogido? ¡Una mujer nunca toca a un hombre!
—Porque no quiero que huyas.
—¿Se me nota mucho?
—¿Que quieres huir? Sí.
—Ay, ay...
—Landon, por favor, no tengas miedo. Quiero hablar contigo. Quiero que me escuches. Quiero explicarte.
—¡Ay, ay! ¡Esto no puede estar pasando! ¿Y por qué a mí?
—¡Landon, siéntate!
—Ahora ya hablas como una mujer normal. Si me soltaras, me sentiría más cómodo.
—Pero no te soltaré. De momento.
—¿Por qué no?
—Primero quiero estar segura de que no te escaparás.
—Me estás poniendo muy nervioso.
—Tranquilízate, por favor.
—¿Cómo? ¿Haciendo cosas que nadie hace nunca?
—¿Quieres que paseemos?
—¡No!

Shira perdió la paciencia. Con más agilidad que una pantera se puso en pie de un salto, cogió a Landon por las axilas y salió disparada volando hacia arriba, llevando a Landon consigo como si no pesara nada. Él gritaba como si lo estuvieran torturando. Ella rápidamente lo llevó a la copa de la palmera más alta y lo colocó allí tumbado boca arriba; se lanzó sobre él para inmovilizarlo y con una mano le tapó la boca para que no gritara. En los ojos de Landon se veía una expresión de terror muy grande: temblaba de pies a cabeza como si estuviesen a punto de matarlo.

—¿Te estarás callado si te suelto la boca?

Él asintió aterrorizado. Ella lo soltó. Él se puso a llorar como un niño pequeño. Ella no sabía qué más hacer para tranquilizarlo; decidió usar un método que recordaba que su madre usaba con ella cuando era una niña pequeña y lloraba, por ejemplo, tras haberse dado un golpe y haberse hecho

daño: empezó a acariciarle la cabeza mientras decía unas palabras rítmicas que servían para dormir a los bebés:

—Duérmete niño, duérmete ya.

Él se quedó tan sorprendido que por un momento dejó de temblar y de llorar. Ponía una cara como si estuviese cayendo dentro de un pozo negro y hondo.

—¿Qué te pasa, Landon?

—Eso que estás haciendo me remueve dentro del corazón unos sentimientos que no recordaba que tenía. Me hace sentir como cuando era un bebé en brazos de mi madre. Pero no sé si era realmente así, porque no puedo recordarlo con claridad.

Shira vio en los ojos de Landon que estaba a punto de caer en un precipicio de tristeza infinita, un abismo sin fondo del que no hay salida. Se alarmó y le dijo enseguida:

—Ahora haré un poco como si fuera tu madre. Ven. Tumbate encima de mí. Pon tu cabeza en mi pecho, encima del corazón.

Él obedeció. Al apoyar la cabeza, suspiró profundamente. Se acurrucó como hacen algunos animales cuando duermen: subió las rodillas hasta los hombros y se abrazó las piernas. Volvió a suspirar profundamente. Se relajó. Suspiró de nuevo y su cuerpo se relajó por completo. Entonces empezó a llorar silenciosamente. Ella podía percibir que esta pena le brotaba desde muy adentro, desde el centro del alma. Se trataba obviamente de un trauma profundísimo que provenía de cuando había sido un bebé. Él lloraba y lloraba en silencio. Las lágrimas le corrían como un río por la mejilla, luego continuaban rodando por el pecho y por un hombro de Shira. Ella iba comprendiendo poco a poco, desde la intuición y la empatía, que estaba aflorando una pena muy antigua: la desesperación y el desconsuelo de un bebé que cuando tenía un año o dos fue abandonado por su madre repentinamente y para siempre. Una pena que el paso de los años había tapado, pero no curado.

Durante horas, Landon lloró y lloró. Shira lo abrazaba tiernamente. Ahora comprendía que ese trauma terrible no era específico de este hombre que tenía encima, sino que era un daño colectivo que habían sufrido todos los niños, generación tras generación, desde hacía miles de años. ¡Millones y millones de almas humanas destrozadas por el abandono de sus madres! Estaba claro que los hombres acogían con cariño a los niños que acababan de ser destetados y abandonados por sus madres. Estaba claro que los cuidaban y educaban bien. Pero ahora Shira comprendía por qué los hombres necesitaban dormir juntos y abrazados, por qué necesitaban tan desesperadamente incluso los abrazos y atenciones de los monos: el motivo era que, enterrada en el rincón más oculto de su pecho, los hombres tenían una carencia horrible, una falta de amor que funcionaba como un pozo sin fondo que les vaciaba el corazón de confianza y de alegría. Ahora ella comprendía que esa costumbre ancestral de abandonar a los niños era un crimen espantoso contra la humanidad porque generaba en los pobres niños inocentes un sufrimiento infinito y sin consuelo. Entonces ella se echó a llorar, no solo por Landon, sino también por todos aquellos millones de niños que habían sido víctimas de un maltrato tan cruel. Por otro lado, Shira sabía que las mujeres no lo hacían por crueldad, sino por tradición y porque pensaban que era lo correcto.

Se pasaron horas llorando. Finalmente se durmieron porque revivir esas emociones tan duras resultaba agotador.

Cuando Landon se despertó, cambió de postura. Su movimiento despertó a Shira. Él, que no quería seguir aplastándola, bajó de encima de ella y se tumbó a su lado. Con un codo se apoyó en la cama de hojas para poder levantar un poco la cabeza. El otro brazo lo puso sobre el pecho de ella para poder acercarse a su cara y mirarla de cerca. Ninguno de los dos se había dado cuenta aún, pero esta experiencia de compartir sentimientos tan profundos los había unido íntimamente. Ahora él tocaba a

Shira con la misma confianza y familiaridad con la que tocaba su propio cuerpo; a Shira le pasaba lo mismo con él. Landon, con expresión de turbación y sorpresa, la miró directamente a los ojos y le preguntó:

—¿Qué eres? ¿Una madre, una pantera, una bruja, o una alucinación?

—¿Una bruja? ¿Qué significa esa palabra? No la había oído nunca en mi vida.

—Las mujeres usáis palabras que los hombres no entendemos. Son sobre todo las que aprendéis en la escuela. Pero los hombres también tenemos nuestras palabras que no hemos aprendido de vosotras.

—¿Ah, sí? Y ¿quién os la ha enseñado?

—Nosotros mismos. Cuando se hace de noche, nos acostamos, pero todavía no tenemos sueño y antes de dormir hablamos durante horas. Nos contamos muchas cosas, por ejemplo la historia de la humanidad desde la época terrícola.

—Entonces ¿sabéis historia? ¿Sabéis todo eso sin escrituras y sin haber ido a la escuela?

—Ya te digo que nuestras noches son nuestra escuela. También nos contamos muchas otras historias.

—¿Cómo que otras historias? No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Nos contamos cuentos y leyendas.

—Y ¿eso qué es?

—Los cuentos son historias inventadas que sabemos que no pueden haber ocurrido nunca.

—Y entonces, ¿por qué habláis de tonterías imposibles?

—Porque son bonitas y nos emocionan. A veces también nos enseñan.

—¿Qué os enseñan? ¿Locuras y mentiras?

—¡No! Actitudes y sentimientos.

—¡Oh! ¡Qué extraños sois los hombres! ¡Sois tan diferentes! Veo que vivís en otro mundo, aunque físicamente estáis a pocos metros de nosotras. Y ¿qué son las leyendas?

—Leyendas son historias muy antiguas que no sabemos si son verdaderas o no.

—¿Como por ejemplo?

—Por ejemplo dicen que los terrícolas podían volar. Pero también dicen que no tenían alas, sino que su cuerpo era igual que el nuestro. Así que no lo entendemos.

—Ya. Y ¿qué son las brujas? ¿Una leyenda también?

—Yo hasta ahora siempre había pensado que eran imaginarias.

—Aha. Y ¿qué es una bruja, según vosotros? ¿Una mujer que rapta hombres y los devora?

—No. Una mujer que tiene magia.

—¿Magia? ¿Qué es magia?

—Ama Shira, no sabes nada de nada...

—No te burles de mí, Landon. Las mujeres sabemos otras cosas. Y no me llames «ama».

—¿Por qué? Así es como tenemos que hablar siempre a las mujeres.

—Yo ya no pienso que las mujeres tengamos derecho a considerarnos vuestras amas. Somos iguales.

—No somos iguales. Nuestra entropierna no es como la vuestra. Nosotros no parimos hijos. Ni los abandonamos. Nosotros no sabemos leer, ni levitar, ni pelear, ni levantar piedras en el aire. Vosotras no cantáis, ni bailáis, ni sabéis de magia, ni de leyendas.

—En el fondo del alma somos idénticos. Nuestros cuerpos tienen las diferencias normales que hay entre machos y hembras. Las diferencias en lo que sabemos o desconocemos se deben al hecho de que hemos sido educados de manera diferente.

—Creo que entiendo lo que quieres decir. Antes de conocerte, mejor dicho, antes de que me raptaras hace unas horas, yo nunca habría creído que somos iguales en el corazón. Pero ahora que lo dices, creo que tienes razón.

—Me alegro de que pienses así.

—No es un pensamiento. Es más bien una intuición.

—Sí. A mí me pasa lo mismo. ¿Me explicas ya qué es la magia?

—Sí, ama Shira.

—¡Que no me llames «ama»!

—No, ama Shira —contestó él rápidamente, sin ser consciente de lo que estaba diciendo. De repente se dio cuenta de su contradicción y puso una cara tan graciosa que Shira se echó a reír a carcajadas. Landon también se rió mucho. Finalmente continuó:

—De acuerdo, Shira: Shira de mi alma.

—Muy bien, cariño. ¿Quieres decirme de una vez qué es la magia?

—La magia es la capacidad que supuestamente tienen algunas personas de hacer cosas imposibles, como por ejemplo volar.

—¿O de hacer aparecer en el aire una tonelada de piedras, como esas? —preguntó Shira, al mismo tiempo que señalaba a un montón de piedras que acababa de elevar y de poner a su lado por encima de la copa del árbol donde estaban.

—¡Oooh! —exclamó él, sin poder evitar un temblor que le sacudió todo el cuerpo—. ¡Entonces la magia existe de verdad! ¡Y tú eres una bruja auténtica!

—¡Pues mira qué bien! —comentó ella con una sonrisa de pillina satisfecha—. Resulta que soy una bruja y no lo sabía.

Shira colocó las piedras en el aire de manera que tuvieran la forma de una casa. Landon se quedó atónito. Ella hizo que las piedras volvieran al suelo. A continuación lo miró y le dijo sonriendo:

—Pones una cara muy divertida, como si estuvieras sorprendido y aturdido.

—¡No te burles de mí! ¡Claro que estoy impresionado! ¿Cómo lo haces?

—No sé cómo explicártelo. Dame tiempo y otro día lo intentaré, ¿vale?

—Vale. ¡Mira! Se está haciendo de noche. Hemos estado todo el día juntos.

—¡Oh, es verdad! Las horas me han pasado volando.

—A mí también. Pero será mejor que vuelva a casa. Si no, los otros hombres se preocuparán.

—Landon, espera un momento.

—Claro que espero. Todo el tiempo que quieras. Si tú no me bajas de aquí, yo solo no podré nunca.

—¡Ja, ja, ja! Ahora enseguida te bajo. Pero antes quiero pedirte un favor.

—Cualquier cosa que me pidas, Shira, la haré si puedo. ¡Mira! ¿Ves? ¡No te he llamado «ama»!

—Muy bien, cariño. Escucha. ¿Sabes que me expulsaron de la tribu?

—Sí.

—La excusa era que yo tenía que cumplir una misión. Me dijeron que cuando la cumpliera, podría volver.

—Y la has cumplido, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no vuelves a la aldea?

—Hace días que llegué, pero quiero observarlo todo antes de dar el paso. Sé que no gusto a las mujeres. En parte es porque me tienen miedo.

—¡No me extraña!

—Ya... El caso es que quiero pensarme muy bien lo que haré y lo que diré para que esta vez no me rechacen. Necesito unos pocos días más. Mientras tanto, es necesario que mi presencia se mantenga en secreto. ¿Sabrás guardarme el secreto?

—Claro que sí. Puedes estar muy tranquila. Las mujeres no hablan prácticamente nunca con nosotros. No decirles nada será extremadamente fácil.

—¿Y los hombres?

—Están acostumbrados a mis excursiones en solitario. No me preguntarán y, en todo caso, si alguien preguntara, yo no les contaré nada.

—No nos ha visto nadie, ¿verdad?

—Nunca he visto a una mujer que mostrara sus miedos a un hombre.

—Creo que nunca has visto a una mujer.

—Tienes razón. Y tú nunca has visto a un hombre.

—Tienes razón. Bajemos.

—¡Shira, espera un momento!

—¡Caramba! ¿Ahora eres tú el que no quiere bajar?

—Sí que quiero bajar. Pero no es eso. Quiero volver a verte. ¿Cuándo nos volveremos a encontrar?

—No te preocupes. Yo también tengo muchas ganas de estar contigo. ¡Tenemos tantas cosas que contarnos! Tú haz tu vida normal. Pronto, cuando hagas una de tus excursiones en solitario, te raptaré de nuevo. ¿Vale, amor mío?

Aquellas dos últimas palabras cariñosas y maternales hicieron a Landon un nudo en la garganta que le impidió contestar. Pero asintió con la cabeza. Shira lo miró con una sonrisa de pillina, dio un salto y bajó volando ella sola. A él lo dejó arriba de la palmera. Desde ahí Landon se asomó hacia abajo y la miró con cara de alarma. Ella se rió y lo bajó con telequinesia. Él no gritó, pero cuando llegó al suelo, las piernas le temblaban tanto que no se podía mantener en pie. Ella lo abrazó y lo besó.

—Adiós, Landon, cariño. Buenas noches. Hasta muy pronto.

Él, que aún estaba tan aturdido que seguía sin ser capaz de decir ni una palabra, hizo un gesto de despedida con la mano y se marchó lentamente, tropezando de vez en cuando con alguna rama. Shira, antes de perderlo de vista del todo, ya lo estaba echando de menos desesperadamente.

Dos días después, Landon salió de excursión. Cuando estaba ya bastante apartado de la aldea, Shira apareció de un salto y se lanzó a sus brazos. Sin soltarlo, se puso a volar. Estaba tan contenta que no pudo evitar hacer algunas piruetas en el aire antes de aterrizar encima de la copa de un árbol. —¡Uau! —exclamó Landon—. ¡Qué cama de hojas tan cómoda! ¡Y una barandilla para que no nos caigamos! Esto lo has hecho tú, ¿verdad?

—No. Lo hizo una bruja que vivía por aquí hace unos ochenta años, y yo lo he descubierto esta mañana.

—¡Ja, ja, ja! Pero ¿no decías anteayer que no sabías nada de brujas?

—Si me haces una pregunta tonta, te tengo que contestar con una broma, ¿no crees?

—¡Ja, ja, ja! Eres la primera mujer que me hace reír.

—Seguro que no. Seguro que tu madre te hacía reír cuando eras bebé. Lo malo es que ahora ya no lo puedes recordar.

Se pasaron todo el día abrazándose o acariciándose o al menos tocándose. Ella hacía meses que necesitaba contacto humano. Él hacía casi toda la vida que echaba de menos las caricias de una mujer. Ella quería saberlo todo sobre música. Quería que Landon le contara todos los cuentos y leyendas que recordara. Él quería saberlo todo sobre las escrituras y la historia, sobre telequinesia y levitación. Ella quería que Landon la enseñara a bailar porque suponía que debía de ser muy divertido, por las caras que ponían los hombres cuando hacían aquellos movimientos tan ridículos.

Dos días después se volvieron a encontrar. Tras un abrazo fuerte y largo, Shira dijo:

—Landon, estoy preocupada. Creo que estoy enferma.

—Yo te veo muy sana. ¿Qué te pasa?

—Es que ahora estoy contigo. Cuando estoy contigo, me siento muy feliz y llena de energía. Pero cuando tú no estás, siento una desolación y un malestar que nunca antes había conocido. Una fuerza extraña me oprime el pecho y casi no me deja respirar. Te echo de menos de una manera increíblemente intensa. No tengo hambre ni ganas de hacer nada. Estoy rabiosa y desesperada. No soy capaz de tener paciencia y esperar a que salgamos de la aldea al día siguiente, aunque sé perfectamente que es necesario que al menos un día de cada dos estés con la tribu para que nadie sospeche. Estos sentimientos tan tempestuosos no tienen sentido y no pueden ser buenos. Creo que me he vuelto loca. Mañana, cuando no estés a mi lado, me moriré de pena, estoy segura. ¡Mi vida se acabará mañana cuando no pueda verte, Landon!

—¡Shira, por favor, no llores, que me rompes el corazón! ¿Sabes qué? A mí me pasa exactamente lo mismo.

—¿Qué me dices?

—Yo también me he vuelto loco y tengo la sensación de que te necesito a mi lado porque si no, me siento más enfermo que nunca antes en mi vida. Pero por nada del mundo quiero que los otros piensen que estoy enfermo, porque entonces querrían cuidarme y no me dejarían salir de casa al día siguiente para venir a verte. Por tanto, como no sé qué otra cosa hacer, saco fuerzas de no sé dónde y canto mientras hago las tareas diarias: canto para expresar esa tempestad interior que me arrastra y me destroza, canto para expresar que sin ti me siento completamente perdido y me ahogo irremediablemente. Cuando los hombres me oyen cantar así, me miran con caras muy extrañadas y me dicen que me encuentran muy raro.

—¡Ay, Landon! ¡Esto que me dices es horrible, porque significa que esta enfermedad es contagiosa! ¿Ahora qué haremos? ¡Moriremos! ¡Toda la tribu morirá por mi culpa! ¡Seguro que cogí esta enfermedad en alguno de mis viajes por territorios extraños!

—¡Cálmate, Shira, por favor! Pensemos.

—Sí, tienes razón. Pensemos. Es precisamente esa actitud la que me ha salvado la vida en más de una ocasión cuando estaba sola.

—¿A qué actitud te referías?

—A no dejarme llevar por las emociones, sino pararme a pensar con calma lo que está pasando y qué opciones tengo.

—Muy bien. Hagámoslo. Ahora ¿cómo estás?

—En la gloria divina, porque estás conmigo.

—Perfecto. Yo también estoy divinamente por el mismo motivo. Por tanto, en este momento nuestra vida y nuestra salud no corren peligro, ¿verdad?

—Correcto. Pero ¿y mañana?

—Tú estás sola, no necesitas disimular delante de nadie, y por eso la locura se ha apoderado de ti. Pero yo la he podido superar y he hecho las tareas de cada día con normalidad aparente. Me ha costado muchísimo, pero lo he conseguido.

—¿Qué quieres decir?

—Que está demostrado que podemos sobreponernos a la enfermedad. Nos afecta gravemente, pero no nos matará si nos resistimos.

—¿Resistirnos? ¿Cómo?

—Ayer comí, hice cosas normales y no me pasé todo el día llorando, como me habría apetecido. ¿Tú lloraste mucho ayer?

—¡Muchísimo!

—¿Por mí?

—Sí, claro.

—Mm... Hay también otra cuestión sobre la que debemos meditar. Tú estás sola y no puedes comparar. Pero yo he estado cerca de otras mujeres y hombres. No se han contagiado de esta enfermedad. Y aunque haya otras mujeres a mi alrededor, yo solo pienso en ti y solamente deseo estar contigo.

—Aha. ¡Qué interesante!

—No creo que esta enfermedad sea contagiosa. Mejor dicho, no creo que afecte a todo el mundo.

—Y ¿por qué solamente nos afecta a ti y a mí? ¿Quizá dentro de pocos días otras personas de la tribu también se vuelvan locas!

—Piénsalo fríamente. ¿Alguna vez en tu vida has visto que una mujer se haga amiga de un hombre?

—¡No! Estoy segura de que eso no ha pasado en miles de años.

—Efectivamente. Yo pienso lo mismo.

—Eso quiere decir que esta enfermedad solo afecta a las personas de dos en dos, cuando un hombre y una mujer se hacen amigos.

—Probablemente sí. Eso parece. Pero no podemos saberlo con seguridad. Tendremos que observarnos durante más tiempo para poder sacar conclusiones más fiables.

—¡Muy bien, Landon! ¡Eres un sol! ¿Qué haría yo sin ti?

—¿Qué harías, Shira?

—Mm... haría lo mismo que siempre: seguir adelante.

—Exactamente. ¿Ves?

—Sí, pero hay una diferencia. Yo antes no te conocía.

—¡Claro que me conocías!

—Quiero decir que aún no me había hecho amiga tuya y era como si no te conociese.

—Tienes razón. Pero no te preocupes. Lo superaremos. Ahora disfrutemos de estar juntos, ¿vale?

—¡¡Sííí!!

Con dos días obviamente no tuvieron suficiente el uno del otro. Día sí, día no, se encontraban con alegría inmensa y se pasaban el tiempo compartiendo sus conocimientos, recuerdos y experiencias vitales, que eran tan diferentes. Él cantaba para ella. Ella lo levantaba por los aires y volaban juntos. A menudo bailaban la música que Landon cantaba y Shira empezaba a comprender que moverse según la música era una sensación fantástica, era como vivir la música a través del cuerpo. Él le contaba cuentos y leyendas antiquísimas. Ella le contaba con detalle sus aventuras en la Montaña del Más Allá y en sus viajes por el mundo. A veces se maravillaban al comprobar que la realidad y la fantasía se parecían más de lo que ninguno de los dos había imaginado.

Después de semanas de intercambio intenso, se conocían bien el uno al otro y se amaban entrañablemente. Una vez sintieron el fuego de la pasión sexual, pero ella dijo enseguida:

—¡Paremos! No puedo tener hijos sin autorización de la asamblea. Ya te he contado alguna vez que una de las reglas más importantes de las escrituras sagradas es que hay que mantener estable el nivel de población humana para no desequilibrar el ecosistema. Máximo una hija por mujer. Si el primer bebé nace hombre, ella puede intentar tener descendencia una vez más. Si le vuelve a salir hombre, se ha acabado la posibilidad de reproducción para esa mujer.

—Esa norma da a entender que los hombres no tenemos valor. Eso tendrá que cambiar algún día, ¿no crees?

—Sí —contestó ella y se quedó muy pensativa.

Por fin Shira se decidió a hacer su vuelta oficial a la tribu. A primera hora de la mañana, justo después de la hora del desayuno, entró en la aldea cargada con su mochila. Andaba tranquila,

consciente de cada paso, de cada pie que levantaba y volvía a apoyar en la Madre Tierra, la cual, en cada contacto con las plantas de sus pies, acariciaba a Shira y le daba la bienvenida. Los pájaros, los monos, los hombres, las mujeres, todo el mundo dejó lo que estaba haciendo y se paró a mirarla venir. Su cuerpo musculoso irradiaba energía y vitalidad. Sus gestos mostraban inteligencia y sensatez. Sus ojos lo observaban todo con la atención de una fiera, pero su sonrisa era dulce y sincera porque se alegraba muchísimo de volver a ver a cada una de las mujeres. Se dirigió directamente a su madre, que fue la primera que la saludó, porque las otras se habían quedado mudas y paralizadas, observándola con la boca abierta.

—¡Shira, hija mía! —exclamó Ana con lágrimas en los ojos—. ¡Qué alegría tan grande siento al verte! ¡Qué mayor te has hecho! ¡Cuánto has cambiado!

Se abrazaron largamente.

—¡Ay, madre! —exclamó suspirando profundamente—. ¡Te he echado tanto de menos!

—¡Yo a ti también, amor mío! Pero ya estás aquí de nuevo. Has superado todas las pruebas y te has convertido en una mujer. Casi no te reconozco. Tu cuerpo ha cambiado mucho, pero en tus ojos aún veo la misma bondad y la misma pureza de corazón que te han caracterizado siempre.

—¡Ay, madre! Eres infinitamente importante para mí. Tu afecto es como el suelo que piso: me sostiene y me permite avanzar. Nadie debería ser privado del amor de su madre.

—¡Claro que no! ¿Por qué debería alguien hacer una cosa así?

—Madre, por favor, convoca una asamblea. Quiero saludar a todas las mujeres y contaros lo que ha pasado.

Pocos minutos después, las mujeres estaban reunidas en semicírculo. Shira estaba de pie en el centro para que todo el mundo la pudiera ver bien. Cuando la última de las mujeres llegó y se sentó, Shira se arrodilló en el suelo, hizo una reverencia inclinando la cabeza hasta el suelo, volvió a levantarse y dijo:

—¡Hermanas! ¡Qué alegría tan grande siento al estar entre vosotras por fin! Gracias por acogerme de nuevo en la tribu. Gracias también por acudir tan rápidamente a la asamblea. He cumplido la misión que me encargasteis y aquí me tenéis.

—Estimada Shira: todas nos alegramos de que hayas vuelto y te damos la bienvenida calurosamente. Nos sorprende tu aspecto: has cambiado mucho. Cuéntanos por favor tus experiencias y explícanos qué has aprendido.

—He aprendido humildad. Ahora sé por experiencia propia que una persona sola no puede sobrevivir sin la tribu.

—¡Tú has sobrevivido sola muchos meses!

—Sí, pero por los pelos. En más de una ocasión he estado a punto de perder la vida. Solo la suerte, o la casualidad, o la Gran Madre, me han salvado. A la larga no es posible sobrevivir en soledad, sin el apoyo de la comunidad.

—Tú tienes poderes especiales que te hacen la supervivencia más fácil que a cualquiera de nosotras.

—Sí, ya, pero la diferencia no es tan grande, y en todo caso no es suficiente.

—En este tiempo has dejado de ser una niña y te has convertido en una mujer. ¿Qué otros cambios has experimentado?

—He aprendido que necesito a la comunidad, que sola soy muy vulnerable. He comprobado que la soledad permanente no es buena para el bienestar emocional. He echado mucho de menos el afecto de mi madre, vuestras enseñanzas en la escuela, vuestros consejos dentro y fuera de la asamblea. La vida en común enriquece. La soledad también enseña, pero sus lecciones son tan duras que en más de una ocasión fácilmente podrían haber puesto fin a mi vida.

—A ti siempre te ha gustado estar sola durante horas.
—Sí, porque os podía tener a mi lado siempre que quisiera.
—¿Has adquirido poderes nuevos?
—Sí. Ahora puedo volar y también puedo elevar a seres vivos.
—Eso es increíble. Muéstranoslo.

Shira se elevó unos metros, hizo unas pocas piruetas y bajó al suelo. Las mujeres tenían los ojos abiertos como platos. Contenían el aliento a la espera de lo que estaban a punto de presenciar. Shira miró a Ana y dijo:

—Mamá, por favor, no te asustes. No hay peligro.

Y entonces Ana empezó a elevarse en el aire lentamente: primero un palmo, luego dos, tres, cuatro, un metro, dos metros. A esta altura no pudo aguantar el miedo ya más y se puso a dar gritos de espanto. Las otras mujeres gritaron también, aterrorizadas. Shira bajó a su madre rápidamente y la hizo tocar el suelo suavemente. La pobre Ana temblaba de forma incontenible. Dos mujeres que tenía al lado la abrazaron para tranquilizarla.

—Perdona, mamá.

—¡Shira, Shira! —clamó Xanta—. Continúas tan prepotente como siempre. ¿Es que no has aprendido nada en todo este tiempo?

—Perdonadme, hermanas. Me habéis preguntado y he respondido. Me habéis pedido una demostración y la habéis obtenido. ¿O tendría que haberme negado a haceros la demostración?

—No nos lo pones fácil, Shira.

—Lo sé. Vosotras tampoco me lo ponéis fácil a mí, hermanas.

—Eres una persona terriblemente extraña. ¡Siempre lo has sido!

—Lo sé. Lo lamento. No puedo evitarlo. No es culpa mía. La Gran Madre me hizo así. Yo habría preferido ser normal y sentirme aceptada por vosotras como una más.

—¿Comprendes que no sabemos por dónde cogerte, cómo comprenderte, cómo confiar en ti?

—Lo comprendo bien. ¿Comprendéis vosotras que mi desgracia es ser y sentirme una extraña en mi propia tribu?

—Lo comprendemos —dijo Andrea, que era la segunda más vieja, después de Xanta.

—Pero eso no es un argumento que demuestre que podemos confiar en ti —dijo Xanta.

—Comprendo que mis poderes os den miedo.

—¡No has dejado de ser una engreída! Pero sí, efectivamente, podrías matarnos a todas en un arranque de rabia, por ejemplo.

—No podría. Yo nunca sería capaz de hacer una monstruosidad así.

—¡Pantera! —gritó un hombre.

Cuando las mujeres estaban reunidas en asamblea, eran los hombres los que vigilaban. Pero no estaban entrenados para luchar contra las fieras, sino que se limitaban a dar la voz de alarma. Shira inmediatamente subió por los aires a la pantera que las acechaba y la lanzó contra un árbol con la fuerza justa para no herirla, sino solo asustarla. Tras el golpe, la pantera huyó a toda velocidad. A continuación Shira dijo:

—Esta es otra de las cosas que he aprendido. No es necesario matar a las fieras. Basta con asustarlas. De esta manera respetamos la vida de unas criaturas que son nuestras hermanas porque son hijas de la Gran Madre igual que nosotras. A parte de eso, es más práctico asustarlas que matarlas porque si matamos cada fiera que se nos acerca, las otras fieras no tienen la oportunidad de aprender que deberían tenernos miedo. Pero las fieras espantadas seguro que comunicarán a sus compañeras el miedo a los humanos, y así todas aprenderán a rehuirnos y no atacarnos.

—Nuestras antecesoras siempre han matado las fieras con las que se encontraban. ¿Te crees superior a todas las mujeres que han vivido antes que tú durante miles y miles de años?

—Quizá las antecesoras no tenían elección porque no sabían cómo espantar las fieras. Solo podían matarlas. Pero creo que la finalidad de matarlas era liberarse de ellas, eliminar un peligro para la supervivencia de la tribu humana. No creo que el objetivo fuera matarlas porque sí. De hecho, las escrituras dicen claramente que tenemos que respetar todas las formas de vida.

—¡O sea, que eres tan creída que te atreves a pensar que todas las generaciones anteriores estaban equivocadas y solo tú tienes razón!

—No. Estoy usando las ideas de las escrituras, que recogen la sensatez de las antecesoras. La única novedad que ha aparecido en la situación es que yo, gracias a los poderes que la Gran Madre me ha concedido, he descubierto la manera de espantar las fieras sin matarlas. ¿Queréis decirme que tenemos que rechazar cualquier mejora solo porque es nueva? Si las antecesoras hubieran sido siempre tan contrarias al cambio, nunca habrían hecho nada nuevo. Pero la historia demuestra que, muy al contrario, se ha ido progresando mucho a lo largo del tiempo.

Xanta estaba a punto de abrir la boca, pero Andrea dijo rápidamente, para adelantársele:

—Xanta, calla por un momento y escúchame. Deja ya de llevar la contraria a Shira en todo. Esta vez tiene razón.

—¡Es que estas jovencitas siempre quieren tener más razón que las mujeres viejas y experimentadas!

—gritó Xanta, enfadada.

—Sí, a menudo es verdad eso que dices. Pero también es verdad que las viejas a veces pecamos de intransigencia —contestó Andrea.

Xanta no estaba convencida; se quedó callada de mala gana. Otra mujer dijo:

—En teoría parece que tienes razón en esto que estás diciendo, Shira. De momento probaremos con tu estrategia y observaremos el comportamiento de las fieras. Así veremos si es verdad que tu método funciona. El problema es que solamente tú puedes espantar las fieras de esa manera.

—Ya. Si yo no estoy disponible, tendréis que continuar matándolas como siempre. Al menos de momento. Si queréis, puedo intentar enseñaros a elevar seres vivos.

—Prácticamente eres una niña todavía ¿y ya quieres ser nuestra maestra? —gritó Xanta, que no podía contenerse.

—¡Xanta! —clamó Andrea—. Sabes perfectamente que en nuestra escuela todo el mundo enseña y todo el mundo aprende. Las que más saben enseñan a las que no saben tanto, independientemente de la edad de unas y otras. Por ejemplo, yo misma soy maestra de historia pero alumna de telequinesia. Por favor, Xanta, no te dejes llevar por una aversión personal. No es justo que tengas esa manía a Shira. Recuerda que nos ha sido enviada por la Gran Madre para nuestro bien.

Xanta estaba roja de rabia, pero mantuvo la boca cerrada. Otra mujer preguntó:

—¿Qué más cosas has aprendido en tu viaje, Shira?

—He aprendido a volar muy rápido. De esa manera he podido recorrer muchos kilómetros. He visitado regiones lejanas y he sacado la conclusión de que esta selva donde vivimos es el único lugar adecuado para la vida humana. Las antecesoras supieron elegir el hábitat ideal para los humanos.

—¿Qué tal la Montaña del Más Allá? ¿Has podido hablar con la Gran Madre?

—La Montaña del Más Allá ya no es accesible por tierra. El único camino que conducía a la cima ha quedado destruido por un movimiento de tierras. Subí por tierra, me quedé atrapada allí arriba y fue precisamente la Gran Madre la que me aconsejó aprender a volar para poder bajar y salvarme.

—¿Presenciaste la destrucción del camino?

—Sí. Lo destruí yo sin querer mientras luchaba contra los dragones.

—¿Dragones? ¿A qué te refieres?

—A unos monstruos enormes que comían monos y cerdos. Los maté a todos porque pensé que podrían ser un peligro mortal para nuestra tribu. La profecía se ha cumplido. He salvado a la tribu. Ya no me necesitáis. Si no me queréis entre vosotras, ya podéis expulsarme sin miedo —dijo con voz triste y agachó la cabeza.

—¿Qué otras cosas te dijo la Gran Madre?

—Después de acabar con los dragones, me dijo que mi misión aún no había terminado. Pero no me explicó qué más tengo que hacer.

—Si no te lo explicó, es porque quería que lo descubrieras por ti misma. Ya lo has descubierto, ¿verdad?

—No estoy segura. O mejor dicho, en realidad yo sí que estoy segura, pero no tengo nada claro que os convenza.

—No lo alargues más y dínoslo ya.

—He descubierto que los hombres también son personas.

Todas las mujeres de la asamblea se echaron a reír a carcajadas. Algunas mujeres se levantaron con la intención de marcharse. Shira dijo:

—¡Lo digo muy en serio! ¡Por favor, esperad un momento! ¡Escuchadme un minuto!

—Te hacemos el favor de escucharte un poco más. Solamente un minuto. Pero no nos cuentes tonterías.

—No es una tontería. He comprobado que los hombres tienen alma humana como nosotras.

—No, Shira. Nosotras estamos comprobando que te has vuelto loca del todo. Es una lástima, Shira. Prometías mucho.

—Los hombres hablan mucho. Más o menos tanto como nosotras.

—¿Cómo te atreves a decir una cosa que es obviamente falsa?

—En vuestra presencia no hablan prácticamente nada porque saben que eso es lo que esperáis de ellos. Pero cuando vosotras no los observáis, ellos no solo hablan de cosas superficiales, sino que tienen su propia versión de la historia desde hace miles de años. Tienen tanto sentido común y tanta actividad intelectual como nosotras.

—Shira, nos estás haciendo perder el tiempo. Todo el mundo sabe que los hombres son animales. En las escrituras sagradas lo dice claramente.

—¿No los habéis oído cantar? ¡Su música es la cosa más maravillosa del mundo!

—Los pájaros y otros animales también cantan. La música es una característica típica de las bestias. Las mujeres no cantamos.

—¡Pero la música de los hombres es inmensamente compleja y al mismo tiempo divinamente bella!

—¡Ya hemos escuchado bastantes burradas! —exclamó Xanta—. ¿No veis qué táctica tan sucia está usando Shira? Nos cuenta que nos ha salvado la vida luchando contra unos monstruos increíbles que se ha inventado. Nos cuenta que la Gran Madre le ha dicho que tiene la misión de destruir la base de nuestra cultura milenaria con la idea descabellada de que los hombres son humanos. Pero la realidad es que los hombres a penas son capaces de entender el lenguaje humano: solo entienden frases muy simples y solo pueden decir cosas extremadamente simples. La realidad es que los hombres no conocen las escrituras, ni saben leer, ni son capaces de hacer vida social (como por ejemplo ir a la escuela o participar en las asambleas), ni tienen la más mínima capacidad mental, ni telepática, ni telequinésica. Pero a Shira estos hechos le dan igual. ¿Cuál será la siguiente cosa absurda que nos contarás, Shira? ¿Que los cerdos también son humanos y deben ser nuestros maestros en levitación? Es evidente que Shira se ha vuelto completamente loca y que tenemos que expulsarla de la tribu hoy sin falta. Si estoy equivocada, ¡que la Gran Madre envíe un rayo del cielo y me mate ahora mismo!

Inmediatamente después de que Xanta dijera estas palabras, se oyó un ruido fortísimo, como si cien truenos estuvieran resonando por el cielo sin parar. Un rayo cayó del cielo sobre Xanta y la desintegró. Donde ella había estado hacía un instante, ahora solo quedaba un montoncito de ceniza humeante. Un segundo después, la mujer que estaba al lado de Xanta también fue desintegrada. Otro segundo después murió la siguiente mujer. Y un segundo más tarde la siguiente, también desintegrada por un rayo. Y a continuación otra. Por fin la asamblea reaccionó y las mujeres echaron a correr, huyendo cada una en una dirección. Shira gritó:

—¡Nooooo! ¡A ellas no, monstruo cobarde! ¡Métete conmigo, si eres valiente!

Mientras pronunciaba estas palabras, levantó el vuelo y se paró en el aire a diez metros de altura delante del monstruo que las estaba atacando. Parecía como una especie de ciudad de piedra muy brillante y compacta. Tú y yo sabemos qué era: la nave espacial automática enviada por Terranova para exterminar toda forma de vida humana. En la base de datos del ordenador central de la nave figuraba la descripción del objetivo a destruir: seres humanos, es decir, mamíferos terrestres similares a los monos, pero sin pelo ni cola. Como Shira volaba, el ordenador no la consideró humana y no la atacaba. Su rayo láser mataba implacablemente a una persona por segundo: al principio solo a mujeres, porque estaban todas juntas y eran un blanco fácil, pero luego también a hombres. Aunque se escondieran debajo de los árboles o detrás de las piedras, el monstruo parecía oler la presencia humana. No fallaba nunca el tiro y no perdía un segundo. Desde su altura podía verlo todo a su alrededor, y la distancia a la que podían llegar las personas corriendo no era suficiente para escapar de los láseres mortales.

Shira le lanzó todas las piedras que encontró. Toneladas y toneladas de piedra golpearon el casco de la nave, pero no le hicieron ni el más mínimo daño. Shira se asustó al ver que este monstruo era mucho más fuerte que los dragones. Entonces descubrió una especie de brazo desde donde salían los rayos: era el cañón láser. Lanzó contra él todas las piedras y consiguió que se desajustara un poco y fallara los siguientes tiros. Pero estaba claro que aquello tampoco era suficiente para acabar con aquel demonio asesino. Shira bajó al suelo porque necesitaba reunir todas sus fuerzas: volar le requería un cierto esfuerzo, por pequeño que fuera. Con un esfuerzo telequinésico inmenso, empujó el monstruo contra el suelo. Todo tembló, algunas casas se derrumbaron, pero el monstruo volvió a alzar el vuelo. Entonces Shira, con un último esfuerzo mental que a punto estuvo de romperla por dentro, volvió a lanzar el monstruo contra el suelo, esta vez contra un yacimiento de roca viva, que estaba mucho más duro que el suelo normal. La nave explotó haciendo un ruido que ensordeció a humanos y animales durante un buen rato.

La catástrofe se acabó tan rápidamente como había empezado. El resultado era que bastantes casas estaban destruidas y muchas personas habían muerto. Todo el mundo estaba paralizado, temblando e intentando comprender lo que acababa de pasar. Después de un rato de conmoción, algunas mujeres y hombres empezaron a llorar por sus muertos respectivos. Shira se había desvanecido y estaba inmóvil en el suelo. Ana la descubrió, se sentó a su lado, la cogió en brazos y se echó a llorar gritando su nombre, porque pensaba que estaba muerta. Pero la joven abrió los ojos y sonrió a su madre con cara de agotamiento total. En aquel momento llegó Landon corriendo y se arrodilló al lado de Shira. Por la expresión que traía en la cara, estaba claro que también él había estado terriblemente preocupado por la vida de Shira. Ella acarició con una mano la cara de Landon y con otra mano la cara de Ana, cerró los ojos y se echó a llorar, infinitamente aliviada al comprobar que seguían vivas las dos personas que más quería en el mundo. Entonces Ana levantó la cabeza y miró directamente a Landon a los ojos. Era la primera vez que Ana miraba a un hombre directamente a los ojos. Se quedó profundamente impresionada porque en aquellos ojos veía... sí, veía un alma

humana, los sentimientos de una persona que quería a Shira tanto como su madre, aunque de una manera diferente. Eso conmocionó a Ana aún más que la catástrofe que acababa de vivir.

- - -

Aquel día y el siguiente las supervivientes estuvieron muy tristes y lloraban de vez en cuando. El tercer día lo pasaron reflexionando. El cuarto día convocaron una asamblea. Andrea tomó la palabra y dijo:

—Todas hemos visto, Shira, cómo te enfrentaste al monstruo. Ha quedado demostrado que eres una heroína dispuesta a arriesgar la vida para defender a la tribu. Te estaremos siempre agradecidas. Te mereces nuestro respeto, nuestra admiración y nuestro afecto. En nombre de todas las mujeres te pido perdón por haber desconfiado de ti.

—Gracias de todo corazón. Estáis perdonadas, por supuesto. Pero ¡caramba! ¿Todo eso lo habéis parlamentado por telepatía? ¡Uau! Os habrá resultado agotador. Hablar telepáticamente de una en una es fácil, pero todas al mismo tiempo es cansadísimo.

—Tu sorpresa nos demuestra que no nos has espiado, aunque fácilmente podrías haber leído nuestras mentes, si hubieses querido.

Shira no dijo nada, solo sonrió humildemente y agachó la cabeza. Andrea continuó diciendo:

—Tengo que confesarte que yo antes pensaba como Xanta. Ahora posiblemente he cambiado de opinión. El rayo que ella pidió a la Gran Madre era extremadamente improbable, y por eso el hecho de pedirlo fue injusto contigo. Pero no obstante, el rayo cayó inmediatamente después de su invocación. La conclusión que sacamos es que no puede haber sido una casualidad. Se trata sin duda de una señal de la Gran Madre que confirma que Xanta estaba equivocada y tú tenías razón.

—Si tu razonamiento fuera correcto, solo habría caído un rayo —contestó Shira con dulzura—. O quizá solo habrían caído unos pocos que habrían matado a Xanta y a las mujeres que pensaban como ella. Pero no ha sido así. La realidad es que ha venido un monstruo maligno que quería matar a todas las mujeres y a todos los hombres.

—¿Estás sugiriendo que el ataque del monstruo, que era claramente selectivo, demuestra que los hombres son seres humanos igual que las mujeres? Pero a ti no te atacó. Siguiendo el mismo argumento, eso demostraría que tú no eres humana. Pensemos una cosa: tú fuiste la única que se enfrentó al monstruo. ¿Por qué no te atacó a ti, Shira?

—No lo sé. Quizá el monstruo tenía ojos que solo miraban hacia abajo.

—Bueno, el caso es que parece que la Gran Madre nos está dando a entender de una manera muy contundente que tú traes un mensaje de parte de ella y hay que escucharlo. Hemos decidido darte una segunda oportunidad y considerar seriamente tus argumentos a favor de los hombres.

—Gracias de nuevo, hermanas. Tengo que confesaros que la Gran Madre solo me dijo que mi misión aún no había terminado, pero no especificó nada más. Ahora veo que este monstruo era el peligro del que hablaba la profecía, y no los dragones. Por tanto, puedo haberme equivocado también cuando supuse que la Gran Madre quería que yo os convenciera de que los hombres son personas. Yo estoy segura de que sí lo son, pero no tenemos garantía de que la Gran Madre me apoye en esto.

—Vale. Gracias por tu sinceridad y honradez. Sabes que nosotras estamos completamente seguras de que los hombres no son nuestros iguales. Quizá no haya ninguna otra idea que nos resulte más absurda y más difícil de aceptar que esa. Pero como mínimo queremos escucharte con atención. Puedes empezar cuando quieras.

—Os pido por favor dos cosas. La primera es fácil: que dejemos este asunto para mañana. La segunda es difícil: que mañana no sea a mí a quien escuchéis, sino a Landon.

—¿A Landon? —exclamaron muchas mujeres al mismo tiempo, horrorizadas.

—Sí. Quiero que lo oigáis hablar unos minutos. Comprobaréis que dice cosas muy inteligentes y eso será la mejor demostración.

—Nos cuesta un grandísimo esfuerzo concederte lo que solicitas, pero al fin y al cabo es coherente con tu punto de vista. Será como pides. Hasta mañana.

A la mañana siguiente, Landon y Shira llegaron a la asamblea cogidos de la mano. Su manera de tocarse evidenciaba un afecto profundo, una confianza ilimitada y una intimidad muy tierna. Las mujeres sintieron tanto asco que más de una estuvo a punto de vomitar. Andrea mantuvo la compostura y dijo:

—Hola, Landon. Bienvenido a la asamblea.

—Gracias, ama Andrea. Buenos días, amas todas. Me siento muy honrado de que os dignéis a escucharme. Es para mí un grandísimo honor ser el primer hombre que participa en una asamblea. Es también una gran responsabilidad y espero estar a la altura de la circunstancia. Estoy un poco nervioso...

Las mujeres se quedaron atónitas. ¡Aquel hombre hablaba con un vocabulario, una entonación y un sentimiento que parecían más propios de una persona que de una bestia! Landon continuó:

—Seré breve. Os contaré mi experiencia personal, que es la misma que la del resto de los hombres. Me crié dentro del vientre de una de vosotras. La sangre de mi madre...

—¡No tienes derecho a usar esa palabra! ¡Los hombres no tienen madre! —gritó una mujer.

—Perdona, ama. La sangre de la mujer que me llevaba dentro de su tripa, era mi sangre. Nací y aquella mujer me llevó al brazo durante casi dos años. Su cuerpo segregaba una leche que me alimentaba. No puedo recordarlo claramente. Ya no sé quién de vosotras me parió. Pero recuerdo perfectamente cómo era la sensación de estar en sus brazos: me sentía querido, protegido, seguro. El cuerpo y las atenciones de aquella mujer fueron mi hogar, mi casa, mi paraíso. Un día empecé a andar y aquella mujer me rechazó. Ya no quiso saber nada más de mí. Me negó para siempre su afecto.

—¡Una mujer nunca siente afecto por el hombre que ha salido de su vientre!

—Si tú lo dices, ama, así será. Necesariamente tú tienes que saberlo mejor que yo. Pero yo sí que sentía que recibía afecto. Todos los hombres tenemos claro que hemos vivido en el paraíso de vuestros cuidados antes de ser expulsados de él por algún motivo que ninguno de nosotros comprende. Suponemos que tiene que ser culpa nuestra, pero por muchas vueltas que le demos, no sabemos qué cosa tan mala hemos hecho para merecer un castigo tan terrible. El resto de mi vida he sentido en mi interior un vacío que casi no me deja respirar, una sensación de pérdida casi insoportable, una tristeza infinita que nada puede aplacar.

En aquel momento, una mujer joven empezó a llorar amargamente. Hacía pocos días que había destetado a su hijo y lo había rechazado. Entre sollozos y lágrimas dijo:

—¡No me digas eso, por favor! ¡Ya bastante pena me ha dado abandonar a mi bebé! Debo ser un monstruo, una aberración de la naturaleza, pero yo sí que quería a mi bebé macho. Deshacerme de él ha sido como arrancarme las entrañas. Cuando lo rechacé, mi bebé lloraba desesperadamente porque me necesitaba a su lado, y a mí se me partía el corazón al ver su sufrimiento. Aún hoy lo sigo echando tanto de menos que estoy triste día y noche.

Otra mujer joven se echó a llorar y dijo:

—Hace pocos meses que yo rechacé a mi bebé macho. Yo sentí lo mismo. Todavía tengo pesadillas y me resulta muy difícil normalizar mi vida.

—¡Chicas, chicas! —dijo una mujer vieja—. No sufráis. Es normal. La conexión corporal con el bebé es un vínculo muy fuerte que afecta a las emociones. La primera fase después del rechazo ha sido dura para todas nosotras. Así es la vida. También el parto fue doloroso.

Landon había caído de rodillas al suelo y lloraba con la cabeza agachada. Shira le puso la mano en el hombro cariñosamente y dijo:

—¿Qué mejor demostración queréis para comprender que el rechazo es antinatural? ¿No notáis que los hombres son también como vuestras hijas, solo que con la diferencia de que son machos?

Landon se levantó y dijo:

—Perdonadme, amas, que intervenga de nuevo. Ninguno de nosotros sabía que vosotras también sufrís con el rechazo. Tenéis que saber que para nosotros, las bestias, vuestro rechazo es un trauma profundo para toda la vida

—Ya es suficiente por hoy —dijo Andrea con la voz temblorosa—. No creo que sea buena idea continuar con esta reunión, porque las emociones que se están removiendo son demasiado fuertes. Necesitamos tranquilizar los ánimos y meditar en calma este asunto. Mañana más.

Costó mucho tiempo y muchos debates, pero finalmente la asamblea decidió que era posible que las escrituras estuvieran equivocadas y que, al fin y al cabo, los hombres fueran también humanos. Las mujeres decidieron hacer la prueba durante un tiempo para ver si podían convivir con los hombres como iguales.

Las mujeres que aún reconocían a sus hijos, volvieron a contactar con ellos. La alegría de los niños fue inmensa. No querían separarse de sus madres ni de día ni de noche.

Los hombres fueron invitados a participar en las asambleas, después de unas jornadas de formación en las que se les explicó en qué consistía eso. Todos quisieron probarlo y desde aquel día no faltaron nunca a una sola reunión.

Se decidió hacer una escuela mixta. Los hombres enseñaban a las mujeres canto, baile y literatura. Las mujeres hacían especialmente para los hombres cursos introductorios sobre artes marciales y mentales.

Los niños que nacieron a partir de aquel momento fueron criados exactamente de la misma manera que las niñas.

Shira y Landon tuvieron una hija y un hijo, a los que criaron por igual con todo el amor que se puede dar a una criatura.

Cuando Shira murió de viejecita, la asamblea decidió que su historia tenía que añadirse a las escrituras para completarlas y corregirlas. Escribieron su historia tal y como yo te la he contado a ti.

Doscientos años después, cuando ya no quedaba vivo ninguno de los hombres que había sido rechazado, ni tampoco nadie de la siguiente generación que aún los había conocido en persona, cualquier diferencia entre mujeres y hombres había desaparecido. Nadie podía creer que hacía pocos años la mitad de la humanidad había estado excluida de la vida de la otra mitad.

El ordenador central del planeta Terranova comprobó que su nave exterminadora enviada a Diana había sido destruida y decidió enviar otra. Pero antes de acabarla, el módulo central del ordenador planetario falló y todas las máquinas se pararon definitivamente. Ya nunca más serían un peligro para la humanidad.

Las personas que habitaban el planeta Vega vivieron siempre con alegría, salud y plenitud, porque no dejaron de tener presentes en todo momento las enseñanzas de Noa.

Los habitantes del planeta Diana no olvidaron nunca su historia. No repitieron los errores de los terrícolas ni tampoco los de los primeros dianícolas, sino que fueron siempre felices, viviendo en paz entre ellos y en armonía con la naturaleza.

Así es como todos los seres humanos de la galaxia vivieron en el paraíso, en la gloria, en el gozo del amor infinito, por los siglos de los siglos, y por siempre jamás.

